

Cacería Implacable
(Nathan Jericho investigador privado parte 2)

Raúl Garbantes

Copyright © 2017 Alba Digital Publishing.
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito de la editorial, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Alba Digital Publishing
info@albadigitalpublishing.com

Acerca de Raúl Garbantes:

Facebook: <https://facebook.com/autorraulgarbantes>

Twitter: <https://twitter.com/raulgarbantes>

Amazon: <https://amazon.com/author/raulgarbantes>

Prólogo

Las goteras en el techo eran incesantes y hasta cierto punto exasperantes, aunque te acostumbrabas a ellas al cabo de unas horas. Había muchas cosas insoportables dentro de aquella pequeña habitación. Sin embargo, era un lugar perfecto para esconderse o para mantener amarrado a una silla a cualquier malviviente que necesitase ser interrogado. O al menos así lo pensaba Damascus, mientras observaba al hombre que había arrastrado a aquel lugar no sin antes haberlo noqueado hasta dejarlo inconsciente. Vestía un abrigo largo que cubría su rostro y era difícil distinguirlo con tantos elementos cubriéndolo, incluso si no llevaba su característico sombrero Panamá. En el pasado, otros habían comprobado que sus apariciones eran señal inequívoca de que una tragedia iba a producirse, si es que no había tenido ya lugar para el momento de su llegada.

Por un momento se detuvo a pensar en Jericho y en todas las veces que se había interpuesto en su camino como un obstáculo. Al menos consideraba que así lo creería él, sin sospechar sus verdaderas intenciones. Damascus reflexionaba en que Jericho estaba cada vez más cerca de alcanzar la verdad y, al mismo tiempo, las circunstancias a su alrededor lo alejaban con mayor violencia de su objetivo. Por ahora no había nada que pudiese hacer. Ya habría tiempo para reencontrarse con él y quizá esa fuese la ocasión definitiva para que ambos se enfrentasen. Por lo pronto, tenía asuntos más demandantes por los cuales preocuparse, como su razón de estar allí en ese preciso instante.

Damascus se acercó, temiendo que quizá la contundencia de sus golpes hubiese sido mayor de la debida. A veces le costaba controlarse cuando la sangre le hervía y buscaba desfogar toda su ira con la fuerza de su cuerpo y cualquier arma a su alcance, si era necesario. Amaba la violencia como quien se postra ante un dios y lo nombra dueño de su destino. Disfrutaba ese instante de descontrol en que la adrenalina tomaba posesión de su cuerpo y ya nada importaba. Pero en esta ocasión había cuidado de dejarse llevar por los primitivos impulsos que lo caracterizaban cuando se enfrentaba en su campo de batalla: la calle.

A pesar de su mesura y cuidado en el ejercicio de su violencia, el hombre no volvía en sí. Damascus puso su mano sobre su nariz y sintió su respiración. Al poner la mano sobre su pecho también notaba levemente su ascenso y descenso tras cada exhalación. La habitación estaba muy mal iluminada con una bombilla colgante cuya luz tenue daba signos de que prontamente se apagaría por completo. A veces su luz era intermitente, pero a Damascus le agradaba aquel efecto que producía porque le recordaba ese tenue límite que hay entre la claridad y la noche, ese momento en que las sombras tienen suficiente poder para tragarse toda la luz.

No podía hacer otra cosa sino esperar. Mientras eso ocurría, se aseguró de comprobar la firmeza de los nudos que ataban al sujeto a la silla y acomodar su cabeza contra la pared para evitarle una molesta dislocación. Entretanto se desembarazó de su largo abrigo, sin embargo, decidió conservar la bufanda y las gafas puestas. Le gustaban los cristales tintados en rojo oscuro ya que no solo ocultaban sus ojos sino que producían un brillo siniestro cuando se le miraba frente a frente, lo cual resultaba intimidante para cualquier adversario.

Su estampa era inolvidable, aunque luego fuera imposible describir como era su rostro, rodeado de tantos abalorios. A Damascus no le importaba ser identificado por quienes podían darse el lujo de haberlo conocido y continuar con vida. De cualquier manera, sabían muy poco sobre él y, en cambio, siempre que lo vieran sentirían una gran aprehensión como preludeo al terror por lo que iba a ocurrir, del cual era mejor evadirse.

Despojado de su abrigo, Damascus caminaba de un lado a otro aguardando por el despertar de aquel canalla que había secuestrado. Aún sin el abrigo, su corpulencia lo hacía lucir imponente. Entretanto invirtió esos minutos de silencio que le quedaban para repasar mentalmente las preguntas que pensaba hacerle, resuelto a cumplir cualquier amenaza que le hiciese. Muy pocos hombres habían conocido su compasión y este no parecía el tipo de sujeto capaz de animarlo a darle una segunda

oportunidad si erraba en sus respuestas o si alguna acción le resultaba molesta. Caer en sus manos implicaba estar sujeto a unas reglas de juego donde existían múltiples alternativas para perder y muy escasas oportunidades de ganar. Por supuesto, Damascus consideraba que a los cobardes no podía tratárseles con consideraciones especiales, sobre todo aquellos que habían hecho daño a los indefensos creyéndose seguros de que nunca llegaría el día en que les correspondería enfrentarse a alguien más fuerte.

En algunas ocasiones, aunque no fuera capaz de expresar tal vanidad en voz alta, Damascus se veía a sí mismo como el encargado de actuar como el brazo ejecutor de una justicia tardía. Por supuesto, sus medios e incluso su causa eran cuestionables, pero él creía en la pureza de sus intenciones incluso cuando se trataba de actos terribles. Allí donde la ley no era suficiente, alguien debía resolver tanta impunidad. A Damascus le importaba muy poco que su justicia se confundiera con la venganza. Se trataba de castigar a los culpables y de que estos sufrieran una mínima porción del dolor que infligieron a tantos inocentes que no eran capaces de bastarse a sí mismos para defenderse. Era plenamente consciente de que eso no curaba el dolor, ni le otorgaría paz a su siempre turbado espíritu, pero era mejor que nada. Dejarlos que vivieran tranquilos con sus vidas como si todo lo que alguna vez hicieron hubiera quedado olvidado, e incluso perdonado, por el paso del tiempo resultaba una idea inadmisibles y dedicaría cada segundo de su aliento para repartir los castigos que cada culpa merecía, incluso si estos victimarios no deseaban arrepentirse.

El hombre atado a la silla resopló y Damascus se detuvo alertado por este sonido. Su “huésped” se revolvía en la silla y alzaba su cabeza para abrir lentamente los ojos, adaptándose al entorno en el que se hallaba. Le tomaría varios segundos comprender su situación. Damascus contaba con tiempo suficiente para dejar que descubriera por su propia cuenta el infortunio en el cual se hallaba metido. Disfrutaba estos instantes previos a la comprensión de un horror inminente reflejado en el rostro de alguien a quien iba a hacerle daño, porque le recordaban cuan frágil y descuidado es cualquier hombre cuando se halla solo y de cara a un incierto porvenir.

Paulatinamente el secuestrado iba comprendiendo su situación y reaccionó con violencia al caer en cuenta que su cuerpo estaba atado a una silla, su cabeza se sentía pesada y el cuello adolorido a causa de la incomodidad, así como por los golpes recibidos anteriormente, mientras que a duras penas trataba de abrir los ojos, cegado por el bombillo que en aquel momento se hallaba intermitente. Damascus lo acomodó de tal forma que recibiera la luz directamente en los ojos cada vez que alzara la cabeza, para acentuar la sensación de confusión. Hasta el momento no había reparado en Damascus, quien se puso al cuidado de las sombras para observar a su víctima en silencio, como el cazador que aguarda a distancia la llegada de su presa ignorante de la mirada del verdugo que pondrá fin a su existencia.

—¿Dónde estoy? —preguntó en voz alta, con los ojos entrecerrados, tratando de adaptarse a la luz que le pegaba de lleno en el rostro—. ¡Ayuda! ¿Alguien me escucha?

Los gritos del hombre quedaban sepultados dentro de la habitación. Lo que él no sabía es que se hallaba en una casa abandonada muy alejada de la ciudad. Damascus disfrutó la gradual comprobación de la desesperación reflejada en su rostro, esperando el momento exacto en que daría un paso hacia la luz para revelarle quién era la razón de su aparición en aquel lugar. Se complacía en otorgarle esos minutos de misericordia para que su memoria intentara realizar un recuento de los últimos acontecimientos antes de despertar en semejantes condiciones. Estaría recordando el momento en que salió de su hogar a botar la basura, confiado en la seguridad de su calle tranquila y bien acomodada, donde nada extraordinario ocurría; muy lejos de esos tiempos de guerra donde en todas partes había enemigos dispuestos a atacarte si no cuidabas de tus espaldas, porque el problema fundamental de la paz es que nos acostumbra a vivir sin el miedo necesario para mantenerse alerta. Justo allí, un golpe seco en la parte posterior de su cabeza hizo que perdiera el conocimiento y ni siquiera era capaz de recordar con exactitud el golpe ni el momento de su desvanecimiento. Su memoria lo engañaba: botaba la basura y luego despertó allí, sin ninguna explicación lógica. Solo el dolor punzante en la cabeza le

servía como una prueba inequívoca de que algo malo le había ocurrido como causa de su presencia en esa habitación.

El hombre dejó de gritar por un instante, tratando de fijar su vista para reconocer mejor su entorno y distinguir algo que le diera una pista de donde se encontraba. Nada le resultaba familiar y su confusión era aún mayor. Damascus vio entonces la oportunidad perfecta para mostrarse, por lo cual avanzó unos pasos lejos de las sombras y, sin necesidad de hablar, su presencia fue enseguida notada.

—¿Quién eres tú? —preguntó con la angustia reflejada en su mirada y contrayendo el rostro al intentar zafarse de las cuerdas que lo aprisionaban a la silla—. ¿Tú me has traído hasta acá? ¿Quién eres? Esto debe ser una broma de muy mal gusto. ¡Responde!

—¡Cálmese! —le dijo Damascus con un tono autoritario que, complementado con su silueta fornida, demandaba obediencia inmediata a pesar del miedo que se sintiera—. Usted deseará con todas sus fuerzas que esto se trate de una broma. Pero créame cuando le digo que no lo es, así que busque una mejor esperanza que le sirva de excusa durante los próximos minutos. Esto es muy serio.

—¿Por qué me has traído hasta acá? —preguntó el hombre agitando su cabeza para aminorar el molesto efecto de la luz impactando sobre sus ojos—. Si buscas dinero yo no tengo mucho, pero estoy dispuesto a darte lo que esté a mi alcance. Pero, por favor, ¡suéltame! Soy tan solo un pobre hombre. Es muy poco lo que tengo para ofrecerte.

—No se equivoca: usted es un don nadie —correspondió Damascus con ironía—. Un simple peón movido por intereses más grandes que probablemente nunca fue capaz de comprender. Pero su ignorancia no lo redime de las atrocidades de las cuales formó parte integral y fue testigo. No importa la medida de su aporte, usted también se cuenta entre los culpables. Ha pasado tanto tiempo que quizá pensó que se saldría con la suya, que nadie lo buscaría ni mucho menos lo acusaría de estar implicado en algo que parece tan lejano y casi inexistente, si es que alguna vez se toma la molestia de recordarlo, pero usted figura en la lista de colaboradores y debe responder por sus acciones.

—Eres un desquiciado —acusó el hombre—. Ni siquiera te conozco. Yo no tengo ninguna relación contigo. ¿A qué acciones te refieres? Vivo una vida tranquila. No le hago daño a nadie.

—¡Qué fácil es olvidar! —exclamó Damascus mientras se enfundaba las manos con unos guantes negros que había sacado de sus bolsillos—. Ya quisiera yo tener esa capacidad de comenzar una nueva vida como si no existiera un pasado a mis espaldas, como si pudiera borrarse todo el dolor y la rabia por el simple hecho de conquistar lo que usted llama “tener una vida tranquila”. Pero, ¿a qué costo la ha conseguido? ¿Acaso cree que se la merece?

—No entiendo ninguna de tus palabras —aseguró el hombre—. Estás equivocado. Prometo no hacer ninguna denuncia. Yo no soy el hombre que estás buscando. Nunca nos hemos conocido. No tengo nada que pueda ser de tu interés. ¡Déjame ir, por favor!

—No es mucho lo que pido —continuó Damascus, con la mirada fija en los guantes que acomodaba en sus manos—, pero quizá usted posea exactamente lo que busco: información. ¿Sabe usted acaso que es vigilado cada cierto tiempo? Quizá temen que usted haya dicho algo perjudicial para ellos. Quizá usted ha declarado algo perjudicial para mí. Su importancia es prácticamente nula, es cierto, pero en su cabeza aún deben existir datos jugosos e interesantes. También me gustaría saber hasta qué punto su complicidad ha acabado. Usted tuvo una implicación moderada en el Proyecto Jericho y eso es suficiente para que se encuentre en este lugar. ¿Ahora comprende?

Una sombra de absoluto terror se reflejó en su rostro haciendo que los ojos se ensancharan y su piel palidiera. Seguía sin identificar al hombre que lo interrogaba, pero comprendía ahora la razón por la cual estaba allí y también supo que sus oportunidades de sobrevivir eran escasas.

Damascus se tronaba los dedos y estiraba los brazos, decidido a saltarse los rodeos e ir directamente a por las respuestas que quería escuchar. Los guantes eran nuevos y lo único que lamentaba era las manchas de sangre que caerían sobre ellos.

El sudor en su frente se deslizaba por su rostro, producto del esfuerzo invertido en cada golpe propinado. Damascus observaba al hombre magullado al cual sometió a las duros embates auspiciados por su sed de violencia. Ya no necesitaba repetirle las preguntas para que este hablara tras cada nuevo puñetazo o patada que alzaba contra su cuerpo. Había logrado extraerle todo lo que sabía, así como todo aquello que suponía, aunque no fuera cierto. Damascus era partidario de que solo podías confiar en que un hombre te ha dicho la verdad cuando necesita ponerle fin al dolor y hacer una verdadera confesión se le presenta como el único camino hacia la paz. Es la misma dinámica que fundamenta el oficio de los sacerdotes durante la unción de los moribundos, pero que hombres como él ejecutaban para conseguir la herramienta principal del poder: información.

—Yo no le he dicho nada a nadie desde entonces —le aseguró el hombre aterrado—. Ni nadie sabrá sobre tu visita. Pero hace mucho tiempo que nadie me preguntaba sobre ese proyecto. Te he dicho todo lo que conozco. Yo solo seguía órdenes y sabía muy poco. Pensé que era una oportunidad para ascender en otras áreas. Por favor, déjame ir.

—Y el proyecto fue clausurado junto a su carrera —subrayó Damascus—. Pero, ¿quién necesita trabajar si recibe dinero suficiente para estar en paz el resto de sus días? Ya he hablado con otros como usted y el patrón es el mismo: acabado el Proyecto poseen suficientes conocimientos para representar un peligro. Les pagan por su silencio con una jubilación temprana. El tiempo pasa y ustedes mismos se convencen de que todo ha sido una fantasía pasajera, una responsabilidad sobre la cual no hace falta pensar demasiado porque lo importante es el precio que le han dado a cambio de su conveniente olvido.

—Y solo hoy he roto mi silencio —afirmó el hombre—. A mí me interesa menos que a ti que se sepa sobre este interrogatorio. Acabarían conmigo. Te suplico misericordia.

La sangre se secaba en su rostro mezclada con su sudor. El hombre estaba tan extenuado, a efectos de la brutalidad padecida, que sus músculos se sentían adormecidos. Tan solo deseaba estar de vuelta a su casa para dormirse en su cama y pretender que nada de esto había sucedido. Por su parte, Damascus aún seguía sin resolver qué haría con este hombre. O al menos daba la impresión de que estaba considerando acceder a su petición de misericordia. Ciertamente, su posterior existencia no representaba mayor riesgo en su contra y era muy poco probable que le dijera a nadie lo ocurrido por las razones que él mismo le había expuesto. Su vida peligraría si llegaba a saberse que le proporcionó información sobre el Proyecto Jericho a un absoluto desconocido. A su vez, en caso de que tuviera que identificarlo, ¿cómo describir los rasgos de un hombre distorsionados por el uso de lentes y bufandas que lo ocultaban? Pero esa descripción sería suficiente para que lo reconocieran.

—Ni vivo ni muerto sirves para nadie —apuntó Damascus—. ¿Por qué crees que debería ser misericordioso? ¿Lo fuiste tú alguna vez con alguno de los niños sometidos a ese infame proyecto al cual contribuiste?

A pesar del dolor y el cansancio, el hombre atado a la silla se atrevió a sonreír con desdén al escuchar las preguntas de Damascus. Al ver esta expresión, Damascus creyó que se trataba de un resoplido, pero al escuchar su respuesta comprendió que incluso en ese instante de desgracia no existía verdadero arrepentimiento. Ni uno solo de aquellos golpes, ni toda la sangre que había brotado de su cuerpo, fue capaz de hacerle comprender su miseria ni mucho menos rogar por un perdón que lo excusara de sus malas acciones.

—¿Por qué merezco vivir? —interpeló el hombre y su voz llena de envanecimiento ya no lo hacía parecer una víctima—. Lo que propones es que yo merezco morir por algo que ocurrió hace muchos años y nadie recuerda porque a nadie le importa. ¿Por qué debe importarme a mí? Después de todo, ¿qué sentido tendría sacrificar una vida por unos pobres y tristes críos que murieron hace veinte años?

Si Damascus conservaba alguna duda sobre la suerte que le deparaba a aquel hombre en tanto dependiera de su voluntad, al momento de su respuesta se le reveló con claridad lo que debía hacer. Una fría cólera se apoderó de su cuerpo, esa antigua rabia ya domesticada, pero que permeaba todas y cada una de sus decisiones, ese resentimiento que lo mantenía vivo y alerta hasta no haber aplacado su

sed de justicia. En ese momento odiaba a ese hombre, no solo por sus palabras sino por la indiferencia con que representaba a todos aquellos que conoció y trabajaron con él bajo un mismo fin.

Todo ese horror definido por la impunidad resultaba intolerable. Damascus necesitaba demostrarse que existía un tiempo idóneo para castigar a los culpables. Ya no tenía palabras que ofrecerle a ese hombre condenado a muerte. Se limitó a observarlo, guardando silencio. Avanzó lentamente, como si con cada paso se incrementaran sus fuerzas. Ser consciente de esa potestad de decidir el destino de un hombre era un placer indescriptible. La decisión ya había sido tomada. Alzó uno de sus pies para empujar la silla y que esta cayera de espaldas. Siguió avanzando para pisotear aquella cara grotesca con sus botas de combate. Asumió su investidura de verdugo frente a un condenado a muerte. Lo pisotearía hasta que el rostro de aquel miserable se confundiera con el suelo. Si alguien acusaba que aquello no era la justicia, ¿por qué se sentía tan bien?

Capítulo 1

Denver- Colorado, 1968.

El Cementerio de Riverside luce tranquilo con sus lápidas perfectamente alineadas bajo las cuales descansan todo tipo de antiguos ciudadanos. Ningún visitante regular sería capaz de precisar cuáles de aquellos hombres y mujeres que descansan en paz realmente tuvieron una vida digna de mención, si fueron buenos y nobles o por el contrario mezquinos y crueles. Cada visitante solo puede dar testimonio y fe de la tumba que ha ido a visitar.

Entretanto, no es un visitante regular el que reflexiona sobre estas cosas mientras camina entre las tumbas. Este presenta un aspecto solitario, vestido con una chaqueta gruesa y una gorra de camionero. Se mantiene cabizbajo mientras se fuma un cigarrillo, deteniéndose frente a una tumba cuyo estado deplorable denota los signos del tiempo transcurrido y el nulo cuidado recibido. Su antigüedad y abandono hacen de aquella tumba un símbolo mucho más acorde con la naturaleza de la muerte, comparado con algunas otras que allí se encuentran con el césped acomodado y ocasionales flores que algunos seres queridos dejan sobre ellas.

Jericho se quita la gorra por un momento para rascarse la cabeza y mira a su alrededor comprobando que no hay nadie. A pesar del calor, vuelve a poner la gorra sobre su cabeza. Últimamente ninguna precaución es exagerada. Se agacha sobre la lápida para limpiarla y así leer con claridad el nombre al cual pertenece esa tumba particular. Al reconocer el nombre inscrito en ella se siente defraudado, no porque esperara encontrar algo distinto sino porque confirmaba sus sospechas. Allí yacía uno de los nombres implicados con el Proyecto Jericho. Otro miserable al cual le fue otorgado el descanso eterno sin que diera debida cuenta de sus actos. Por lo tanto, era otro testigo inútil, otra boca cuyo silencio no se quebrantaría. Necesitaba toparse con los vivos, con quienes pudieran ser persuadidos a hablar; sin importar los mecanismos que se utilizaran para lograrlo. Pero a un muerto no se le podía sino honrar o dejarlo en el olvido.

¿Cuántos de los implicados quedaban con vida? ¿Era posible que sus atrocidades quedaran desconocidas por la historia? Resultaba tan injusto. Incluso aquel hombre sobre el cual Jericho fuma su cigarro, sintiendo el resabio de la decepción con cada calada que le da, seguramente tuvo una vida ajena a los horrores a los cuales alguna vez contribuyó a pesar de que nadie querido visite su tumba para darle los cuidados en nombre de su memoria. Esta idea resulta insoportable para Jericho.

Tanta impunidad lo confrontaba con sus dudas: ¿merecía la pena continuar? Todo su ser había sido condenado a la infelicidad en manos de muchos que luego continuaron con sus vidas. Lo que para ellos fue un episodio pasajero, un proyecto fallido que los obligó a retirarse temprano de sus oficios, para una víctima sobreviviente se convertía en un padecer diario y constante, donde los miedos y las incertidumbres no dejaba de agujonearlo. Jericho fue una de esas víctimas y no había tiempo ni lugar para la paz hasta no responder todas las preguntas que fundamentaban su triste existencia.

Por lo pronto, a Jericho no le quedaba sino resignarse al hecho de que la nueva línea de investigación que se había propuesto lo condujo a otro callejón sin salida. Debía recomenzar de nuevo y buscar otro camino, que seguramente tendría una conclusión similar. Pero ni la gran desesperanza que lo embargaba superaba el dolor y la ira sobre la cual se fundaba su propósito. No tenía nada que perder. Era un fugitivo de la ley, esa misma ley que no fue capaz de condenar a los verdaderos culpables de su desgracia, pero que perseguían a un hombre sospechoso de unos crímenes que no cometió. Si bien algunos de estos asesinatos no representaban una gran importancia para nadie, la muerte del fiscal Nierenberg era suficiente para generar revuelo y alimentar la necesidad inmediata de buscar a Jericho y para que diera respuesta por sus actos. No solo los culpables estaban libres, sino al margen de toda sospecha. Eran rostros desconocidos, nombres poco mencionados, los verdaderos autores de esos asesinatos por los cuales era buscado. Casi todas y cada una de las personas que representaron una amenaza inmediata para que se descubriera el Proyecto Jericho, fueron limpiamente

ejecutados y todo fue orquestado de tal manera que no hubiera rastro alguno de los verdaderos asesinos.

En cambio, era a Jericho a quien perseguían por haber estado en todas y cada una de las escenas del crimen. Eran graves acusaciones de las cuales solo saldría ileso con una verdad en sus manos. Jericho no solo necesitaba aclarar su historia personal, también debía demostrar su inocencia. La única manera de lograrlo consistía en proseguir con la investigación hasta el final o mientras pudiera vivir para contarlo.

El cigarrillo está a punto de consumirse por completo y Jericho piensa por un momento en Idaho. Era una gran ironía que continuara con una investigación si ya no había un cliente que lo contratara para ello. Pero, ¿Idaho había muerto realmente? ¿Se encontraba dentro de aquel lugar durante la explosión? De ser así, es muy probable que también lo estén buscando por esa muerte. Ya que es considerado un asesino, que al menos lo fuera por haber matado a quienes sí lo merecían. Debe continuar, buscar otro de los nombres en la lista y dar con su paradero. Si él muere no quedarán pruebas de esos nombres. Los documentos que los contenían se perdieron durante la explosión. El fuego los había borrado para siempre. Solo Jericho y su prodigiosa memoria fotográfica conservan el testimonio de que alguna vez existió ese registro. Quizá las mismas habilidades que sus victimarios le otorgaron durante su infancia, a efectos de las dolorosas experimentaciones llevadas a cabo sobre él y otros niños, se convertirán en el arma letal que acabará volviéndose contra ellos.

Conviene irse de allí antes de que alguien entre en el cementerio y repare en su presencia. Jericho deja caer el resto del cigarro ya consumido sobre esa tumba y lo pisa. Tras un largo suspiro, se dispone a abandonar el cementerio y seguir huyendo.

En pleno mediodía gran parte de las calles se mantienen concurridas, igual que en las aceras repletas de transeúntes caminando por ellas. En el asfalto no cesan de pasar los coches en ambas vías, a baja velocidad, para evitar accidentes debido a la abundante presencia de personas y vehículos. Jericho aprovecha estos momentos para camuflarse entre la muchedumbre manteniendo siempre la mirada pegada al suelo, con la gorra acomodada de tal manera que la incidencia del sol no impacte sobre su rostro revelando con nitidez sus rasgos.

Trata de enfocar su concentración en lo que ocurre a su alrededor para determinar con antelación si alguien lo persigue o es observado con una curiosidad sospechosa. Su desconfianza es mayor que de costumbre y la paranoia es su única certeza. Cualquier mirada que se extienda más de un segundo es razón suficiente para cruzar la acera y, de igual manera, si coincide con una misma persona en dos puntos distintos conviene introducirse en algún local comercial y salir con rapidez por las puertas traseras. No siempre todas estas señales son un indicio de que alguien le esté prestando verdadera atención, pero es mejor no detenerse a corroborarlo. No solo es perseguido por agentes de la ley, sino por mercenarios que trabajan para jefes anónimos interesados en sepultar cualquier persona interesada en el Proyecto Jericho.

Para dejar atrás el cementerio, Jericho se dispone a cruzar una calle que lo llevará al acostumbrado bullicio del lugar. Mientras camina por una acera nota a una furgoneta de reparto abriéndose paso en medio del perezoso tráfico en dirección contraria hacia donde camina. Debido a este lento avance tiene ocasión de vislumbrar sus ocupantes: dos hombres de semblante serio con la mirada puesta al frente y sin hablarse entre ellos. No parecen darse por enterados de que Jericho ha volteado a verlos, porque no le prestan la más mínima atención. Son ese tipo de hombres que es difícil distinguir por una característica concreta ya que su aspecto corriente los hace lucir como cualquiera. A pesar del calor, Jericho se acomoda la chaqueta de tal modo que cubra su cuello y continúa caminando. Por un momento se siente tentado a mirar de nuevo hacia la furgoneta, pero teme que su mirada se encuentre con la de alguno de quienes la conducen.

—Te vas a volver loco —se dice para sí mismo—. Creer que habrá ojos sobre ti en todas partes solo conseguirá que te delates.

Se encoge de hombros continuando sus reproches mentales y opta por seguir caminando mientras la furgoneta avanza hacia una vía distinta de la que Jericho ha resuelto tomar.

Se siente sofocado al momento de cruzar la puerta de su habitación de hotel, pero se asegura de entrar cautelosamente sin encender la luz para comprobar que nadie lo espera. Tras lanzar una mirada rápida pegado a la pared, no descubre nada sospechoso y se relaja. Cierra la puerta a sus espaldas y enciende el interruptor que ilumina la habitación, desembarazándose de la gruesa chaqueta así como de la gorra, arrojándolas a la cama, y lanzando una exhalación de alivio al sentir que libera parte del calor que oprimía su cuerpo y lo hacía sudar. Bajo la chaqueta viste una camisa a cuadros roja y azul, propia de la indumentaria de camionero que está representando. Por lo pronto, acuartelado en aquel lugar, está a salvo para pasar la noche. O al menos intentar hacerlo a intervalos, si su insomnio, alimentado por la intranquilidad, se lo permite.

El hotel en el que se hospeda es acogedor pero no lujoso. No siempre se hospedaba en tugurios de mala muerte porque comprende que serían los primeros adonde llegarían los agentes trajeados con los cuales se ha encontrado en el pasado, asumiendo que adivinaban sus intenciones. En cambio, los despista si se queda en la habitación de un hotel frecuentado por muchos tipos de personas. Se trata de una estrategia curiosamente efectiva: mientras más expuesto se halle, mayores dificultades tendrán de conseguirlo, pero especialmente de acorralarlo sin que hayan testigos.

El único inconveniente es el hecho de que, al ser buscado por la policía, cualquiera podría identificarlo si se detenía a observarlo y recordaba su foto puesta en los diarios o incluso en algunos carteles de jefaturas. Pero como detective profesional Jericho era un maestro del disfraz, y desde que comenzara su huida incesante nunca lucía exactamente igual dos días seguidos. A veces se deja crecer la barba y luego se la afeita. Lo mismo ocurre con su cabello. Pero también ha llegado a adquirir algunas pelucas y bigotes postizos, al mismo tiempo que ha puesto en práctica muchos trucos que la experiencia ha perfeccionado. Difícilmente cualquier persona que no esté atenta a buscarlo de manera directa, repararía en su presencia para identificarlo como el fugitivo que es.

Necesita unas horas para meditar, incluso si ya no es capaz de descansar. La habitación en la que se hospeda consta de una cama individual, un armario funcional aunque no muy grande y un escritorio pequeño con su respectiva silla. Jericho prefiere no acostarse tan pronto y en cambio se sienta allí detrás del escritorio, poniendo sus codos sobre este, mientras con las manos acaricia sus sienes. Su principal objetivo en ese momento consiste en organizar el caos de sus pensamientos, no solo para dictaminar los pasos a seguir en la habitación, sino para también reconstruir mentalmente la información contenida en los documentos perdidos durante la explosión.

Con las manos sobre sus ojos, Jericho fija su consciencia en el recuerdo de los documentos proporcionados por el fiscal Nierenberg la noche anterior a la explosión. En aquel momento dedicó sus horas de insomnio para leer cada uno de ellos, además de descubrir las fotografías que venían adjuntas a algunos de estos. Las cifras, nombres e imágenes se agolpaban en su cabeza y, a efectos de su memoria fotográfica, procedía a reconstruir la escena como si la estuviera experimentando de nuevo. No bastaba con limitarse a recordar. Necesitaba concentrarse lo suficiente hasta encarnar el recuerdo en tiempo presente y sentirlo, porque en eso consistía su habilidad para recordar hasta el mínimo detalle de cualquier cosa que hubiese visto antes, en la capacidad de lograr que su memoria recreara los sucesos como si los viviera en tiempo real.

Allí sentado, Jericho endereza su espalda y mantiene los ojos completamente cerrados a la vez que alza sus manos para formarse una imagen mental precisa de los documentos que ardieron durante la explosión que acabó con Idaho. Los imagina allí, dispuestos de manera desordenada sobre el escritorio, de la misma forma en que estuvieron regados por el suelo cuando los apreció por primera vez. Se le figuran con exactitud según ese mismo orden, pero ha entrenado lo suficiente esta habilidad para trasladarla al uso de su imaginación y adaptar tal recuerdo a su presente.

Al principio parece absurdo realizar tal numerito sin disponer de los documentos físicos, pero precisamente al enfocar su mente en esa representación comienza a vislumbrar con mayor claridad. Con anterioridad, en su trabajo como detective ha logrado concentrarse para descubrir en un recuerdo los detalles de una pista concreta que luego se ha extraviado, e incluso gracias a ello ha reparado luego en elementos que al principio fueron pasados por alto. Su memoria fotográfica funciona de manera espontánea, pero Jericho se relaja cuando actúa como si el recuerdo estuviera ocurriendo actualmente. En este caso particular intenta imaginarse revisando papeles y apuntes, que se corresponden justamente con la imagen mental de los documentos extraviados del Proyecto Jericho. Obrando de ese modo, los recuerdos ya no se le presentan como breves instantáneas, sino como una imagen sostenida a modo de escena, la cual es capaz de manipular y adaptar a su antojo sin distorsionar lo esencial y verdadero que la fundamenta, representado por el recuerdo original que la alimenta.

Adentrándose en su evocación, Jericho hojea todos los documentos que tuvo en sus manos aquella noche y recorre sus páginas tratando de hallar algún dato que le permita desarrollar una nueva estrategia o perseguir un nuevo objetivo humano entre los nombres allí mencionados. Jericho extrae de entre todos ellos un documento de aspecto oficial y mentalmente garabatea apuntes al margen sobre él. Dicho papel luce amarilleado por los efectos del tiempo y quién sabe cuántos descuidos a lo largo de su historia, por lo cual presenta numerosos tachones, tal como los ha memorizado cuando los vio por primera vez. Repasa la información de principio a fin, pero no consigue nada particularmente novedoso o esclarecedor de lo que ya ha evidenciado con anterioridad.

Tras recostarse en la silla, Jericho suelta un largo suspiro como resultado de su profunda extenuación. Incluso cuando su cuerpo permanece sereno y aparentemente entregado a la quietud, su mente no cesa de operar sin concederse una pausa para vaciarse y no pensar en nada, así fuera por unas pocas horas. Le resulta imposible concederse un descanso porque no deja de suponer que quienes lo persiguen tampoco dejarán de buscarlo durante el resto del día, ya que cuentan con suficientes hombres para cubrir esa vigilancia y rastreo en todo momento. Cualquier descuido puede resultar fatal y la única alternativa plausible para no perder su libertad es continuar huyendo. Su vida depende de la huida, pero también la investigación que ocupa su voluntad, y la cual no abandona a pesar de los peligros que lo cercan.

Durante los meses transcurridos desde que huyera, ese mismo tiempo lo ha invertido en sus intentos por localizar a alguno de los implicados en el Proyecto Jericho. Hasta ahora no había dado con un individuo disponible al cual pudiera confrontar para aclarar sus dudas y descubrir mayor información sobre su infancia. Si tan solo tuviera algún recuerdo de lo ocurrido cuando era uno de esos niños amparados por ese proyecto, si recordara algún rostro o nombre de aquel tiempo, pero esos eventos solo existían en documentos que ahora solo se conservaban en su mente. Si se fiaba de su memoria, simplemente jamás habrían ocurrido. Solo el tatuaje en su antebrazo, única marca del horror sepultado en el olvido, le recordaba que ese pasado no era una invención y que toda su infelicidad, todos esos años de abandono y maltrato en un orfanato, así como sus fallidos intentos por rehacer su vida a pesar de los vacíos en torno a su identidad, respondían a sucesos que alguna vez ocurrieron y que necesitaban salir a la luz pública. O, por lo menos, requerían su identificación personal para comprender mejor quien era.

Por eso lamentaba la muerte de Idaho con mayor ahínco y le reprochaba a aquel viejo zorro su silencio y esa caprichosa actitud de mantener sus reservas a la hora de proporcionarle la información a medias. Jericho siempre creyó comprender que Idaho sabía mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir. Al menos, sabía lo suficiente sobre el propio Jericho y su pasado para aclarar sus dudas fundamentales. ¿Por qué no pudo hablarle con honestidad? De haberse encontrado frente a frente en aquel lugar sin que hubiera ocurrido la explosión, ¿le habría dado las respuestas que se guardó hasta aquel momento? No estaba seguro de ello, pero Jericho estaba dispuesto a no dejarlo ir hasta que no le diera una respuesta convincente sobre por qué lo había contratado y parecía tener tanto conocimiento previo sobre quién era él.

Pero hasta el momento sus pasos lo han conducido a callejones sin salida. Con amargura piensa en lo mucho que desearía tomarse una o dos cervezas frías. Uno de sus placeres favoritos consiste en adentrarse en bares pequeños y beber hasta la saciedad, aunque nunca había un fondo real que le hiciera querer detenerse. Pero incluso debía privarse de sus vicios si quería sobrevivir un poco más y conseguir llevarle la delantera a sus verdugos. Era menester evitar reproducir la clase de comportamientos que se esperaba de él y, al mismo tiempo, adelantárseles en sus pensamientos, haciéndoles creer que no se daba por enterado de sus estratagemas para atraparlos durante un descuido.

Jericho ha descubierto que los sabuesos han dado con su paradero en Denver desde hace un par de días, pero estos no son lo suficientemente avezados para saber que Jericho ya los ha descubierto. Los ha visto hoy dentro de una furgoneta, así como en otras ocasiones, pero todavía no parecen muy seguros de que se trate de él o quizá esperan ordenes concretas para actuar. Jericho también ha tomado sus propias medidas al respecto y le han funcionado. Nunca coincide con ellos estando completamente solo y ha sido capaz de despistarlos antes de que consigan donde se ha hospedado. En ese sentido, les lleva la delantera, pero esta ventaja no durará mucho.

Ya ha descansado lo suficiente y, en lugar de acostarse en la cama para dormir, opta por hacer una misión de reconocimiento de sus perseguidores. Por lo tanto vuelve a enfundarse en su gruesa chaqueta y se coloca la gorra para asomarse luego a la ventana de la habitación, cuya visión da hacia un callejón ubicado a dos plantas por debajo de donde se encuentra. El lugar en cuestión parece solitario, pero al inclinar un poco la mirada en dirección a un extremo diagonal en el límite de su campo de visión descubre la presencia de dos tipejos que charlan mientras fuman, evitando que sus voces se escuchen. Jericho es capaz de ver el movimiento de sus labios, manos y gestos. Luego continúa mirando el resto del paisaje fuera de su ventana y, en el otro extremo, en un punto del callejón separado por una valla de mediana, descubre la presencia de otro par de sujetos.

¡Ha llegado el momento de despistarlos a todos y confundirlos! Por la forma en que se han distribuido y la dirección hacia donde apuntan sus miradas, Jericho comprende que ninguno de ellos sabe a ciencia cierta dónde se halla escondido. Hay muchos hoteles en aquella zona y han decidido hacer guardia frente a dos que no se corresponden con aquel en donde se halla. Entretanto, Jericho aprovecha la confusión en la que se mantienen inmersos para salir por la ventana de su habitación, la cual, apoyado por la oscuridad del callejón mal iluminado, constituye un punto ciego en el cual no repararán a menos que un ruido los alerte. Jericho se conduce con sigilo al momento de encaramarse en el marco de la ventana y salir a través de este.

Con anterioridad Jericho ha analizado la estructura del edificio del hotel durante la luz del día, previniendo el momento en que le tocaría realizar un repentino escape. Conociendo todas las salidas, es consciente de que la escalera de incendios no se halla en el lado del edificio que ocupa su ventana. Para llegar allí debe sujetarse a una tubería vertical y descender por ella hasta dar con la escalera. Jericho logra estos movimientos con agilidad, sin que se produzca un ruido que lo delate, y en menos de un minuto consigue estar en el extremo opuesto del edificio. Justo allí, intencionalmente, hace un ruido de tropiezo acompasado por pasos escandalosos en su carrera para que así reparen en su presencia y luego, calladamente, se escabulle en una intersección alterna, para luego introducirse en una abertura creada entre unos escombros en la dirección contraria a donde se ha escuchado el ruido y desde la cual puede vigilar las acciones de quienes pretenden capturarlo.

—El ruido ha venido de esa zona —grita uno de los hombre en el callejón con una voz agitada—. ¡No perdamos tiempo!

El ruido y las órdenes emitidas por uno de ellos generan unos instantes de conmoción donde ninguno sabe muy bien qué hacer o hacia dónde dirigirse. Entonces salen corriendo hacia donde creen que encontrarán a Jericho según el ruido que han escuchado, pero este los vigila desde su escondite, disfrutando la escena que se presenta ante sus ojos. Ante la evidencia de su torpeza, Jericho ríe para sus adentros y no consigue explicarse tanta inutilidad. En el pasado reciente se ha enfrentado con

adversarios mucho más despiadados y difíciles de burlar, pero ahora le sorprende lo ilusos que son estos hombres en particular a la hora de perseguirlo según lo que consideran “de manera encubierta”.

Los hombres han mordido el sebo que Jericho les ha puesto para desorientarlos y que así sigan creyendo que los lugares que han estado vigilando son donde Jericho se ha refugiado durante esos días. Sin embargo, Jericho no se confía ni tampoco los subestima, a pesar de la ineptitud demostrada hasta el momento. Estos hombres han estado muy cerca de atraparlo y Jericho comprende que por el hecho de haber estado varios días dando vueltas por la zona, sus perseguidores también han recorrido esos mismos lugares buscándolo y aguardando por un momento propicio de indefensión y soledad en que pudieran atraparlo, evitando a toda costa la presencia de cualquier testigo casual.

Incluso si consiguen identificar el hotel en que se ha hospedado, estos mercenarios con poco entrenamiento no serían capaces de recordar con exactitud las características de las calles circundantes del modo en que Jericho las estuvo estudiando gracias a su ingenio y destreza como detective. Durante sus maniobras de desorientación, Jericho reflexionaba: ¿por qué habían enviado a estos agentes de actitud novata y no a los profesionales despiadados que lo han interceptado durante misiones de gran importancia?

Confiando en que sus perseguidores pierdan unos cuantos minutos transitando por callejuelas erróneas, Jericho salta una valla y gira hacia una esquina que lo deja en una zona paralela al callejón a la cual es difícil llegar caminando si no se tiene un buen conocimiento de esas calles. Los agentes encubiertos que intentan echarle el guante esa misma noche llegan a la intersección donde Jericho ha estado minutos atrás, pero para ese momento ya no hay rastro de él.

Capítulo 2

Nunca comete el error de considerarse a salvo o completamente seguro, pero no siempre puede ganarle la partida al sueño. A veces traiciona al insomnio y, sin darse cuenta, Jericho acaba sumido en un sueño pesado y profundo, como si intentara recuperar todas las horas de vigilia sin haber recibido un justo descanso. Aún no se siente completamente seguro de haber despistado a sus perseguidores, por lo cual desearía no dormirse. Para ello se mantiene sentado al borde de la cama y evita ponerse cómodo. Ha apagado las luces, porque así se refuerza mejor la agudeza de sus sentidos, especialmente el oído, y evita que cualquier persona que camine al otro lado de la habitación se sienta atraída por la rendija de luz que se vislumbra debajo de la puerta. En silencio, medita tratando de distinguir algún sonido o eco lejano que denuncie la presencia de algún intruso intentando irrumpir en la habitación del hotel, pero todo permanece en extrema quietud.

Apenas son las 3 de la madrugada y gran parte de los habitantes de la ciudad deben estar durmiendo. Es un condado tranquilo donde incluso los hospitales y las jefaturas de policía escasamente reportan emergencias de gran importancia que perturben la paz de esas horas nocturnas consagradas a la casi absoluta inactividad. Probablemente sus perseguidores, al sentirse burlados, se devuelvan a la furgoneta para esperar el momento en que vuelvan a coincidir en las calles de Denver con el objeto de sus búsquedas. ¿Permanecían despiertos o ellos también sucumbían a las tentaciones de un dulce sueño? Jericho se hace esta pregunta a medida que persiste en sus intentos de sobreponerse a esta tentación y vuelve a pensar en los documentos perdidos, pero sobre todo enumera los nombres descartados hasta el momento. Cada uno de esos nombres ha sido descartado porque ha conducido a un hallazgo infructuoso: personas muertas o desaparecidas.

Los párpados le pesan y Jericho apoya sus manos sobre el colchón, intentando mantener los ojos abiertos y fijándolos en un punto de la oscuridad. Repite una y otra vez los nombres, pero siempre ordenándolos de manera distinta, para mantener en constante actividad los engranajes de su mente. Los agrupa luego en fallecidos comprobados o desaparecidos. Estos dos grupos poseen algunas particularidades que crean diferencias entre ellos. Sobre aquellos que ha intentado buscar información para descubrir luego que están muertos, ha conseguido fácilmente registros sobre sus certificados de defunción así como emplazamientos donde han sido enterrados la mayoría de ellos. Comúnmente sus muertes están fechadas en un espacio de tiempo cuyo promedio varía entre cinco y diez años atrás, a veces incluso más. Todos ellos han tenido vidas acomodadas, aunque no excesivamente lujosas, en lugares medianamente apartados. Algunos tienen hijos y cónyuges que aún permanecen vivos, mientras otros ya habían enviudado para el momento de su muerte. No existe ningún registro sobre su participación en operaciones clandestinas, además de los documentos que se perdieron durante la explosión. Oficialmente, vivieron vidas poco extraordinarias, sin logros destacados en el campo de sus respectivas profesiones. Por su parte, aquellos que se identificaban como desaparecidos, este estatus era muy reciente, lo cual levantaba las sospechas de Jericho. ¿Acaso alguien intentaba atar los cabos sueltos antes de que él descubriera tales nudos?

Entretanto, el resto de los nombres que todavía no han sido descartados continúan sin pertenecer a alguna de las otras dos categorías, siendo estos los que podrían convertirse en su única esperanza para prosperar en la investigación. ¿A cuál de todos esos podría contactar?

Una negra niebla ocupa todos los espacios. Ya no es posible distinguir si realmente es un vaporoso humo o verdaderamente ha quedado atrás el día. A lo lejos se escuchan los llantos de unos niños, profiriendo quejas ininteligibles, como si intentaran pronunciar unos nombres que no recuerdan. ¿Quizá pretenden llamar a los padres que alguna vez los abandonaron? ¿O a algún sustituto que les otorgue ese cariño que les ha sido negado? Pero la niebla también parece tragarse esos lamentos hasta ahogarlos y sepultarlos en el olvido. Solo la noche reina y su dominio se caracteriza por un silencio tan parecido a la muerte pero muy lejos de la paz.

Pero la oscuridad no es capaz de mantener su solidez, ya que su contextura de niebla puede ser apartada gracias a cualquier mínimo rayo de luz. Justo entonces, como si fuera la respuesta de una plegaria que ha sido escuchada a tiempo antes de entregarse por completo a la desesperación, se erige la imagen de una mujer cuya sonrisa cálida resulta consoladora. ¡La hermana Geraldine! Su presencia es tan especial, que de su piel emana una luz cuya radiación tiene el poder de mantener alejadas las sombras que se ciernen a su alrededor.

Quiere hablarle. Preguntarle dónde ha estado todo este tiempo y adónde irá cuando vuelva a despedirse. Le gustaría pedirle que se quede, que no vuelva a abandonarlo, o que no lo haga si es que aún no ha ocurrido, porque en medio de aquella oscuridad es imposible distinguir dónde empieza el pasado y cuándo te enfrentas al futuro.

Hace el intento de extender sus brazos con la esperanza de que ella lo extraiga de la oscuridad en la que se halla inmerso, puesto que con su luz tiene esa facultad especial para que la niebla oscura se disipe. Ella lo observa y, al encontrarse con sus ojos, siente una serenidad que durante mucho tiempo no ha experimentado, una certidumbre de que justo en el peor instante las cosas comenzarán a arreglarse y todo tendrá una explicación satisfactoria. Su sonrisa también reafirma esa sensación y quisiera corresponderle con una sonrisa semejante, pero también la oscuridad le ha quitado la capacidad de manifestar cualquier gesto de alegría en su rostro. Le contenta reconocerla y recordarla, aunque también le entristece. Reencontrarse con ella es tan doloroso como satisfactorio.

Intenta abrirse paso dentro de la oscuridad para alcanzar a la hermana Geraldine. No obstante es imposible caminar, por lo cual la única alternativa posible es arrastrarse por el suelo. Presiente que esto ha sucedido antes y que lo ha experimentado en otras oportunidades, muchas más de las que su memoria es capaz de diferenciar. No es posible explicarse a sí mismo cómo lo sabe, pero comprende que debe conducirse con lentitud porque cualquier movimiento desesperado solo conseguirá hundirlo más en esa oscuridad que lo aprisiona. Sin embargo, allí continúa brillando la sonrisa de la hermana Geraldine, al igual que el resto de su piel, lo que los modestos hábitos dejan asomar: su rostro, sus manos y muñecas. Su mayor temor es volver a perderla y no tener la oportunidad de despedirse.

—¿Por qué no me hablas, hermana Geraldine? ¡Dime que todo estará bien! ¡Por favor! ¿Acaso también tienes el poder para sacarme de aquí?

Ella no responde a su súplica desesperada, pero al menos agradece que no apague su sonrisa. Le sirve como respuesta.

—Te he extrañado desde que te fuiste de mi vida. ¿Por qué no pudiste despedirte? Durante años esperé una carta tuya, algo que pudiera servirme de consuelo para comprender que te importaba. Pero ahora estás aquí. ¿Eso significa que te importo?

Si tan solo pudiera alcanzarla y quizá si rozaba el borde de sus hábitos, poniéndose a sus pies, ella se inclinaría para ofrecerle ambas manos y así lograr que se pusiera de pie, a su altura, hasta sobrepasarla.

—Si te alcanzo, ¿me llevarás contigo? Siempre seré un huérfano. Gracias a ti me sentía menos solo y triste. Cuando te perdí me costó mucho volver a sonreír. Lo hago muy poco. Quisiera mostrarte mi mejor sonrisa, así como tú me estás brindando la tuya. Quizá no lo merezco, pero no me dejes aquí. Ya los otros niños se fueron. Solo quedo yo y te he estado esperando todo este tiempo.

Por un momento la hermana Geraldine se interrumpe y alza su cabeza al techo cerrando los ojos. ¿Una plegaria? ¿Está rezando por el alma de él o en cambio está pidiendo permiso para sacarlo de su miseria?

—No siempre me he portado bien. Pero nunca le he hecho daño a nadie que no lo merezca. Prometo portarme mejor en lo sucesivo si no me dejas atrapado en este lugar.

Su plegaria o su conversación directa con las alturas no es interrumpida, sin importar lo que él diga. La hermana Geraldine parece sumida en estado de trance y para el momento en que vuelve a bajar la mirada nota un brillo en sus pupilas como un indicativo de que le tiene una respuesta próxima a anunciarse. Vuelve a sonreírle, esta vez hace un gesto de asentimiento con su cabeza.

—Puedo irme contigo, ¿cierto? Por eso has alzado tus plegarias y la respuesta ha sido afirmativa. ¡Espérame unos minutos! Ya estoy por alcanzarte.

Al arrastrarse se acerca cada vez más. En cuestión de unos pocos segundos extenderá sus manos lo suficiente para alcanzar el hábito de la hermana Geraldine y salir de allí junto a ella. Trata de mantener su cabeza erguida durante su avance para no perder de vista esa reconfortante sonrisa. Pero esta vez una expresión distorsiona el rostro de la hermana Geraldine y la sonrisa se esfuma sustituida por una expresión de horror que lo obliga a detenerse. Ella niega con la cabeza y ha dejado de mirarlo.

—¿Qué ha ocurrido, hermana? ¡Yo sigo aquí! ¿Ya no puedes verme? ¿Por qué has apartado tu mirada? Soy yo, ¡Jericho!

Al pronunciar su nombre, este resuena con fuerza con un eco atronador. Ella vuelve a mirarlo, esta vez cree leer en ella una mirada que se traduce en un profundo dolor. Jericho quiere gritar, porque antes de que los sucesos ocurran consigue anticiparlos. No sabe cómo ha llegado a esa conclusión. Lo presiente. ¡Se la llevarán! ¡Volverán a separarlos!

—¡No! ¡No se la lleven! Ella no tiene nada que ver con ustedes. ¡Ella es inocente! Yo tomaré su lugar. Hagan conmigo lo que han hecho con los otros niños. Solo yo merezco ser tragado.

Inmediatamente después de sus gritos desesperados, a modo de maliciosa respuesta, unos brazos negros y desproporcionados aparecen detrás de la monja. No se corresponden a un cuerpo humano, ni siquiera están ordenados en pares. Se ciernen sobre ella aprisionándola en un abrazo que rodea su cuerpo y lo aprietan como si intentaran exprimirlo. Jericho quiere salvarla, pero ya no puede moverse y tampoco le es posible gritar. Sus músculos se han entumecido y su lengua ha quedado inutilizada.

Los brazos obligan a la hermana Geraldine a ponerse de rodillas y luego la arrastran hacia atrás, succionada por la niebla negra y esos brazos deformes, hasta que ella también desaparece absorbida por la noche. En el lugar que antes ocupaba su espacio, la niebla oscura se traga rápidamente cualquier rastro de su luminiscencia.

Ahora que se han llevado a la hermana Geraldine, recupera el control de sus movimientos. Un frío insoportable eriza su piel y luego se introduce en sus huesos hasta que le duelen. Al margen de este dolor físico, nada le hace sentir peor como la ausencia de la hermana Geraldine. Necesita desahogarse. Sobreponerse a la oscuridad a la cual ha sido confinada. Quiere rescatarla o pedir ayuda. La rabia reverbera en su cuerpo a la par con el dolor. Furioso, alza su cabeza y lanza un grito atronador.

Jericho se despierta gritando y con la respiración agitada. Le cuesta volver en sí y ser consciente de que está despierto. Mira a su alrededor, incorporando su cuerpo a duras penas, y se halla en la misma habitación de hotel donde se ha hospedado. Nada sospechoso ocurre a su alrededor y el silencio solo fue perturbado por su grito.

Capítulo 3

El sueño le había jugado una mala pasada arruinando sus planes de madrugar, no pudiendo estar despierto a la hora que había convenido para salir. Ya era hora de abandonar esa ciudad y continuar con su camino, abordando algún autobús que lo llevara a un nuevo estado. Jericho todavía no ha trazado una ruta concreta, pero en vista de que sus perseguidores ya lo tenían medianamente localizado, era cuestión de unas pocas horas que lograran atraparlo si no se les adelantaba hacia un rumbo desconocido para ellos, en otra nueva ciudad.

A pesar de la tardanza, consigue salir a buena hora para llegar a la estación de autobuses y abordar uno que salía en menos de diez minutos. No ve rastro de la furgoneta y, cuando el autobús se pone en marcha, respira aliviado imaginando que los ha dejado atrás al menos por unos días, hasta que vuelva a intentar contactar cualquier pista relacionada con el Proyecto y ellos lo noten, del mismo modo en que lo han hecho otras veces. Entretanto, no existe un plan y simplemente se deja llevar hacia un rumbo aleatorio. Su mayor seguridad reside precisamente en ese azar. Si él mismo no es capaz de saber a ciencia cierta hacia dónde se dirige, también a quienes reclaman su cabeza les corresponde improvisar a la hora de intentar adivinar sus próximos movimientos e intenciones.

Cuando el autobús se detiene en una de sus paradas para recoger nuevos pasajeros, Jericho siente el impulso de bajarse. Anteriormente les dio un vistazo a los pasajeros y en ninguno vislumbró ninguna característica que pudiera considerarse sospechosa, pero prefiere abordar un autobús distinto cada nueva parada, porque mientras mayor sea la impredecibilidad de sus acciones con igual número de dificultades podrá ser rastreado. Por otro lado, no teniendo todavía un camino a seguir, no desea alejarse tanto hacia otra ciudad donde quizá solo perderá el tiempo al momento de retomar la investigación desde otro ángulo o en la búsqueda de un nuevo implicado.

Al bajarse, se halla en un poblado con aspecto rural al margen de una carretera secundaria. Se trata de un lugar de paso para el abastecimiento de viajeros, conductores y autoestopistas. Pocas personas viven en las casas que se encuentran allí cerca y Jericho descubre varios locales comerciales de aspecto modesto, pero sumamente útiles para el visitante ocasional que, como él en aquel momento, se toma un tiempo antes de abordar el próximo autobús que ha decidido esperar. Jericho decide encaminar sus pasos hacia una pequeña y vistosa cafetería en proximidad inmediata con la gasolinera, donde inevitablemente van a parar los autobuses para aprovisionar sus vehículos con el combustible necesario para continuar manejando por la carretera, de tal manera que, estando en la cafetería, no perderá de vista la llegada y salida de autobuses.

A medida que avanza trata de descubrir si alguna mirada se posa sobre él, pero pasa desapercibido. Ese es el objetivo con cada nueva indumentaria. El disfraz de camionero ha sido sustituido ahora por uno de turista acalorado, con una camisa ligera que deja parte de sus brazos descubiertos, pantalones holgados y gafas de sol. Antes de salir del hotel se ha afeitado el rostro y, seguidamente, se ha rebajado un poco el cabello. A primera vista es difícil reconocer al camionero que se hallaba en Denver, o al Jericho con gabardina usualmente distinguible por quienes lo conocen. Mantiene el ceño fruncido, cargando la única maleta donde lleva poca ropa y algunos artículos personales que ha comprado en el camino. Algunas de estas cosas las va dejando atrás o incluso las vende para comprar otras nuevas y distintas, que no haya usado antes. En un fajo dentro de su ropa interior carga con el dinero de todos sus ahorros así como la sustanciosa paga de su anterior investigación, antes de que Idaho lo contratara. Con eso bastará para sobrevivir al menos unos seis meses. No cree que necesite tanto tiempo para llegar a alguna conclusión, sea cual sea.

Vestido de ese modo tan común entre el tipo de visitantes de paso que allí se suelen encontrar, subiendo y bajando de los autobuses rumbo a mejores y más interesantes ciudades, entra dentro de la cafetería y la halla medianamente concurrida. Nadie posa sus ojos sobre él más de dos segundos y Jericho sonrío para sus adentros celebrando sus habilidades para disfrazarse según las circunstancias.

Se sienta en una mesita apartada al lado de la vitrina que da al exterior para no perder detalle de lo que ocurre afuera. A la mesera que se acerca para apuntar su orden le pide un café negro bien cargado y unas tostadas con queso acompañadas por huevos y tocineta. Le indican que el horario de desayunos ha pasado y en cambio le ofrecen una sopa, la cual acepta sin rechistar. No ha tenido ocasión de comer a causa de su tardío despertar y el estómago ya resiente tales maltratos. Cinco minutos más tarde, su pedido se encuentra frente a él cuidadosamente dispuesto sobre la mesa.

Mientras la sopa se enfría, Jericho aparta su mirada de la vista exterior y echa una mirada a su alrededor para apreciar los detalles del lugar y guardarlos en su memoria. El local es bastante tranquilo: sentados en taburetes toscos y desgastados junto a la reducida barra, así como ocupando algunas de las mesas, halla unos cuantos camioneros y un par de viajeros puntuales, semejantes a los que él representa con su disfraz. El resto son camareras ocasionales que caminan sin prisa de un lugar a otro, cumpliendo con su jornada de costumbre. No parece el tipo de lugar donde ocurra nada extraordinario, ni nadie luzca muy agitado o con impaciencia por irse. A Jericho le resulta gracioso que, precisamente por su incapacidad para decidir una nueva ruta, tampoco tiene prisa por abandonar aquel lugar hasta no haber tomado una clara decisión sobre hacia dónde le conviene más dirigirse a partir de los intereses de su investigación.

Un sorbo de café hace que Jericho se sienta más dispuesto a repensar su situación, reconfortado por el cálido sabor de la infusión pasando por su garganta. Tal como si hubiera activado un mecanismo en su consciencia, una idea comienza a revolotear en su cabeza, aún sin forma definida, pero intentando adquirir la proporción debida para revelarse. Aunque la sopa ya se ha enfriado y se encuentra apta para el consumo, Jericho siente el impulso repentino de apartarla a un lado. Luego, y no sin antes dar un paranoico vistazo a su alrededor, extiende las palma de sus manos frente a sus ojos para volver a practicar el ejercicio mental de revisar y manipular los documentos proporcionados por el fiscal Nierenberg. Consigue concentrarse y por un momento se olvida de lo que ocurre a su alrededor. No le importa ser visto porque cualquiera de los presentes tan solo pensarán que es un turista excéntrico al cual no volverán a ver. A su vez, aunque por ello se confíe, existen muy pocas probabilidades de que sus enemigos lo encuentren allí si no lo vieron irse al momento de partir. Necesita concederse unos minutos para desconectar su mente de cualquier factor capaz de distraerlo y sumergirse plenamente en su evocación.

El ejercicio es acompañado con una respiración profunda y eso ayuda a favorecer la inmersión. Jericho ahora se imagina sujetándolos, percibiendo la textura de las hojas, en las cuales se destacan las letras escritas sobre ellas. Los observa y luego los suelta, desparramándolos por la mesa para apreciarlos mejor individualmente. Procede a ir moviendo y apartando cada una de estas hojas, dedicándole unos pocos segundos de evaluación antes de descartarlos por esta vez y continuar con el siguiente hasta dar con algún documento que resulte de su interés, al mismo tiempo que logre descifrar la idea cuya concreción es apenas un esbozo.

Trata de no desesperarse, porque ya ha estudiado estos documentos bajo este método hasta la extenuación. Pero no es lo mismo conocerlos de memoria que estudiarlos a partir de un enfoque con el cual pueda generar una reflexión oportuna. Se inclina meditabundo sobre los documentos que imagina desordenados en torno a la mesa y relee los nombres que allí se mencionan. Hay un puñado de estos nombres, que por la naturaleza de los documentos donde son mencionados o las veces en que se repiten en comunicados oficiales o actas de reuniones, a los cuales podría acusarles de presentar una aparente relevancia. Escoger nombres al azar hasta el momento no ha proporcionado resultados óptimos. Debido a esto, Jericho al principio consideró que lo mejor era enfocarse en esos nombres repetidos o que denotaban una mayor importancia para el proyecto independientemente de su paradero o qué tan lejos podían estar. Sin embargo, hasta la fecha solo ha conseguido un puñado de muertos o desaparecidos. No parece plausible encontrar a alguno de estos o, en su lugar, cualquier información que lo conduzca a alguna nueva pista que compruebe su participación en el proyecto o siquiera la existencia de documentos similares guardados en otras partes.

Es inevitable imaginar que actúa a contrarreloj antes de que una bomba explote sobre su rostro. Las pocas veces que ha creído estar cerca de algo o incluso durante el nada satisfactorio proceso de tachar un nombre tras descubrir que se corresponde con algún fallecido, los trajeados parecen enterados de la situación en el momento exacto de sus acciones y estrechan el cerco durante varios días, intentando acorralarlo. En un juego de presa y cazador como ese, y a pesar de sus cuantiosas habilidades, las probabilidades de ganar están en su contra. Aunque no se rinda, no podrá escapar para siempre y debe convivir con la certeza diaria de que en algún momento cometerá un error fatal que los trajeados no desaprovecharán para capturarlo y, con toda seguridad, matarlo del mismo modo que han hecho con otros.

Por eso Jericho se exige a sí mismo con urgencia hallar una línea de trabajo adecuada, y quizá un cambio de enfoque es lo que le conviene a su investigación. En el pasado, con otros casos durante su carrera como detective, sucedía que a veces parecía lógico seguir una serie de pasos, pero estos no daban los resultados esperados. Justo entonces, la investigación mejoraba con éxito cuando se atrevía a probar una nueva manera de analizar la situación, aunque pareciera una locura o una pérdida de tiempo.

En ese sentido, hasta el momento ha recorrido la alternativa obvia de buscar a aquellos nombres resaltados por aparecer repetidos en los documentos y a los cuales se les adjudica una mayor importancia por las menciones que se hacen de ellos. Pero siguiendo este patrón los resultados han sido irrefutablemente desalentadores. Y aunque todavía queden algunos nombres dentro de esa categoría a los cuales no ha intentado contactar, todo parece indicar que conseguirá resultados semejantes. Por lo tanto, ¿por qué no buscar otros nombres mucho menos relevantes para el proyecto a pesar de que estén allí mencionados como meras notas muy marginales a pie de página? ¿Qué sucedería si este cambio lo conduce a senderos inesperados y que los trajeados no prevén porque creen que Jericho seguirá intentando contactar los nombres “importantes”?

Sí, la idea que revoloteaba en su mente comienza a delinear sus contornos y, junto a ello, le sobreviene una mínima manifestación de esperanza. Una resolución comienza a gestarse: en lugar de centrarse en nombres que refieren a altos cargos de manera clara y repetida, se dará la oportunidad de buscar a aquellos que han sido mencionados de pasada, como un subalterno cualquiera engrosando la larga lista de empleados. Nombres que, según su función, tomando como referencia las anotaciones, se les atribuyen a personas de menor rango dentro del Proyecto Jericho por su participación en pruebas y experimentos concretos, o funciones muy específicas como parte del personal contratado en actividades variables. Son estos nombres los que se mencionan no más de dos veces en registros de compras, asignaciones de manejo de transportes, encargados de operar maquinaria, comisionados para la adquisición de materiales determinados u obreros que desempeñan labores de mantenimiento y limpieza dentro de los emplazamientos dispuestos para los experimentos.

Como buen detective, cada vez que enfrentaba un cambio de dirección, Jericho se formulaba las preguntas pertinentes para ratificar que tal cambio era una decisión apropiada: ¿Qué interés representarían estos nombres para su investigación? De encontrar a alguno de estos sujetos, ¿cuánto podrían saber y qué tan útil sería? Era muy sencillo de responder. Tales sujetos, por su participación mínima, solo representarían una función testimonial. En ese sentido, esta aparente “irrelevancia” los convertía objetivos seguros. Es decir, las probabilidades estaban a favor de ellos porque a razón de la poca información de la cual dispondrían, aunado al paso del tiempo y lo fácil que es olvidar sucesos lejanos, especialmente aquellos que prefieren dejarse atrás, difícilmente a quienes les preocupaba que esto se supiera se tomarían la molestia de eliminarlos como hicieron con sus empleados más importantes. Mientras menos fueran los muertos y desaparecidos, menos posibilidades de despertar lo que podría traducirse en una investigación oficial por parte de funcionarios de la ley en la actualidad. Si sus enemigos eran lo suficientemente inteligentes, como lo habían demostrado hasta el momento, no habrían perdido el tiempo en erradicar a todos sus peones, ni mucho menos en desperdiciar recursos para vigilarlos como hacían con los peces gordos.

Pero precisamente gracias a esta lógica, y contrario a lo que ellos podrían esperar, Jericho sí se tomaría esa molestia, porque si bien estos sujetos tendrían muy poco que contar, la recolección de pequeños y diversos detalles, por muy insignificantes que parezcan, al ser acumulados en gran cantidad le permitirían conocer la historia del Proyecto desde una mirada mucho más cercana e íntima, para atacar directamente justo en el centro de sus flancos más humanos, débiles y expuestos.

Con un propósito mucho más claro, Jericho pasa un buen rato en la cafetería estudiando en su memoria los papeles, sin cesar de buscar nuevos elementos que puedan serle de utilidad en este nuevo enfoque y que anteriormente haya pasado por alto porque no le funcionaban según su modo de conducirse inicial. Ya ha hecho una primera selección de nombres, según una ruta adecuada a su ubicación actual. De pronto escucha el sonido de una bocina, por parte de una nueva serie de autobuses que recientemente arriban al lugar. Al volver en sí, los documentos se esfuman, y en cambio la sopa fría se le antoja poco provocativa. Ya ha resuelto cual autobús le convendría mejor abordar y, poniéndose de pie, deja el pago por el “desayuno” que no ha consumido sobre la mesa. Le da una última mirada a la sopa y luego se disculpa con su estómago antes de irse:

—Comprendo que un café no es suficiente. Pero debemos aguantar un poco más, hasta la próxima parada. Ya perdimos suficiente tiempo en este lugar.

Capítulo 4

Phoenix- Arizona, 1968.

Un cambio de aires siempre se agradece, incluso si no es posible apreciarlo mientras se está ocupado en asuntos de gran urgencia. Pese a esto, Jericho no resiente el calor de esta nueva ciudad que visita y en cambio disfruta del contacto con el sol terciado por un clima templado que resulta amable e incluso satisfactorio. Continúa llevando su disfraz de turista ocasional, pero se ha cuidado de cambiarse la camisa cada doce horas así como de usar gafas de sol en una parte de la ciudad o una gorra deportiva en el otro extremo de la misma.

Tal como decidió al salir de Denver, ha conducido sus pasos en la búsqueda de aquellos nombres que figuraban en los documentos de Nierenberg cuya importancia fue menor o casi nula dentro del Proyecto Jericho. Una de las ventajas de esta decisión es que hasta el momento no se ha topado con ningún sujeto sospechoso que pueda estar vigilándolo de cerca o intentando perseguirlo a sus espaldas. No por ello baja la guardia, pero al menos se siente en un terreno mucho menos inestable, donde le es permisible actuar con mayor sosiego. Por supuesto, persiste la preocupación de que la policía también lo anda buscando. Para evitar ser reconocido no ha descuidado el uso de disfraces y evita estar cerca de funcionarios policiales o jefaturas.

Había llegado a Phoenix teniendo como objetivo a un sujeto específico, según su nueva línea de investigación. En un documento que fue fechado a mediados de 1943, y que fue uno de los destacados al momento de seleccionar aquellos de menor relevancia, se mencionaba vagamente la próxima contratación de un joven científico doctorado, residente en Phoenix para aquel momento, y cuyo nombre era Jarrett Haggerty. Un aspecto favorable de este sujeto como punto de partida era que no se trataba de una combinación de nombre y apellido excesivamente común y, debido a que era joven para el momento de su posible contratación, ya que luego no halló su mención en otros documentos que aclararan si ese contrato finalmente se llevó a cabo, grandes probabilidades apuntaban a que seguiría vivo.

Al momento de iniciar la búsqueda de Jarrett Haggerty, hizo unas determinadas búsquedas en registros municipales del estado de Arizona, y según estas averiguaciones Jericho cree que ese mismo hombre regresó a Phoenix y actualmente trabaja en un laboratorio local. Por lo tanto, sin pensárselo dos veces, cogió un autobús que lo dejó en Phoenix y ahora deambula por sus calles ya habiendo conseguido la dirección donde supuestamente se encuentra el laboratorio. Ha optado por caminar para hacer un mejor reconocimiento de la ciudad, en el supuesto negado de que deba huir, y finalmente se detiene frente a un edificio de cuatro pisos donde, además del laboratorio, hay también un pequeño hospital en sus primeras dos plantas. El laboratorio en cuestión donde confía que Haggerty trabaje se halla en el último piso.

Seguro de sus pasos, Jericho entra al edificio. Al tratarse de un lugar de acceso público nadie se interpone en su camino, por lo cual pregunta en la recepción la ubicación de las escaleras de emergencias, siempre cuidándose del uso de ascensores. Sube los escalones de dos en dos y en menos de dos minutos accede al cuarto piso del edificio. Allí hay cuatro puertas cerradas y cada una se corresponde con laboratorios de profesionales de distintas disciplinas. Los nombres de cada uno de ellos están escritos a un lado de sus puertas y Jericho se felicita a sí mismo al momento de leer Jarrett Haggerty en una de ellas, pensando para sus adentros: “¡Al fin conoceré a alguien de entre los mencionados por aquellos malditos documentos!”.

Al tocar la puerta, enseguida escucha como es abierta desde dentro para ser luego recibido en el umbral por la presencia de un hombre blanco de mediana edad, cabello canoso y aspecto cansado. Lleva puesta una bata blanca, gafas para la miopía y es un poco más alto que Jericho, pero considerablemente enclenque.

—¡Buenas tardes! —lo saluda—. ¿En qué lo puedo ayudar?

—Me habría gustado llamarlo antes —se disculpa Jericho—, pero pasaba por aquí y preferí acercarme para hablar directamente con usted. ¿Es usted Jarrett Haggerty? Mi nombre es Nathan.

—Lo soy —confirma Jarrett—. El nombre en la pared no miente. Pero no nos quedemos hablando en la entrada, porque podríamos perturbar el trabajo de los otros laboratorios. Lo invito a pasar.

Jarrett se hace a un lado para que Jericho entre primero y luego le señala una silla frente a un pequeño escritorio detrás del cual hay una butaca. Con un vistazo rápido, Jericho reconoce a cierta distancia otra habitación donde se ven instrumentos de laboratorio. Jarrett lo invita a sentarse y enseguida ocupa su lugar detrás del escritorio.

—Espero no estar interrumpiendo su trabajo —se excusa Jericho—. Trataré de no robarle mucho tiempo.

—No se preocupe por eso —asegura Jarrett—. No hay excesivo trabajo en estos días. La mayor parte de mi tiempo la ocupo en experimentos que llevo por mi cuenta, así que dispongo de mi tiempo según mi propio itinerario. Has dicho que te llamas Nathan, ¿cierto? ¿Nos conocemos de algún lado?

—No lo creo —niega Jericho—. Y sí Nathan es mi nombre, pero todos me llaman Jericho. Nathan Jericho.

La mención de este nombre hace que Jarrett palidezca y Jericho lo descubre enseguida. Se trata de un hombre muy avezado y enseguida comprende la razón de la visita que le están haciendo.

—¿Has venido a buscar información sobre el Proyecto que lleva tu nombre? —interroga Jarrett a quemarropa—. O te han mandado a hablar conmigo.

—Trabajo por mi cuenta —aclara Jericho—. No tiene nada que temer, pero en efecto ha adivinado la razón de mi visita. No es mi intención crearle ningún problema, y tampoco quiero que esto represente un riesgo contra su vida. Nadie sabe que estoy aquí y al momento de irme nadie sabrá nunca sobre esta conversación. Usted puede decidir permanecer callado y yo respetaré su decisión. Pero ambos somos conscientes de que usted trabajó en el Proyecto Jericho y necesito saber todo lo que usted sepa sobre lo que allí se hacía. Mi vida entera depende de ello.

Jarrett lanza un suspiro hondo y se quita las gafas para estrujarse los ojos. Luego se reclina en la butaca y alza su cabeza hacia el techo antes de tomar fuerzas para responderle.

—No le debo secretos a nadie —afirma—. No me molesta ayudarlo contándole todo lo que vi. Le advierto que no es mucho lo que mi testimonio puedo ofrecerle, pero espero que de algo sirva.

—Incluso el detalle más insignificante puede ser esclarecedor —resalta Jericho—. Le estaré profundamente agradecido.

—Si la memoria no me falla, comencé a trabajar allí en octubre de 1943 —precisa Jarrett—. Es decir, el proceso de contratación tuvo lugar meses antes, pero me hicieron pasar por algunas pruebas de rutina y la decisión de esos contratos debía ser gestionada por muchas personas. Al momento de comenzar a trabajar me fue encargada la producción de sueros.

—¿Sueros para los experimentos? —pregunta Jericho con la curiosidad despierta—. ¿Se trataba de alguna fórmula especial creada por usted?

—Eran sueros que se les administraban a los sujetos con los cuales experimentaban —confirma Jarrett—. Pero no, yo no tuve participación directa en la creación de los mismos en cuanto a su fórmula. Eso ya estaba predeterminado y decidido para el momento de mi ingreso. Yo me limitaba a hacerlos con los ingredientes que me proporcionaban y las indicaciones que me daban. Eso me frustró mucho, porque precisamente acepté ese trabajo pensando que me darían la oportunidad de contribuir con fórmulas propias. Sin embargo, al principio yo no entendía muy bien la finalidad de estos sueros. Fue mucho más tarde cuando supe que se usaban para inyectarlos en personas y no en animales como pensé en un principio. Firmé acuerdos de confidencialidad que expresamente señalaban que no debía hacer preguntas sobre el Proyecto y que yo sabría únicamente lo que ellos determinaran que formaba parte de mis competencias.

—Debió tratarse de un trabajo delicado —indaga Jericho—. Trabajar con materiales químicos y luego no saber que sucedía con ellos.

—Eso solo incentivó mi curiosidad —admite Jarrett—, porque esos sueros se desarrollaban con sustancias que no eran estables. El margen de seguridad era muy bajo. De haber sabido que su finalidad era entrar en contacto con el torrente sanguíneo de seres humanos me habría opuesto alegando que arriesgaban las vidas de esas personas. Pero nadie me contó demasiado acerca del Proyecto, y al poco tiempo de ser contratado alimenté grandes sospechas de que algo no iba bien. No se trataba de una simple contraofensiva científica en tiempos de guerra, en el desarrollo de armamento, como lo creí inicialmente y me hicieron creer. El Proyecto se fundamentaba en ambiciones mucho más grandes.

—Pero al final sí supo que los sueros eran administrados a seres humanos —subraya Jericho—. ¿Qué hizo entonces al descubrirlo?

—Nunca llegué a ver los sujetos de prueba —puntualiza Jarrett—, pero accidentalmente a nuestro laboratorio llegaron unos documentos que me hicieron comprender enseguida lo que estaba ocurriendo. No solo le estaban administrando estos sueros a personas, sino que estas personas eran niños. Esto me horrorizó profundamente. No me explicaba como sobrevivían tras habérselos proporcionado, pero supongo que comenzaron con dosis muy pequeñas y luego fueron incrementándolas. No tuve fuerzas para ahondar en ello. Mientras menos supiera, me sentiría mejor. El día que hice ese descubrimiento pedí un permiso de dos semanas para ausentarme, alegando que mi madre estaba enferma. Mi propósito era renunciar luego, al estar lejos de allí.

Jericho ve que el doctor luce afligido al contarle su historia y comprende que es un buen hombre enredado en circunstancias ajenas a su control. Incluso años después, sigue atormentándole el sufrimiento de unos niños cuyos rostros no llegó a conocer.

—Un asunto lamentable —resopla Jericho—. ¿Logró renunciar?

—Mucho mejor que eso —destaca Jarrett—. El Proyecto fue cancelado antes de que tuviera la ocasión de presentar mi renuncia. Yo me sentí profundamente aliviado, aunque por otro lado quería saber el destino de esos pobres niños. ¿Qué habría sido de ellos? Durante un tiempo hice preguntas a algunas de las personas que conocí y que supe que trabajaban dentro del Proyecto. Luego recibí amenazas veladas por esas preguntas y durante algunos años me fueron enviados mensajes muy tajantes que me previnieron de seguir investigando. Algunos hombres de aspecto temible visitaron mi hogar un par de veces para interrogarme. Querían asegurarse de que yo no le hubiera contado nada a nadie sobre la existencia del Proyecto Jericho. Luego dejaron de hacerlo porque yo no di muestras de que mintiera. Al final yo solo era un joven doctor, sin competencias ni influencias en terrenos legales. Hice lo mejor que pude, lo que probablemente la mayoría de los implicados también: continué con mi vida olvidando que ese Proyecto alguna vez existió. Pero lo cierto es que nunca olvidé y hasta el día de mi muerte me sentiré culpable por no haber hecho nada para salvar a esos niños.

—Lo está haciendo ahora —tercia Jericho— y eso hace la diferencia entre usted y aquellos a quienes no les importó hacer tanto daño, y aún sigue sin importarles. Actualmente continúan haciendo daño. Alguien tiene que detenerlos.

Las aseveraciones de Jericho consiguen que Jarrett llore sin que pueda ocultarlo. Jericho lo observa respetuosamente, dejando que desahogue su llanto. La evidencia de su arrepentimiento le hace reconocer una de esas pocas y valiosas oportunidades de que todavía existen personas dispuestas a enmendar sus errores en el nombre de lo que es justo y correcto. Jarrett se seca los ojos con un pañuelo que saca del bolsillo de su bata y vuelve su mirada hacia Jericho para darle una mirada cargada de tristeza y compasión. Prefiere no saber quién es Jericho, ni por qué está interesado en descubrir aquello. Le basta la nobleza expresada en sus intenciones y lo incentiva a contarle todo lo que recuerda, porque en ese instante sabe que realiza un mínimo aporte que quizá redima lo que no se atrevió a hacer años atrás.

—No sé si esta información te es provechosa —añade Jarrett—, pero creo que es importante destacar que los responsables del Proyecto me contrataron debido a un contacto de confianza para ellos y que estaba relacionado con mi familia.

—¿Un contacto? —pregunta Jericho intrigado—. ¿Alguien que trabajaba para el Proyecto?

—Mucho antes de que yo participara —agrega Jarrett—, pero luego no estuvo presente en su fase final hasta su cancelación. Se trataba de un militar con el cual algunos miembros de mi familia mantenían una estrecha relación. Yo no sostenía ese mismo trato, pero por tratarse de mi familia este hombre terminó recomendándome, ya que buscaban a alguien de mi profesión que fuera de entera confianza. Cuanto terminó el Proyecto definitivamente, yo lo contacté un par de veces para hacerle unas cuantas preguntas, que como ya le dije anteriormente, fueron motivadas por lo que había descubierto. Coincidimos en otros espacios posteriormente, pero evitábamos hablar de eso que nos unía. Finalmente, resultó muy incómodo seguir hablando con él. Le molestaban mis preguntas y sospecho que se lo hizo notar a los interesados en ello, pero creo que también en nombre de mi familia fue él quien intercedió por mí cuando los jefes del Proyecto consideraron peligroso mi interés por algo que había sido cancelado. Por lo tanto, solo recibí amenazas en lugar de un acontecimiento de mayor gravedad.

—Esta información puede serme muy útil —destaca Jericho—. Se lo agradezco mucho. ¿Es posible contactar a este hombre? ¿Aún sigue vivo?

—Vive aún —refrenda Jarrett—. Se llama Keenan Cordell y actualmente vive en Los Ángeles. No se ha mudado desde que lo conozco. Puedo darle su dirección.

—De acuerdo —acepta Jericho—. No necesita anotármela. Simplemente dígala y yo la memorizo enseguida.

Jarrett lo observa sorprendido al escuchar tal afirmación, obedece la solicitud y se limita a decirle la dirección. Para ambos ha sido un día muy importante ya que los ha enfrentado a un pasado que no deja de atormentarlos, pero ahora se sienten más seguros frente a él, confiando en que podrán hacer justicia décadas después de los desmanes cometidos por quienes no pagaron sus crímenes.

No queda más por añadir y Jarrett se pone de pie para acompañar a Jericho hasta la puerta:

—Ha sido un placer conocerte, Nathan —dice Jarrett—. Ten mucho cuidado, a partir de ahora. Quizá haya pasado mucho tiempo y todos hemos envejecido, pero estás lidiando con personas muy peligrosas. Serán capaces de hacer cualquier cosa para obstaculizar tu camino.

—Lo sé —asiente Jericho—. Mi mayor temor no es jugarme la vida, sino que todos mis esfuerzos sean inútiles y tantas víctimas queden olvidadas, sin nadie que repare el daño que alguna vez les hicieron. Sin embargo, si todavía existen personas como tú, quizá no todo está perdido.

Jarrett le dedica una sonrisa a Jericho y se despiden en el umbral con un leve asentimiento de sus cabezas. Cuando finalmente sale del edificio, Jericho alza su rostro para encarar el cielo. Se siente mucho más ligero que antes y, por primera vez desde que trabaja en esta investigación, cree que existe la posibilidad de resolver el caso y encontrar respuestas justas para las preguntas de toda su vida.

Adondequiera que repose su mirada todo posee una molesta luminosidad a su alrededor. Se halla rodeado de paredes blancas cuyo brillo lo encandila, con la sensación de estar tendido sobre una superficie que no consigue identificar. No parece tener pleno control sobre sus sentidos, ni sobre las sensaciones de su cuerpo. Pero es consciente de la existencia de la superficie que lo sostiene, de su cuerpo suspendido en ella, aunque le cueste moverse y ni pensar en erguirse para estabilizar su cuerpo y recuperar las sensaciones lógicas que le permitan apreciar lo que le rodea y calmar su confusión.

Por un momento, tiene la percepción de haber sido arrojado allí y no recuerda cómo llegó y dónde ha estado antes. Su memoria se le antoja difusa y poco fiable. Poco a poco, recupera la movilidad de sus extremidades y se aclara medianamente su visión. Aún entrecierra los ojos debido a la ceguera, pero distingue mejor los contornos de lo que ve. Alza las manos frente a su rostro. Observa la extensión menuda de sus brazos de niño, pequeños y delgados. Se sorprende al descubrir que están llenos de pinchazos. Trata de abrir un poco más sus ojos, a pesar de la pesadez en sus párpados, y distingue los puntitos rojos e irritados sobre su piel translúcida.

Pero el esfuerzo que ha hecho para abrir los ojos y enfocar su mirada le pasa factura. Enseguida su visión se nubla y las imágenes son devueltas a sus ojos de un modo distorsionado. Esto le angustia y cierra los ojos alzando su cabeza, pero junto a esa ceguera momentánea le sobreviene un dolor que aumenta progresivamente. Al principio se manifiesta en sus extremidades, a partir de las marcas de los pinchazos que ha visto, como un leve ardor seguido por la sensación de ser agujoneado reiteradamente por un instrumento punzante. Luego se transforma en un dolor insoportable que recorre el resto de su cuerpo, como si el dolor quisiera devorar su carne hasta traspasar sus músculos y seguidamente sus huesos. Siente mucho miedo, porque el dolor consigue extenderse hasta el centro de su cuerpo, y, con la respiración agitada, trata de aminorar la presión que siente sobre su pecho, pero el dolor es mucho más fuerte de lo que alguna vez ha soportado.

No hay nadie a su alrededor que pueda ayudarlo. Necesita ayuda porque no es capaz de moverse y el dolor se ha apoderado de todo su cuerpo. Al principio siente atenazada su garganta, pero hace acopio de todas sus fuerzas para concentrarse por encima del dolor y lanzar un grito desgarrador. Una vez que comienza, su lamento parece no tener fin. No profiere palabras, sino un sonido atronador semejante a un aullido. Quiere gritar hasta agotar su voz o hasta que el dolor consiga desmayarlo.

La cama del hotel es muy acolchada y reconfortante para seguir durmiendo, pero Jericho en cambio suspira con la mirada fija en el techo mientras permanece tendido, tratando de sosegar el dolor que padece su cabeza. Todavía es de noche y permanece tendido en la cama. La habitación de aquel hotel es mucho mejor y más espaciosa, con un aspecto acogedor que supera el hotel donde se hospedó en Colorado. Mientras los trajeados no andan tras su pista, por no interferir en su radar de vigilancia de personas “importantes” para el Proyecto, puede concederse una mayor comodidad.

A pesar de estar acostado, en sus manos sostiene las fotografías que se hallaban como parte de los documentos del fiscal, las cuales revisaba una hora antes. La noche que las descubrió, decidió guardarlas en el bolsillo de su pantalón en lugar de devolverlas al portafolio donde fue guardado el resto. Aunque las conocía de cabo a rabo, a veces invertía sus horas nocturnas observándolas hasta que conseguía dormirse.

Sintiendo que el dolor merma un poco, Jericho se sienta en la cama para observar las fotos por enésima vez. Las imágenes en cuestión no consiguen calmarlo, ni mucho menos ayudarlo a recuperar el sueño, pero de alguna extraña manera le sirven de consuelo, porque le recuerdan que las víctimas tenían un rostro y entonces su deseo de hacer justicia no responde únicamente a un propósito individual. En dichas fotografías se muestran los niños con los que experimentaban, e incluso, a pesar de lo desgastada que están las imágenes, son evidentes las huellas del maltrato que sufrieron durante esos experimentos.

Ahora, tras haber hablado con el doctor Haggerty, lo que antes suponía a través de la imaginación se le presenta con mayor claridad a partir de su testimonio. Las pruebas llevadas a cabo con esos niños, entre los cuales se incluía él, durante esos años, fueron extremadamente crueles y agresivas. Incluso para un adulto representarían un asunto grave y peligroso. Por lo tanto, eran pruebas de carácter mortal impuestas a la fuerza a niños cuyas muertes nadie lamentaría en el caso de algún accidente. ¿Algunos habrían muerto durante ese proceso? ¿Existirían otros sobrevivientes igual que él? Y, de ser así, ¿ninguno era capaz de tener recuerdos sobre aquellos acontecimientos?

Al sujetar las fotos y mirarlas fijamente, le resulta inevitable hacerse estas preguntas y, desesperado, las arroja a un lado fuera de su cama para tenderse nuevamente, presionando su cabeza a la vez que suspira. A pesar de la angustia incrementada durante las horas nocturnas, su investigación está comenzando a tener resultados mucho más efectivos y gratificantes en cuanto a la recolección de información. Si consigue a otros implicados en el Proyecto dispuestos a hablar con él del mismo modo en que lo hiciera el doctor Haggerty, entonces podrá avanzar y quizá conocer a alguien que haya sabido de él durante el tiempo que duró dicho experimento, reconociéndolo como uno de los niños que fue sujeto de prueba durante la ejecución de los mismos.

Reconfortado con esta idea, Jericho se voltea de espaldas al lado de la cama donde ha arrojado las fotos y se deja seducir por el sueño.

Capítulo 5

Tras varios días de recorrido, y manteniéndose bajo perfil usando todo tipo de disfraces, Jericho finalmente ha decidido pasar unas horas dentro de un bar para deleitarse con uno de sus placeres predilectos: el alcohol. Al sorber la primera cerveza, espumosa y fría, se siente refrescado. La posibilidad de una borrachera es lo más cercano a la alegría para un hombre como él. Casi sonríe por entrar en contacto con algo tanpreciado y de lo cual se ha privado durante meses. Necesita sentir nuevamente esa sensación en su garganta. Cuando ya lleva tres vasos largos bebidos hasta el fondo se atreve a sonreír y echar un vistazo a su alrededor.

El local está medianamente concurrido, pero cada quien se ocupa de sus propios asuntos. Por lo cual Jericho no capta a nadie dedicándole una extensa mirada, sino a diferentes borrachos solitarios de toda clase concentrados en los vasos que sostienen en sus manos, cuidándose de que nunca estén vacíos. Otros se hallan en grupos, probablemente reunidos tras una larga y aburrida jornada de trabajo, charlando animadamente, ya sea discutiendo alguna tontería sobre sus vidas o reflexionando temas de importancia de carácter político y económico. Sin fijar la mirada en ningún punto en específico, sus ojos recorren el lugar en toda su extensión. Jericho había elegido una esquina privilegiada al fondo de la barra, que debido a su oscuridad y lejanía le permite tener una visión casi total del lugar. Por muy gratas que sean las cervezas, durante su presencia allí no abandona sus maneras de detective. Actuar como uno más de aquellos borrachos funciona como otro de sus disfraces para camuflarse entre la gente. Por supuesto, este disfraz va acorde con su naturaleza y en común acuerdo con sus afinidades.

A pesar de sus instinto entrenado para mantener sus cinco sentidos constantemente alertas, no quiere empañar su disfrute ante el contacto con la cerveza lanzando numerosas miradas paranoicas a diestro y siniestro, por lo cual se distrae observando el contenido de su vaso, donde aprecia difusamente su propio reflejo ahogándose en el alcohol. Se encuentra de paso y su próximo destino es Los Ángeles. Para llegar allí estima que todavía le quedan al menos cinco días de recorrido con paradas.

—Me había resignado a no volver a encontrarte —dice una voz de mujer a su lado—. Me costó reconocerte. Luces muy distinto a la última vez.

Al principio Jericho se siente sobresaltado al escuchar esta voz interpelándolo directamente. Se lamenta por haber cometido el descuido de mantener la guardia baja y ser sorprendido, pero al observar quien le habla y descubrir que se trata de una mujer guapa, siente un alivio inmediato. Le cuesta reconocerla unos segundos, debido a la oscuridad del local, pero luego su memoria le ayuda a ver de quien se trata: Anezka, aquella mujer misteriosa que parecía conocerlo y con quien había coincidido una vez en un bar y acabaron acostándose en su habitación de hotel. Plantada frente a él, luce un vestido provocativo ceñido a su silueta y lleva un bolso de mano. Usa labial y maquillaje, pero sin que parezca recargado. Sigue antojándosele una mujer voluptuosa y sexy, aunque de poco fiar.

—¡Ah, eres tú! —saluda Jericho, lacónicamente—. Discúlpame si no recuerdo tu nombre, aunque conserve otros recuerdos mejores sobre nosotros dos.

Jericho miente al decirle esto, pero desea saber si se presentará con el mismo nombre de la vez anterior o en su lugar elegirá otro. Nunca estuvo muy seguro de si se llamaba así realmente, como también albergaba sus sospechas de que trabajase para alguien que fuese tras su búsqueda.

—No pensé que fuera un hombre olvidadizo —dice Anezka entreabriendo seductoramente sus labios y sentándose a su lado en la barra—. Pero podemos presentarnos como si fuera la primera vez: me llamo Anezka, ¿y tú?

—Supongo que tu memoria es mucho mejor que la mía, señorita Anezka —bromea Jericho correspondiendo el mismo tono de provocación que ella usa para hablarle—. Pero mis ojos agradecen siempre la presencia de una mujer hermosa. Son escasas en sitios como este. Así que siempre será un gusto esta bendita casualidad de encontrarte en los mismos bares.

—Parece que se nos da natural —resalta Anezka— esto de encontrarnos en bares y charlar tan animadamente. Quizá deberíamos hallar otros lugares para vernos mejor.

—Muy natural —recalca Jericho—. Si fuera detective o algo parecido, pensaría que me estás siguiendo.

Anezka lanza una carcajada y Jericho nota que las miradas de algunos dentro del bar se posan sobre ellos. No resulta extraño ya que la presencia de una mujer atractiva despierta este tipo de atenciones, Pero es algo que Jericho preferiría evitar.

—Eres un hombre muy gracioso, cuando te lo propones —señala Anezka—. Tu perspicacia me atrae.

—Entonces, ¿reconoces que tengo razón? —pregunta Jericho—. Te han mandado a perseguirme, ¿o mi perspicacia falla? ¿Para quién trabajas, Anezka?

—Directo al grano y sin miedo a atacar primero —ríe Anezka—. Sin duda no eres un hombre al que se pueda engañar fácilmente. Tampoco ha sido mi intención hacerlo. De querer engañarte, no me habría presentado del modo en que lo he hecho. Yo también tengo mis mañas, Nathan. No eres el único con talentos especiales en este lugar justo ahora. Por lo tanto, nada gano con negártelo. Sí, tengo un interés particular contigo, más allá de lo bien que lo hayamos pasado juntos en aquella ocasión anterior. Digamos que trabajo para personas poderosas que están profundamente interesadas en tu trabajo y muy especialmente en la investigación que andas desempeñando en la actualidad.

—Es decir, solo eres una subalterna —acusa Jericho correspondiéndole sus sonrisas con cinismo—. Esperaba más de ti. Eres la clase de mujer que lo tiene todo para trabajar por su cuenta. ¿Quiénes son esas personas poderosas? ¿Por qué les interesa mi trabajo?

—Les interesa un trabajo en particular, el que ahora investigas —repite Anezka—. Y llámame como quieras llamarme: subalterna, peón, mercenaria a sueldo, mensajera. Poco me importan tus intentos de ofenderme, querido, porque yo sé mucho más que tú y ese conocimiento podría serte de mucha utilidad si no fueras tan arrogante. Lamentablemente, no te puedo decir para quienes trabajo, pero siempre existen otras alternativas. Soy una mujer sola e indefensa. Tú eres un hombre peligroso y muy buscado. Estoy a tu merced. Si lo quisieras, podrías forzarme a que te diga todo lo que quieres escuchar. ¿Te gustaría hacerlo? ¿O no serías capaz?

Al escuchar estas palabras, Jericho tensa su cuerpo apretando los puños y le lanza una mirada desafiante cargada de ira. Anezka retrocede asustada, malinterpretando los movimientos de él como una reacción violenta a punto de suceder. Jericho mantiene esta supuesta reacción para ver lo que ella hará al respecto.

—¿Es eso lo que tú quieres? —inquire Jericho—. ¿Lo estás pidiendo? No cometas el error de subestimarme según lo que creas que puedo hacer o no durante una situación decisiva. Tú no sabes de lo que he sido capaz en otras oportunidades, con adversarios mucho más fuertes y prudentes.

—Creo que no hace falta recordarte que estamos en un lugar público —responde Anezka sobresaltada—. Hay civiles por todas partes y, a pesar de lo que han bebido, sirven como testigos. Además, yo me defiendo sola y lo hago muy bien.

Anezka abre su bolso de mano y le deja ver a Jericho su contenido, quien nota enseguida la presencia de un revólver pequeño que ella extrae enseguida y, con un movimiento rápido, apunta a su vientre mientras le sonrío.

—No dudo que sepas usarlo —dice Jericho sin perder la calma—. Conseguirías dispararlo antes de que te destroce la muñeca, de eso estoy seguro. Pero en la dirección que apuntas no conseguirías matarme y yo me lanzaría sobre ti enseguida para estrangularte. Recuerda que cuando sostienes un arma debes estar dispuesta a matar o mejor no lo hagas, porque puedes encontrarte a alguien a quien no le temblaría el pulso para hacerlo. Pero mejor dejémonos de amenazas inútiles. Nadie ha disparado, ni dado un golpe. Es evidente que no lo haremos.

—Ninguno quiere matar al otro, es cierto —dice Anezka apartándose y devolviendo el revólver a su bolso de mano—. Al menos no hoy. No es un buen día para mancharse las manos de sangre, y menos de alguien que podría ser tu aliado.

—¿Aliados? —pregunta Jericho con extrañeza—. Me persigues porque trabajas para los intereses de esas personas poderosas cuyos nombres no puedes mencionar y ahora señalas que me quieres como aliado. Cada vez te comprendo menos, pero tampoco estoy seguro de que quiera hacerlo o de que me haga falta verdaderamente. Habla solo por ti. Yo no busco ni necesito un aliado. Trabajo por mi cuenta y no le respondo a nadie. Y aunque sean mayores los peligros a los cuales me enfrento, tengo la libertad que tú jamás conseguirás respondiendo a las órdenes de otros que primero pondrían precio a tu cabeza para entregarte a sus enemigos antes de arriesgar su propio pellejo.

—¿Crees que no lo sé? —repite Anezka—. Yo también tengo mi propia agenda. Solo complazco los intereses de otros cuando estos se corresponden con los míos y me aprovecho de las situaciones a mi alcance para alcanzar mis objetivos. A veces debes bailar con el diablo si quieres evitar el infierno. Pero tú y yo podríamos ayudarnos mutuamente en lo sucesivo. Hay cosas que solo quedarían entre nosotros. Nos parecemos más de lo que te permitirías admitir y de igual manera te sería de gran ayuda, aunque subestimes mis habilidades.

Anezka le dice estas palabras y coloca sus manos sobre las de él, apretándolas con firmeza. Su mirada es segura y lo observa con curiosidad, como si intentara leer el impacto que están teniendo sus palabras. Pero Jericho es experto en mantener un rostro impassible en el cual es difícil traducir emociones o interpretar futuras intenciones. También repara en un brillo de ansiedad reflejado en su mirada, como si hiciera una súplica silenciosa y desesperada demandando una curiosa necesidad. ¿Le está pidiendo ayuda y para hacerlo ofrece la suya? Jericho tampoco sabe descifrar su rostro, aunque, al contrario que el suyo, exprese una mayor gama de emociones. Sin embargo, ¿cuáles eran realmente ciertas y qué tanto había de fingido en su manera de obrar?

—Al contrario, las estimo muy bien —afirma Jericho luego de un largo silencio—. Eres una mujer extremadamente talentosa en las artes del engaño. Se te da muy bien mentir y ocultar información. Jamás podría confiar en ti.

—Un aliado no es alguien en quien puedas confiar —defiende Anezka—. Para eso están los amigos, pero sospecho que, al igual que yo, no son muchos los que tienes; si es que existe alguno. Un aliado es alguien con quien puedes compartir objetivos comunes y no estar solo en el proceso de cumplirlos, porque ambos se benefician de esta relación temporal. Yo tampoco confío en ti, pero no me molestaría trabajar a tu lado porque me sentiría segura. A eso es lo que me refiero, cariño. ¿Comprendes mejor mi ofrecimiento?

—Sin necesidad de tus explicaciones, lo comprendo —apoya Jericho—. Pero el hecho de que lo comprenda no significa que me sienta atraído por la propuesta. No veo en que puede resultarme beneficiosa tal asociación y, en cambio, sí veo un sinnúmero de razones por las cuales me conviene mantenerme alejado de personas como tú, que responden a los intereses de rostros anónimos. Ya hay suficientes personas sin nombre esperando un error de mi parte para atraparme. Y quizá tú eres el instrumento de uno de ellos. Creo que no tenemos nada más que hablar y prefiero que demos por terminada esta conversación. Yo me iré por esa puerta y no se te ocurra seguirme, porque lo lamentarás. Y esta vez se trata de una amenaza que sí pienso cumplir.

Jericho deja unos cuantos billetes sobre la barra y se levanta de su silla para abandonar el bar tal como ha anunciado, dejando atrás a Anezka sin dedicarle ni una sola mirada. Ella no hace nada para detenerlo, conmocionada por sus rudas palabras.

Capítulo 6

Los Ángeles - California, 1968.

En una ciudad donde todos pretenden lucir como estrellas de cine, incluso aquellos que trabajan como camareros o limpiadores, resulta muy sencillo pasar desapercibido cuando te mantienes como un tipo regular que no intenta llamar la atención de un cazador de talentos. Jericho nunca había tenido ocasión de explorar Los Ángeles como ahora y todo le resultaba tan novedoso como estridente. Algunos lo llamaban la ciudad de los sueños, aunque para Jericho parecía más bien el nido del bullicio y el mal gusto.

Era muy fácil perderse en una ciudad como aquella, incluso si se contaba con una dirección específica hacia donde dirigirse. El primer día Jericho ya había localizado a Keenan Cordell y confirmado que seguía viviendo allí, pero antes de contactarlo directamente se tomó otro día para hacer un reconocimiento a fondo de las calles a su alrededor y así identificar si era perseguido por alguien más. Desde su encuentro con Anezka ya no estaba tan seguro como antes de que su nueva línea de investigación pasase desapercibida por no centrarse en personas de gran importancia para el proyecto. Sin embargo, Cordell era un militar de gran importancia, según lo contado por el doctor Haggerty. Debía conducirse con mayor cautela antes de encararlo.

En esta ocasión, Jericho no escatima su ingenio a la hora de disfrazarse y ha llegado a cambiarse hasta dos veces en un mismo día desde que llegó a Los Ángeles. En algunas ocasiones se disfraza de turista extranjero de origen europeo, e incluso improvisa un acento cuando debe hablar con alguien, pero otras veces copia las indumentarias locales luciendo como alguien que acostumbra a vivir allí o que, al menos, es nativo de California. Para ello dejó que el sol bronceara su piel a la vez que llevaba gafas de sol complementadas con pantalones cortos y camisetas ligeras desabotonadas hasta el cuello. Aunque Jericho odia exponer tanta piel, cualquier otra indumentaria no estaría acorde con el clima del lugar e inevitablemente atraería miradas curiosas. Ocasionalmente algunas mujeres voltean a verlo ya que distinguen los brazos fornidos y sus piernas robustas, pero hay muchas mujeres y hombres atractivos en aquel lugar, por lo cual no es común conseguir tanta atención si no la estás buscando.

Ya teniendo un mejor conocimiento de las calles y comprobando que por lo pronto nadie lo persigue, con su disfraz de transeúnte californiano se dispone a llegar a la dirección donde Cordell vive y sorprenderlo con su inesperada visita. Se fía de que el doctor Haggerty no lo haya prevenido sobre su futura presencia allí, no solo porque había manifestado su apoyo a sus intenciones de hacer justicia sino porque por voluntad propia ya no parecía conservar contacto directo con este oficial retirado. Es la segunda vez que aparece en dicha dirección, pero ahora se detiene a apreciar mejor el edificio donde hallará a su nuevo testigo. Se trata de una edificación deslucida y humilde, que forma parte de las zonas residenciales no privilegiadas de la ciudad. Jericho se sorprende al pensar que, si esta es la recompensa del hombre por su aporte al proyecto, ha quedado muy mal parado comparado con otros nombres oficiales a los cuales fue a visitar; aunque los encontrara ya muertos desde hacía tiempo y debidamente enterrados, pudo comprobar que pasaron el resto de sus días en casas lujosas y bien situadas.

Al cabo de un rato, un anciano camina por la calle de enfrente en dirección al edificio y Jericho reconoce que se trata de Cordell, quien probablemente salió a hacer unas compras y regresa a su domicilio. Resultaría muy fácil esperar a que llegase a la puerta de su edificio y, justo allí, encañonarle disimuladamente y hacerle subir las escaleras para finalmente exigirle que lo deje entrar a su apartamento. Sin embargo, según sus labores de rastreo, el perímetro en cuestión en torno al edificio es vigilado por un par de hombres que se turnan cada doce horas, ocupando posiciones de individuos cuya presencia allí es casual. Jericho debe actuar con rapidez para burlar a estos hombres, pero cuenta con la ventaja de que su objetivo a vigilar es Cordell y no él mismo.

Estando allí, Jericho no tarda en identificar a los dos hombres que hacen rondas en torno al edificio en aquel momento. Mientras Cordell avanza lentamente con la espalda encorvada y los innegables

efectos de la edad pesando sobre su cuerpo, Jericho clava una mirada en dirección a una esquina lateral donde identifica a uno de estos hombres encargados de vigilar al viejo soldado; vistiendo ropas de obrero y fingiendo que toma las medidas de una pared. Sus miradas se cruzan, pero Jericho continúa caminando, también fingiendo ocuparse de pasear por el lugar. Frente a él camina una mujer madura junto a una niña de ocho años de edad, quien sujeta la correa de un perro. Desde la distancia del hombre disfrazado de obrero, al ver que Jericho camina detrás de ellas, enseguida podría suponer que es el esposo y padre que las acompaña.

Por su parte, el otro sujeto se halla apostado al lado de un poste frente al edificio fingiendo leer un periódico que oculta su cuerpo y parte de su rostro. En la portada del mismo se distingue a Nixon sonriente, pero el hombre, en lugar de ojear las páginas, sigue con su mirada el recorrido de Cordell y, al mismo tiempo, otea el edificio que demanda su constante vigilancia. Este hombre no puede verlo todavía a él ya que se encuentra casi de espaldas a Jericho, no necesita observarlo para reconocer que se trata del mismo hombre con el cual ha coincidido en una cafetería desde hace tres días. Por lo tanto, debe evitar a toda costa ser descubierto por este, pero necesita introducirse en el edificio donde vive Cordell esta misma tarde.

En una curva, Jericho se aleja de la mujer y la niña que caminaban frente a él para dar un rodeo largo que termina dejándolo cerca de otro edificio de la misma calle, ubicado próximo al cual necesita acceder. Desde allí no podrán verlo ninguno de los dos comisionados sin quitarle los ojos de encima a Cordell, porque precisamente el edificio que demanda su atención le sirve de tapadera al otro edificio donde Jericho quiere hacer el intento de entrar. No tarda en ubicar la escalera de incendios de este y asciende con rapidez. Se da cuenta de que no necesita llegar a la azotea para salir del edificio y acceder al otro. A su vez, trepar no resulta muy complicado gracias al diseño de los bordes que dicha escalera posee. Una gran ventaja es que ambos edificios están prácticamente unidos, siendo muy corto el margen de distancia entre ellos. Jericho agradece su suerte porque solo se ve obligado a saltar una vez por encima de un callejón lo bastante estrecho para que, tras coger carrerilla y reunir algo de valor, logre cruzar por encima de él. Posteriormente se acerca a la puerta que conecta con el interior del segundo edificio y fuerza la cerradura. Sin detenerse a comprobar si su irrupción ha creado algún tipo de alarma, entra enseguida para dirigirse al domicilio de su objetivo.

Desde adentro, la edificación luce incluso más arruinada de lo que anticipa la fachada exterior: paredes desconchadas y suelos sucios a los cuales les falta más de una trapeada. Jericho no tarda en conseguir el apartamento que busca y se detiene frente a la puerta. Estima que Cordell ya debería haber entrado y se halla en su apartamento. Lo mejor es comprobarlo cuanto antes, así que Jericho golpea con insistencia la puerta para acto seguido abandonar el pasillo y observarlo desde la salida lateral que da a las escaleras. Escucha que Cordell se acerca y se detiene detrás de la puerta de su apartamento sin abrirla. Jericho alza su oído para valerse de la hipersensibilidad de sus sentidos y así escuchar la respiración de Cordell al otro lado del umbral y puede sentir que el hombre en cuestión está intranquilo.

El instinto de Jericho le sugiere que se conduzca con cuidado, probablemente Cordell vaya armado, por lo cual se acerca cautelosamente a la puerta y vuelve a golpearla antes de abandonar el pasillo como hizo la primera vez. Repite este proceso un par de veces, consiguiendo que finalmente Cordell abra la puerta impulsado por el hartazgo, portando un viejo revólver en su mano temblorosa.

—Deje de molestar o no respondo de mis actos —anuncia Cordell—. Podré estar viejo, pero aún no he olvidado cómo usar este cacharro.

Antes que el viejo alce su mano para apuntar con el revólver, Jericho sale presuroso de su escondite en la escalera para interceptar sus movimientos, adelantándose a su reacción. Jericho apoya una mano contra el arma y lo obliga a bajarla, mientras con la otra tapa la boca del viejo, quien lo observa horrorizado.

—Guarde silencio —pide Jericho—. No pretendo hacerle daño. Vayamos a su apartamento.

Con un tirón fuerte y contundente, Jericho le arrebató el arma y afloja su mano contra la boca de Cordell. Este se debate entre gritar o salir corriendo, pero la mirada ruda que Jericho le dedica lo hace

entrar en razón. Sus opciones son limitadas si quiere sobrevivir frente a este desconocido. Hasta ahora, la mejor opción es obedecerlo, por lo cual asiente con su cabeza sonriendo con sorna y retrocede lentamente para entrar a su apartamento, dando así por sentado que ha aceptado “invitar” a Jericho para que se introduzca detrás de él.

Cerrando la puerta a sus espaldas, Jericho sigue al viejo hasta un cuarto de estar reducido, compuesto por unas sillas en torno a una mesita. Con el objetivo de refrendar su intención de no hacerle daño, Jericho coloca el revólver sobre la mesa a la vista y alcance de Cordell. El viejo soldado corresponde su acción con una sonrisa y camina en dirección a una de las butacas alrededor de la mesa, indicando con un gesto de su mano que Jericho también puede sentarse.

Sentados frente a frente, los dos hombres se observan, estudiando sus gestos antes de que alguno se decida a hablar.

—Supongo que usted sabe quién soy yo —anticipa Cordell—. Pero yo no tengo la menor idea de quién es usted y qué busca. Sea lo que sea, no tengo todo el día.

—Yo tampoco tengo tiempo que perder —asegura Jericho—. Que usted conozca mi identidad es lo que menos importa en este momento. Si quiere que me vaya de su casa, necesito que me cuente todo lo que sepa acerca del Proyecto Jericho. Por favor, ahorrémonos la parte en que usted finge no saber de qué le estoy hablando hasta que me obligue a usar medidas disuasorias que le hagan recordar.

No le complace amenazar a un anciano de ese modo, pero Jericho teme que este interrogatorio sea interrumpido por los hombres que se apuestan en las afueras del edificio donde vive Cordell. Necesita actuar con rapidez. Cordell comprende perfectamente las amenazas tras las palabras de Jericho y las corresponde con otro asentimiento de su cabeza.

—Si ha llegado hasta acá, ya debe saber lo esencial —comienza Cordell—. Fue un proyecto creado para hacer experimentos útiles en tiempos de guerra con sujetos de prueba. En otras circunstancias, algo así no habría sido permitido. Y en efecto no lo fue. Te ha mandado Hunter, ¿cierto? Debe haberte puesto alguna de sus pruebas para que sea yo quien te explique las cosas que él mismo sabe. No niego que estoy sorprendido. Simplemente no esperaba que, después de tantos años, sea Barlett quien te haya mandado a matarme.

—No sé de quién me está hablando —respondió Jericho frunciendo el entrecejo—. ¿Hunter? ¿Barlett? No conozco a ninguno de esos hombres. Y le aseguro que no estoy aquí para matarle, ni hacerle el mínimo daño.

Pasado un segundo de confesión en que ambos hombres se miran con extrañeza, Cordell comprende la negación de Jericho y lanza una carcajada que resulta molesta.

—Discúlpame, muchacho —se excusa Cordell—. Es propio de él no compartir su verdadero nombre con nadie que no lo conociese durante su juventud. Hunter Barlett siempre se puso cachondo con toda esa bazofia de espías y nunca le revelaba su verdadero nombre a sujetos como usted. Supongo, entonces, que usted debe conocerlo con el seudónimo de Idaho. ¿O me equivoco?

El rostro de Jericho reveló una inmediata sorpresa que le hizo ver a Cordell que estaba en lo cierto respecto a sus suposiciones. Por su parte, Jericho se estremeció al escuchar el nombre de Idaho por primera vez desde aquel fatal accidente gracias al cual lo presumía muerto y en boca de alguien completamente desconocido. Al fin conocía a otra persona que pudiera hablarle sobre Idaho. Esto animaba sus esperanzas, porque sentía que conseguiría algunas respuestas que le fueron negadas por el propio Idaho durante el tiempo en que mantuvieron contacto.

—Conocí a Idaho —afirma Jericho—. Y fue por su culpa que acabé metido en todo este lío. O mejor dicho, gracias a ello descubrí que siempre estuve involucrado en este asunto. Pero es muy poco lo que puedo decir sobre él. Tal como dice, le gustaba jugar a los espías y no era precisamente el hombre más claro en sus instrucciones a la hora de darme información. Tampoco el más honesto. Agradecería cualquier detalle que pueda darme sobre él.

—¿No ha intentado amenazarlo? —pregunta Cordell—. He visto que usted puede ser un hombre muy persuasivo si se lo propone y, a pesar de las mañas que aún conserve ese viejo zorro, a un hombre joven y fuerte como usted no le tomaría mucho trabajo neutralizarlo.

—No tuve oportunidad de hacerlo —refiere Jericho—. Idaho murió durante una explosión, en lo que se supone sería nuestro encuentro para aclarar todas mis dudas. Al menos, yo fui con el propósito de no dejarlo hasta tener esas respuestas. Pero, ¿cómo adivinó sobre nuestra posible relación? ¿Cuál era la implicación de Idaho con el Proyecto Jericho?

—Puedo decirle un par de cosas sobre el Proyecto Jericho, porque yo participé en él —confirma Cordell—. Especialmente durante su fase inicial, mi asesoría fue vital para crear las condiciones necesarias para el proyecto. Luego trabajé como uno de los monitores a cargo de los sujetos de prueba.

—¿Se refiere a los niños? —interrumpe Jericho para darle a entender hasta qué punto llegan sus conocimientos al respecto y también para que no pretenda engañarlo—. “Sujetos de prueba” suena muy sofisticado. No disfracemos al horror con eufemismos.

Cordell se acomoda en la butaca, incomodado por las acusaciones de Jericho, pero prosigue con su relato:

—Sí, de los niños —reafirma Cordell—. Y al igual que yo, Hunter también estaba encargado de otro grupo de ellos. Sin embargo, hubo una distinción que se comentó mucho sobre el trabajo de Barlett con los niños bajo su cargo: ninguno de ellos llegó a ser apto para considerarlo un éxito para el Proyecto. Por lo tanto, Hunter fue muy mal visto durante nuestras operaciones y, si a esto le añadimos sus orígenes estrictamente militares, en general no se le confió mucha información. Hunter fue relegado como un empleado de menor importancia y esto es algo que nunca dejó de resentir, porque su carrera se vio truncada, así como sus esperanzas de conseguir algún tipo de distinción. En fin, cuando todo se fue al infierno, nadie se preocupó en tomar excesivas medidas en su contra.

—Comprendo —dice Jericho—. Esto me hace ver que Idaho alimentaba un misterio que él mismo quería resolver porque nunca tuvo toda la información a su alcance, la cual siempre le fue negada. Me da mucha curiosidad saber cómo fue ese proceso de dar por terminado un proyecto tan delicado, desmontarlo tan limpiamente sin que quedaran registros visibles o fáciles de encontrar.

—Fue un caos absoluto —describe Cordell—. Para ese momento yo ya no estaba presente y solo asesoraba cuando así lo requerían. El asunto es que, después de los bombardeos en Hiroshima y Nagasaki, los operativos militares en el área nuclear eran vistos con mucha suspicacia. Lo menos que se necesitaba era un escándalo sobre los experimentos en los cuales estábamos trabajando. Entonces llegó la orden de Truman pidiendo que el proyecto fuera desmantelado sin objeciones, y le pidieron cuentas a sus implicados. Pero todo fue una farsa. Ni el presidente ni sus más allegados sabían a ciencia cierta en qué consistía el Proyecto ni quiénes eran los verdaderos jefes. Solo unas pocas cabezas de turco pagaron los platos rotos y sufrieron destituciones a puerta cerrada. El resto de nosotros quedamos prácticamente invisibles y los grandes culpables salieron ilesos sin ningún problema.

—Muy conveniente para todos —subraya Jericho—. Es más fácil continuar con una vida si tus crímenes han sido olvidados.

—No se apresure en sus conclusiones —advierte Cordell—. El Proyecto concluyó oficialmente, pero quienes invirtieron tanto tiempo y dinero en ello no se rendirían tan fácilmente. Por supuesto, el anonimato se convirtió en un arma a su favor para que sus posteriores acciones no fueran rastreadas por nadie. Si no existían, nadie pediría cuentas.

—¿Continuaron con el Proyecto a escondidas? —precisa Jericho—. Tengo entendido que los niños fueron confinados a orfanatos. ¿Cómo siguieron sin ellos?

—No estaría tan seguro de ello —contradice Cordell—. Es cierto que algunos de los niños implicados fueron borrados del mapa en cuanto a sus registros. No se supo nada sobre ellos y, tal como dices, algunos fueron enviados a lugares donde no se hicieran muchas preguntas, específicamente aquellos con los que no se experimentó mucho. Pero hubo un crío en particular que terminó siendo “rescatado” dentro de ese grupo. Lo llamaron Damascus y fue el único éxito indiscutible del Proyecto.

Un hijo de puta de sangre fría desarrollado como una letal arma humana. Todavía, cuando pienso en la mirada de ese muchacho, siento escalofríos. Reconocería esa mirada donde sea, aunque haya crecido y deba tener aproximadamente su edad.

—¿Ese Damascus sigue vivo? —pregunta Jericho—. ¿Cómo es posible que no se sepa oficialmente sobre su existencia si es tan peligroso?

—Damascus es un asunto delicado para quienes lo conocieron e intentaron controlarlo —revela Cordell—. Fue dotado de unas capacidades físicas, intelectuales y sensoriales privilegiadas, carente de cualquier moral o empatía y entrenado para incorporarse al servicio secreto desde que aprendió a caminar. Por supuesto, ocurrió con él eso que sucede con todas las armas que creamos para destruirnos. Tarde o temprano acaban volviéndose en nuestra contra. Damascus ha seguido activo desde entonces, en teoría sirviendo a los mismos amos, y se ha convertido en una especie de “leyenda negra”. Se habla de él como un sujeto estafalario que viste abrigo oscuro junto a unos anteojos rojos. Afortunadamente, no me he topado con él, y si algún día lo hiciera eso significaría mi sentencia de muerte.

—Espero que eso no ocurra —destaca Jericho—. Es sorprendente que ningún otro niño les diera resultado.

—Fue muy frustrante —admite Cordell—. Sí recuerdo enterarme que hubo otro de los críos que dio algunos resultados prometedores al principio, pero luego fue descartado tajantemente por los jefes ya que no consideraron que tuviera la misma utilidad de Damascus. Pero fue uno de los primeros en dar las respuestas que esperábamos, incluso antes que Damascus. Por eso lo llamaron con el nombre del Proyecto. Luego Damascus lo superó con creces y el muchacho llamado Jericho quedó relevado y, posteriormente, desechado por los jefazos. Pero al principio este niño fue incluido dentro del grupo considerado como posible éxito y, aunque todos los de ese grupo fueron desestimados, Jericho fue mantenido con vida gracias a Hunter.

—¡Idaho salvó a Jericho! —exclama Jericho sintiendo un escalofrío estremecedor en su cuerpo ante tal revelación—. Entonces, ¿los demás murieron?

—Pensé que no le gustaban los eufemismos —apunta Cordell—. Al grupo de niños que sí fueron sometidos a mayores pruebas se les erradicó por completo. Pero lució como un accidente, así que oficialmente murieron y nadie pudo salvarlos. Todos menos Jericho. Su Idaho se ocupó de mantenerle con vida como una forma de resguardarse las espaldas. Me pareció una jugada arriesgada, teniendo en cuenta lo que sucedió con la monitora de Damascus cuando este se libró de su control. Pero Hunter quería su momento de gloria y demostrarles a los jefes su valía. Me imagino que luego tuvo que deshacerse de él aceptando que no tuvo un Damascus con el cual lucirse frente a quienes lo ignoraron todo ese tiempo.

—¿Usted no tomó ese riesgo? —inquire Jericho—. ¿No salvó a alguno de los niños bajo su cargo?

—¿Con qué objeto? —dice Cordell, riendo con amargura—. Yo ya me había retirado y no iba a regresar para salvar a alguno de esos críos cuya inutilidad ya había quedado patente. Reconozco que habría actuado igual que Hunter y también lo hubiera hecho si alguno de los “criajos” a mi cargo hubiera valido para una mierda. O de haber sabido que existía otro prospecto prometedor como Damascus, o incluso como Jericho, habría aprovechado el momento de caos para llevármelo. Pero todos esos críos eran desechables.

Al escuchar estas palabras dichas con tan natural crudeza, Jericho cierra los puños, lógicamente molesto ante el desprecio rayano en la psicopatía que ese hombre exhibe hacia los niños víctimas del Proyecto.

—Usted sabe mucho sobre el Proyecto —señala Jericho, recuperando la compostura sin dar indicios de que la perdiera—. Probablemente mucho más de lo que Idaho nunca supo, teniendo el mismo cargo, ¿cómo es posible? Idaho solo me encargó una investigación muy vaga. Nada que ver con

un asesinato, como usted pensó que era la razón de mi visita, ni tampoco una tarea de protección. ¿Cómo adivinó enseguida que fui enviado por él?

—Cuando se trata del Proyecto nunca se puede estar seguro de nada —afirma Cordell—. Pero en otras oportunidades, a lo largo del tiempo, Hunter trató de contactarme para hacerme preguntas y comparar información sobre lo que sabíamos. El punto es que, además de los jefes, nadie tenía una información total sobre el Proyecto, sino fragmentos esenciales para cada cargo y según nuestra respectiva competencia. La cuestión nunca fue quién sabía qué. La mayoría de implicados conocía gran parte de la información que tuviera algún sentido conocer, así como dónde se guardaban casi todos los documentos y archivos que, por una razón u otra, los dirigentes del Proyecto optaron por conservar en lugar de destruirlos. Posteriormente, lo único que no conocían era la localización e identidad de los supervivientes “importantes”. Yo no me contaba entre esos, ni mucho menos Hunter. ¡Eran todos unos granujas y se cubrieron las espaldas dejándonos expuestos al resto!

Al decir esto, Cordell escupe a un lado con desprecio y para desahogar una flema que lo ha aquejado durante el tiempo que estuvo conversando.

—En todo caso, tanto a jefes como a subalternos nos convenía dar por olvidado el asunto —continúa narrando Cordell—. Especialmente entre los jefes, la información permanecía a salvo porque ninguno estaba dispuesto a entregarse a las autoridades ni recibir un balazo para delatar al resto. De forma que, a pesar de que no se comunicaban entre sí, todos compartían este secreto y confiaban en que el resto lo haría también. No obstante, hace un tiempo alguien comenzó a recopilar información, a hurgar en los archivos antiguos y visitar a “sujetos sensibles”. Por supuesto, estos movimientos no pasaron desapercibidos para los principales preocupados porque estas cosas no salieran a la luz pública. Como resultado, esto causó que Damascus se pusiera en marcha, lo que supuso malas noticias para todos los implicados de menor nivel, porque seríamos considerados los primeros sospechosos de estar filtrando información creando algún tipo de conspiración que no respondía a los intereses de nuestros antiguos jefes.

—Desde entonces, es vigilado —conjetura Jericho—. Porque tienen miedo que sea uno de los implicados de menor importancia que pueda revelar demasiada información.

—Exactamente —acepta Cordell—. Desde entonces he estado, como supongo que han hecho el resto, pendiente de la polvareda levantada, cruzando los dedos para que no me alcanzara a mí el turno de una visita de Damascus o de algún otro como usted interesado en el Proyecto. Las noticias corren rápidamente entre quienes trabajamos en el Proyecto. Se nos dijo que Hunter y Jericho dieron comienzo a la tormenta, aunque al principio no entendía el motivo. Ahora comprendo mucho mejor que antes, y eso no me reconforta. Y aquí estamos ahora. Usted y yo, conversando. Hunter ha muerto, pero Jericho vive. Por eso supe enseguida que eso significaba mi muerte.

En este punto de la conversación, Jericho tiene el entendimiento tácito de que Cordell supo quién era él desde el principio. El silencio entre ambos hombres es tenso y las miradas desafiantes. Jericho no sabe cómo reaccionar a sus alusiones, si debe asumirlas directamente o ignorarlas. Lo importante es que aquel viejo le haya dicho todo lo que sabe sobre el Proyecto. Puede abandonarlo e irse, pero algo le obliga a seguir allí. Le molesta hondamente que Cordell no muestre ni el más mínimo signo de arrepentimiento por todo lo ocurrido. No es mejor que aquellos jefes anónimos que movían los hilos invisibles de su incuestionable poder para ordenar el exterminio de personas cuyas muertes nadie lamentaría.

—Por lo que dice, Damascus podría hacerle una visita próximamente —apunta Jericho—. ¿No tiene miedo de quedarse?

—Ya le he dicho todo lo que sé sobre el proyecto —replica Cordell con un tono ligeramente agresivo—. Ahora puede dejarme en paz y que me ocupe de mis propios asuntos. Seguramente Damascus vendrá, pero espero tener tiempo suficiente para que no me encuentre.

—Es muy viejo para huir —contraataca Jericho—. ¿No cree que ha huido lo suficiente de sus culpas?

—¿Cuáles culpas, muchacho? —pregunta Cordell socarrón—. Los años que invertí en el Proyecto fueron como ningún otro posterior o anterior en mi vida. Estaba participando de la historia, haciendo avances capaces de transformar la manera en que concebimos la guerra. Fracasamos, es cierto, pero algún día se nos reconocerá nuestra labor. Me enorgullece haber contribuido a eso y volvería a hacerlo si tuviera la oportunidad.

A Cordell se le infla el pecho de envanecimiento al pronunciar esta declaración. Jericho lo observa impasible, sintiéndose asqueado por su descaro frente a la crueldad de la cual formó parte, esa crueldad que había arruinado su vida y que incluso le negaba cualquier posibilidad de futuro. A diferencia de su encuentro con el doctor Haggerty, no esperaba que la conversación se desarrollara de esta forma. Le resulta difícil creer que alguien pasara tantos años sin pensar en las consecuencias de sus acciones y arrepentirse por ellas. ¿Cuál era el sentido de todo esto, después de tantos meses de investigación? ¿Escuchar a unos viejos infelices creyendo que cambiaron la historia y solo molestos porque nadie les dio el debido reconocimiento? Jericho no puede dejar de pensar en que todos estos hombres son culpables y merecen un castigo definitivo frente a la justicia.

No hay lugar para la compasión cuando el victimario no se arrepiente ni es capaz de avergonzarse frente a los ojos de una de sus víctimas. Jericho solo puede ver en este hombre decrepito y tembloroso, pero al cual la edad no le ha mermado su terco orgullo, alguien que concluirá sus días en paz sin dar cuenta de sus actos y creyendo que justamente ese es el destino que se merece. Cordell es culpable, un bastardo que colaboró con numerosas atrocidades sin experimentar ninguna clase de remordimientos. No puede llevarle ante la justicia, pero podría hacerle pagar en ese mismo momento sin que nadie pueda impedirselo.

Mientras toma una decisión, Cordell parece adivinar los pensamientos de rabia reflejados en el semblante de Jericho y este escucha como se acelera el ritmo cardiorrespiratorio del viejo al sentirse acorralado de cara a un enemigo. Comparten una mirada de advertencia con los hombros rígidos. Temiendo que Jericho se adelante, Cordell se lanza contra el arma puesta sobre la mesa. Pero los reflejos de Jericho son mucho más rápidos que los de un viejo que no ha disparado un arma desde hace décadas, por lo cual desenfunda a mayor velocidad el revólver que lleva consigo y dispara enseguida en el preciso instante en que Cordell sujeta la suya para alzarla. El disparo ha retumbado con fuerza y Cordell vive en los primeros pisos, por lo cual el escándalo habrá sido notado de inmediato. Jericho no pierde tiempo asomándose por la ventana, escucha que en la calle hay una conmoción e imagina que los hombres apostados en las afueras del edificio no tardarán en entrar para descubrir lo que ha ocurrido.

Dispuesto a huir cuanto antes, Jericho se lanza por las escaleras y vuelve a salir por la parte del edificio que comunica con el otro; solo que esta vez se deja caer en la pequeña calle asfaltada que sirve de división entre ambas. Se reincorpora rápidamente y se lanza a la carrera hacia el lado contrario a la entrada principal, pero no tarda en toparse con un grupo de al menos cinco hombres armados, quienes no pierden tiempo en hacer preguntas para levantar sus armas y dispararlas contra él. Jericho se sitúa detrás de un contenedor de basura y responde a los disparos descargando su revólver. Consigue herir a uno de ellos. De pronto, una tercera pistola abate a los hombres desde la dirección en que Jericho se encuentra. Confundido, Jericho reconoce a Anezka como la persona que está disparando y ella corre presurosa para ponerse a su lado detrás del contenedor.

—Te dije que podríamos ayudarnos mutuamente —dice Anezka con la respiración agitada, el rostro sudado y sosteniendo con fuerza su pistola—. No son muchos y conseguí darle a uno. Tú heriste a otro. Nos quedan tres. Si queremos escapar, debemos darnos prisa antes de que vengan más.

Antes que Jericho pueda darle una respuesta, Anezka vuelve a contratar para disparar a los agentes, que no se sienten seguros de avanzar hasta donde están ellos y en su lugar permanecen de pie apuntando el contenedor con las armas. Pero este ataque de Anezka los toma desprevenidos mientras intentan apartar fuera al agente herido por Jericho. Con notable habilidad, ella consigue dispararle a otro antes de agacharse y Jericho aprovecha la ocasión para lanzar otros dos disparos antes de volver a

resguardarse. Finalmente, Anezka y Jericho se miran a los ojos detrás del contenedor y, como si leyeran sus pensamientos, se ponen de pie al unísono para abrir fuego y terminar de derribar a los únicos dos hombres que quedan de pie.

Entre ambos logran eliminar a los perseguidores, aunque no saben quiénes están heridos y cuáles han muerto, por lo cual corren juntos hasta alejarse lo suficiente de la zona de fuego para introducirse en un callejón y recuperar el aliento.

—No te hacías suficiente justicia cuando dijiste que sabías defenderte sola —concede Jericho—. Arriesgaste tu vida ayudándome de esa forma.

—Eso estuvo divertido —responde Anezka recobrando el aliento—. ¿Te parece que mi ayuda ha sido suficiente para que me tengas un poco de confianza? Mis superiores están muy interesados en ti y escucharán cualquier mensaje que quieras enviarles.

Con ella nunca se sabe de quién habla y Jericho no se siente seguro de darle crédito a sus palabras o acciones como para confiar en ella. Pero por ahora están juntos en esa pequeña batalla que han librado. Jericho siente un inevitable compromiso moral, porque así como ella no ha dudado a la hora de salvarle el pellejo, más allá de sus propias y secretas intenciones para actuar de ese modo, él también debe procurar dejarla a salvo antes de que sus perseguidores vuelvan a salirles al encuentro. Jericho se pregunta quienes son esos superiores de los cuales Anezka habla tanto, ¿detractores o partidarios del Proyecto Jericho? Pero no es el momento apropiado para largas conversaciones.

—De nuevo las ambigüedades, Anezka —tercia Jericho mirando a su alrededor para distinguir si alguien oculto los observa—. Le intereso a tus jefes, pero ¿te intereso a ti?

Ambos se miran durante un largo segundo, pero luego escuchan un ruido a lo lejos que los obliga a reemprender la carrera y no detenerse hasta haber puesto suficientes kilómetros de distancia entre el domicilio de Cordell y ellos.

Capítulo 7

Él se siente en una absoluta quietud que lo mantiene adormecido. Su respiración es calmada. Apenas consigue distinguir el mundo a su alrededor, pero se siente seguro en los brazos de una mujer que lo carga para mecerlo con un vaivén suave y controlado. Desea continuar allí, aferrado a ese cuerpo para nunca ser soltado. Teme que si lo sueltan se descubra abandonado y en un lugar donde ya no pueda sentir nuevamente ese tacto amoroso y placentero, que procura ofrecerle todos los cuidados que necesita.

Sus manitas se extienden para sujetar los cabellos de esta mujer que lo observa con una hermosa sonrisa. Si tan solo pudiera pedirle que no lo suelte, que lo lleve consigo otro rato más, que promete portarse bien si le dan un nombre y no lo olvidan. Su plegaria parece ser escuchada, porque la mujer es luego acompañada por un hombre que la abraza. Dos rostros amorosos lo contemplan embelesados y juntos comparten esa misma carga de sostenerlo mientras lo mecen. Cuando no lo miran a él, se miran entre ellos y sonríen, expresando una gratitud mutua por estar allí y darse la oportunidad de ser felices y hacer feliz a alguien que ambos aman por igual.

Pero la pareja se va difuminando y él queda flotando en la nada, en la misma posición fetal que cuando su cuerpo era sujetado. Sus padres han desaparecido. Esta vez se mantiene en vilo por su cuenta, sin caerse, pero completamente solo, y lentamente su cuerpo es depositado sobre una superficie sólida y fría que lo obliga a abandonar la posición horizontal para ponerse de pie.

Ha crecido. El frío en la piel le previene sobre la desnudez en su cuerpo. También descubre que el control sobre sus movimientos es pleno, pero siente un vacío en su pecho, como si intentara recordar algo que acaba de perder, algo verdaderamente importante y necesario. Tampoco sabe cómo ha llegado hasta allí, pero todo es oscuro a su alrededor. Lo mejor que se le ocurre para calmar su confusión es seguir caminando hasta que cambie el panorama y la neblina sea sustituida por alguna otra cosa.

Su plan da resultado, porque a lo lejos distingue una superficie reflectante. Debido a la oscuridad reinante, el brillo que irradia el cristal es hasta cierto punto cegador. Se trata de un espejo de cuerpo completo. A medida que se acerca toma la resolución de asomarse a él para ver su reflejo, creyendo que con esto conseguirá una pista de donde se encuentra. Pero una vez frente al espejo, este le devuelve una imagen inquietante que no hace sino incrementar su sensación de desorientación. Tarda en reconocerse a sí mismo cuando es un niño de facciones difusas el que le devuelve la mirada. ¿Acaso él luce de ese modo? ¿Por qué se siente más grande y fuerte de lo que ese reflejo sugiere? Desea que la imagen tenga mayor nitidez para distinguir con claridad los rasgos de ese niño, sus propios rasgos que se le antojan desconocidos.

Pese a sus inquietudes, la visión no mejora, pero seguidamente reconoce que el niño en el espejo le sonríe. Retrocede asustado. Entonces el niño del reflejo extiende su mano, sin dejar de sonreír, logrando que el cristal del espejo estalle en mil pedazos.

En un motel de carretera, en algún lugar de California, Jericho aprecia el pequeño sobre que tiene en sus manos. He allí la razón de que suspendiera su siesta, debido al sonido ininterrumpido de la bocina del teléfono, para atender una llamada de la recepción anunciando que le dejaron correspondencia. Lo evalúa antes de abrirlo, con esa crueldad autoimpuesta propia del sediento que se detiene a contemplar el vaso de agua que beberá antes de consumirlo. Así Jericho, sospechando que se trata de una misiva importante, roza con sus dedos los bordes del sobre blanco, pero teme descubrir su contenido, por la forma misteriosa en que ha llegado a sus manos.

Su desconfianza se incrementa, como es natural, ante un acontecimiento como este tan parecido a una advertencia o una provocación. Jericho ha recibido esta carta como un signo de que sus pasos son seguidos de cerca por alguno de sus muchos perseguidores. Si se tratara de aquellos que envían agentes trajeados para disparar primero antes de hacer preguntas, seguramente no serían tan sutiles. De saber

dónde se encontraba Jericho ya hubieran irrumpido en su habitación para dispararle. O al menos así lo cree, remitiéndose a las pruebas de lo vivido hasta ahora. Alguien le ha enviado una carta en la recepción del motel donde se hospeda sin sello, ni remitente, ni una descripción clara de quién la ha dejado allí.

—No tengo la menor idea de dónde ha salido ese sobre —anunció la recepcionista, cuando bajó a recogerla minutos antes—. Pero la única distinción es ese número de habitación donde se ha hospedado usted, escrito con bolígrafo. Quizá la han dejado cuando tuve que atender a un familiar que vino a visitarme. Le pido mil disculpas. Si de verdad hubiera visto a la persona que lo hizo se la describiría con lujo de detalles, pero no vi a nadie. De repente estaba allí y lo llamé enseguida.

La torpe recepcionista no habría de tener razones para mentirle. Sus ojos asustadizos cuando la interrogó al respecto demostraron que decía la verdad y no comprendía la actitud tosca de su inquilino a la hora de hablarle. Tras escuchar esto, el primer impulso de Jericho fue salir corriendo de allí y ver si conseguía a alguna persona sospechosa merodeando en torno al hotel, pero halló vacío el paisaje exterior y la carretera tan solitaria como solía serlo según su naturaleza de lugar de paso, con una quietud perenne apenas interrumpida por el paso de algún automóvil cada cinco minutos o más. Quienquiera que lo hubiera dejado, ya se encontraba lejos y no tenía intenciones de encararlo frente a frente.

Lo mejor era calmarse; los más recientes acontecimientos hicieron que Jericho tuviera una actitud mucho más desenfadada respecto a su modo de conducirse, sin que por ello bajara la guardia. Era consciente de que finalmente lo atraparían y tendría que enfrentarse a sus perseguidores, e incluso sufrir una muerte dolorosa debido al alboroto que causó. No correría en medio de la noche para escapar solo porque un sobre cerrado había llegado hasta allí. Aunque se tratara de una situación misteriosa, sus enemigos ya habían demostrado que ellos se conducían con una violencia tajante y carente de misericordia.

Pero no le quedaba duda de que el sobre le pertenecía. El número de habitación con su respectiva letra correspondiente al piso fue escrita apresuradamente en el dorso del sobre. Si todo esto sucedió mientras la recepcionista se hallaba ausente significa que la persona en cuestión revisó el libro de registros y, a pesar del nombre falso con el que se registrara, reconoció su letra. Ahora bien, bastaba abrirlo y salir de dudas o hacerse nuevas preguntas. Jericho prefiere aplazar este momento unos minutos más, como si con ello le diera a entender a cualquier persona que espicara sus movimientos que no controlarían sus acciones con esa clase de trucos; lo cual era hasta cierto punto ridículo, porque nadie estaba allí para saber si lo abría de inmediato o prefería esperar. Pero para Jericho es importante este triunfo de la calma por encima de la desesperación. ¿Acaso perderá más de lo que ya no tiene y no volverá a recuperar por el simple hecho de abrir un sobre?

Lentamente, posa sus dedos sobre la solapa destinada a la abertura y la jala con suavidad. Antes de vaciar su contenido, quiere sentir la textura de lo que hay allí dentro antes de apreciarlo directamente con sus ojos. Desea que su tacto tenga la primera impresión. Reconoce la textura rugosa y entintada de un papel de periódico. Se trata de un recorte, por lo cual no es una carta ni un telegrama. Un recorte de periódico solo puede significar dos cosas: una advertencia cifrada que exige ser interpretada o una noticia directa sobre un acontecimiento específico.

Después de unos segundos limitándose a acariciar el papel de periódico, decide finalmente extraerlo del sobre y desplegarlo frente a sus ojos. La noticia ha sido sacada de un diario local de Chicago y, tras una rápida lectura, Jericho la arroja a un lado y pone las manos sobre su cabeza sintiéndose abatido. Agradece haber tardado tanto en leer aquella terrible revelación: Dick Sonnenfeld ha muerto. La única persona que se atrevió a considerarlo un amigo, ya no formaba parte del mundo miserable que había conocido. La noticia en cuestión no entraba en muchos detalles respecto a lo ocurrido. Vagamente describía que su lamentable fallecimiento ocurrió durante un acto de servicio para luego anunciar el lugar y fecha de su velatorio. Si se trataba de un asesinato en su contra durante el

ejercicio de su trabajo, tales detalles seguirían manteniéndose velados para la opinión pública, discutiéndose a puerta cerrada en las respectivas jefaturas de Chicago.

Por un momento, Jericho quiso hacer añicos el periódico que llevaba esa noticia y fingirse ignorante de ese suceso. La muerte de un buen hombre como aquel le afecta mucho más de lo que se atrevería a admitir. Extrañaría aquel rostro bonachón y esa actitud conciliadora siempre dispuesta a interceder por encima de su malhumor para hacerle un chiste. Jericho rara vez sonríe, pero gracias a Dick llegó a reírse a carcajadas en un par de ocasiones memorables. Enseguida comprende que necesita descubrir lo que ha ocurrido. A su vez, la persona que le ha dejado ese mensaje lo estará esperando en Chicago. El círculo se cierra, lo cual significa que una conclusión viene a su encuentro. Quizá allí, donde comenzó todo, obtendrá nuevas pistas.

Capítulo 8

Chicago- Illinois, 1968.

Hay una intimidad eterna que conservamos con aquellos sitios donde hemos vivido, un reconocimiento que está por encima del paso del tiempo sobre las superficies, o poco relacionada con los ciclos de ascendente prosperidad o lento declive que representa el fenómeno del progreso. Algo muy hondo dentro de nosotros siempre verá esos lugares importantes de una sola y determinada manera, aunque nos mantengamos viviendo en ellos para siempre o, por el contrario, los visitemos tras un largo periodo de ausencia. Siempre lucirán igual ante nuestros ojos, aunque esos lugares hayan dejado de parecerse a nuestros recuerdos.

Así se siente Jericho al caminar nuevamente por las calles de Chicago, de las cuales debió ausentarse durante meses, partiendo de noche y sin despedidas como prófugo de la ley. Nunca ha amado aquella ciudad, porque en ella se ocultan recuerdos dolorosos, pero sobre todo olvidos demasiado profundos como para soportarlos. Pese a esto, no es capaz de dejar de añorarla y al volver comprende este reconocimiento fatal y al mismo tiempo consolador: cuando algún día deba morir, y parece más pronto de lo que quisiera, no le molestaría fallecer en Chicago, preferiblemente de noche y cerca de uno de sus bares predilectos.

Por supuesto, estar allí representa un riesgo doble: la policía local espera atraparlo para someterlo a un juicio por el asesinato del fiscal Nierenberg, del cual no ha tenido parte, pero así lo creen a falta de pruebas que indiquen lo contrario. A su vez, los agentes al servicio de los antiguos jefes del Proyecto aguardan que cometa el error de regresar para emboscarlo. Consciente de estos peligros, Jericho no ha cedido en su intención de regresar a Chicago desde que se enteró de la trágica muerte de Sonnenfield. Le debe a su amigo estar enterado de las razones de su muerte, porque si de alguna forma sus victimarios fueron responsables de esto, entonces con mayor razón la muerte de su amigo reclama justicia. También porque se siente culpable de su muerte, porque parece una constante en su vida que todo aquel que quiera relacionarse con él de alguna forma acabe muerto, desaparecido o, al menos, herido de una forma u otra.

En esta ocasión Jericho ha seleccionado un disfraz mucho más radical de los que acostumbra a usar, porque su presencia en Chicago exige redoblar sus mañas y precauciones hasta el límite de los extremos. Por esa razón ha decidido vestirse de mendigo con andrajos rotos cubriendo su cuerpo y una tizna compuesta de polvareda, asfalto y basura manchando su piel. Fingiendo una demencia parcial, no le costó confundirse entre los grupos dispersos de mendigos, aunque ha evitado compartir con aquellos más de unas pocas palabras y unos cuantos gritos amenazadores para hacerse respetar. En una callejuela pobre, descuidada y apenas concurrida por transeúntes, es imposible distinguir al falso mendigo de entre aquellos que hurgan la basura, se rascan con algún objeto plástico o se apostan en las esquinas para echarse una siesta a la vista de todos.

Con aquel camuflaje a prueba de errores, Jericho se acopla como un buen actor junto a los otros sujetos que viven la farsa que él encarna. Su primer objetivo al llegar a Chicago fue descubrir lo que le había ocurrido a Sonnenfield, por lo cual consideró que la mejor forma de conseguir esta información era entrar en contacto con la familia de este. Sin embargo, guiado por su instinto, Jericho supuso que la familia de Sonnenfield debía hallarse bajo una estricta vigilancia, por lo cual en lugar de comunicarse con los hijos o la esposa, a efectos de un golpe de ingenio que le pareció infalible, prefirió localizar a la suegra.

La memoria de Jericho es un privilegio tal que incluso le resulta sencillo recordar detalles a los cuales les prestó poca importancia al momento de escucharlos. Hace mucho tiempo, durante una conversación casual, Sonnenfield mencionó el apellido de soltera de su esposa. A fuerza de su gran ingenio y pericia, combinados con las bondades de una guía telefónica, y conociendo el nombre y

apellido de la mujer en cuestión, a Jericho no le costó conseguir la dirección del domicilio de la anciana madre de esta.

De esta manera, se introdujo en locales comerciales y puntos de encuentro para pedir dinero y así enterarse de las conversaciones que sostiene la anciana con otras personas, atento a cualquier información relacionada con Sonnenfield. El resultado de estos intercambios de palabras que Jericho conseguía escuchar eran casi siempre semejantes:

—Leí las noticias —le dijo una vecina a la anciana en la entrada de una carnicería—. Lamento mucho lo ocurrido con tu yerno. Parecía un buen hombre.

—Lo era —corroboró la anciana—. Yo quería a Dick como a un hijo. Hizo muy feliz a mi hija y siempre se lo agradecí. Agradezco tus condolencias.

Ambas mujeres compartieron un tímido abrazo en la parada de un autobús. Jericho, disfrazado de indigente, se mantuvo a cierta distancia, fingiendo que organizaba los desperdicios que había recolectado, pero atento a la conversación que estaban teniendo. Nadie se fijó en su presencia más de lo debido, dedicándole esas miradas breves cargadas de asco y vergüenza que se le dan a quienes ya no forman parte del orden social establecido. Por su parte, era invisible a menos que se metiera con alguno de los ciudadanos “valiosos” que seguían integrados al mundo.

—No podía creerlo cuando me enteré —aseguró la vecina—. Hasta en la televisión lo mencionaron. Una carrera brillante truncada por unos criminales. Pero, ¿no se sabe quién fue?

—La policía sigue investigando —explicó la anciana—. Mi hija está muy afligida. Afortunadamente, mis nietos lo han sobrellevado mucho mejor. Son niños y ellos aprenden a olvidar más rápido todo aquello que los hace infelices.

Esta afirmación no le pareció del todo cierta, pero le reconfortó saber que sus hijos podrían seguir adelante a pesar de haber perdido a su padre injustamente, siendo un hombre joven que aún tenía mucho por compartir con ellos. Las dos mujeres interrumpieron su conversación cuando llegó el autobús y en esta oportunidad Jericho no pudo continuar escuchando el resto de la charla que ambas continuarían teniendo hasta que su recorrido las obligara a despedirse en sus respectivas paradas.

Y así, continuó espionando a escondidas las conversaciones que mantenía la suegra de Sonnenfield con otras personas, sin extraer nada esclarecedor. Pero ella no fue su único sujeto de prueba para aclarar sus dudas. Valiéndose del mismo disfraz, Jericho también accedió a la información de algunos miembros del profesorado en la escuela de los hijos pequeños de Sonnenfield. Toda la operación le llevó un tiempo, cuestión de semanas, pero gracias a ello pudo escuchar numerosos chismorreos que le brindaron la información requerida, suficiente para asegurarse de que la esposa de Sonnenfield y sus hijos eran vistos en buen estado de salud, aunque evidentemente dolidos por la pérdida, lamentada por quienes la comentaban con voces apagadas y cabezas gachas cada vez que alguien la mencionaba.

—Fue un suceso terrible —dijo uno de los profesores del hijo mayor de Sonnenfield, en las afueras de una carnicería donde Jericho mendigaba—. Yo le doy clases al hijo mayor y llegué a coincidir con el señor Sonnenfield en un par de oportunidades en las reuniones de fin de curso. Era un hombre bromista y alegre. El hijo se lo ha tomado muy bien, dentro de lo aceptable en estos casos, pero la madre sí parece profundamente afectada.

—Pero, ¿qué ocurrió realmente? —le preguntó su interlocutor—. En la nota de prensa no hicieron grandes especificaciones al respecto.

—A ciencia cierta nadie sabe —respondió el profesor—. Creo que ni siquiera a su familia le dieron explicaciones concretas sobre lo ocurrido, porque tampoco las tienen. Su muerte está siendo investigada, es lo que aseguraron las noticias y parece plausible tal afirmación. Por supuesto, al tratarse de un funcionario de la ley, el asunto es tratado con mayor cautela y secretismo que de costumbre.

—Seguramente unos bastardos criminales —conjeturó el interlocutor—. Confiemos en que los policías hagan pronto su trabajo y atrapen a los culpables. El pobre hombre no va a revivir, pero al menos su familia merece que se le haga justicia. ¿Habría sido una muerte muy violenta?

—El hecho es que lo mataron —dijo el profesor, perturbado por la mórbida pregunta—. En teoría es normal que esto le ocurra a las personas que lidian a diario con bandidos, así sea desde el bando de la justicia. Es un trabajo peligroso y estas cosas suelen ocurrir. Por supuesto, nos tomó por sorpresa porque el señor Sonnenfield despertaba de inmediato las simpatías de cualquiera que lo conociese. Yo asistí al velatorio: mantuvieron el ataúd sellado todo el tiempo. Eso significa que estaba hecho un desastre.

El interlocutor hizo un gesto de horror y el profesor lo correspondió con un asentimiento incómodo respecto a lo que sugerían sus palabras. Al escuchar esto, Jericho se alejó, sintiendo que su cabeza le pesaba y con grandes deseos de hacerles daño a los responsables.

Por supuesto, Jericho sabe que lo han matado, pero nadie habla de que se haya identificado un asesino. Tras varios días de pesquisas es inútil seguir insistiendo en descubrir más datos de los que ya ha conseguido. Sus dudas solo podrán ser aclaradas por la investigación llevada a cabo por la policía, o por boca de sus verdaderos asesinos. Jericho ahora está lo bastante frustrado como para que su actuación de vagabundo alcohólico y malhumorado le resulte de lo más natural. No había nada más que Jericho pudiera hacer por Sonnenfield, excepto cerciorarse de que su familia estuviera bien, lo cual así es. Una parte de él desea buscar a los agentes que estuvieran vigilando a su familia y hacerles sangrar hasta, con suerte, obtener el nombre de su asesino. Porque cada día que pasa allí, y al descubrir la fuerte vigilancia de los agentes en torno a la familia de Sonnenfield, demostrando que aguardan a que Jericho los contacte, no le quedaba duda alguna de que lo han asesinado.

Sonnenfield era un policía con experiencia, prudente y capaz. No era la clase de idiota al que matan con facilidad, especialmente cuando este suceso ocurrió apenas unos meses después de la muerte del fiscal Nierenberg. Debieron haberle jugado una treta en su contra para engañarlo y que fuera al encuentro de los agentes sin ningún compañero. De ser así, luego le tendieron una emboscada y amañaron la escena del crimen para que pareciera un atentado en el ejercicio de su labor como detective. Los hombres con los que ha lidiado en otras oportunidades, mercenarios pagados por los implicados en el Proyecto, son capaces de cualquier cosa y cuentan con los recursos suficientes para llevar su ingenio al máximo de sus límites a la hora de matar o hacer desaparecer a alguien sin dejar ningún rastro de quien lo ha hecho.

Si bien ya había recibido la noticia del asesinato de Sonnenfield muchos días atrás, y todo este tiempo estuvo en Chicago recabando información sobre ello, Jericho no se había concedido una pausa para detenerse a lamentar la muerte de su amigo. Pero ahora se da cuenta de que se halla hondamente perturbado por aquel acontecimiento. Si alguien merecía una vida tranquila recompensada con una vejez sin contratiempos y la compañía de toda su familia, ese era Sonnenfield. El solo hecho de que hubiera experimentado una violencia llevada hasta el extremo de matarlo, era algo muy difícil de aceptar incluso para un hombre rudo y aparentemente insensible como Jericho.

De esta manera, descuida por un momento la pose de indigente y se limita a caminar por las calles para poner en orden sus pensamientos así como explorar la pena que lo embarga a razón de lo que ha escuchado sobre la muerte de Sonnenfield en consonancia con sus suposiciones al respecto. Parecería un hombre normal y corriente que da un paseo aprovechando el clima templado de la tarde, de no ser porque los andrajos que viste y la suciedad a la cual ha expuesto su piel delatan a ese inusual pordiosero que camina con una inquietante apariencia reflexiva.

Ha avanzado un largo trecho y las calles a esa hora están muy poco concurridas. De pronto Jericho siente que alguien lo sigue y vuelve en sí para reaccionar de inmediato. Sin embargo, cuando voltea, solo repara en la presencia de un indigente que viene caminando hacia su dirección. Jericho se detiene a observarlo y para esperar que pase a su lado. Dicho hombre camina encorvado y sus manos tiemblan a medida que avanza. Por su actitud, Jericho puede intuir que se trata de un drogadicto. Ya ha visto mendigos similares que presentan un cuadro de temblores constantes debido a la necesidad de drogarse cuando pasa mucho tiempo sin lograr ser satisfecha. Jericho le clava su mirada más amenazante en su rostro fiero, lo cual le otorga un aspecto aterrador al complementarse con su disfraz. En otras

oportunidades, esa misma mirada le ha servido para alejar a otros indigentes que pretenden sacarle conversación o incluso van a su encuentro para meterse con él creyendo que puede estar indefenso.

Sin embargo, la estrategia de Jericho no da resultado y el indigente se detiene para observarlo con una sonrisa bufonesca en su rostro desquiciado.

—¡Usted, el payaso! —le habla el indigente con un tono burlón y pocos modales—. Han dejado una carta especial para el señor.

Su rostro se desencaja cuando dice estas palabras y su mirada va de un lado a otro sin fijarla. Jericho cree que está en medio de algún delirio, debido a la falta de droga en su cuerpo, pero sospecha que es un hombre violento capaz de atacarlo a la menor oportunidad. Jericho se plantea alejarse lentamente, pero le responde para seguirle el juego:

—¿Una carta para mí? Debe tratarse de un error. Tú y yo no nos conocemos y sospecho que no eres el cartero. Espero que me disculpes, amigo, pero debo seguir mi camino hacia los contenedores. El rey gato me ha invitado a su banquete.

Para aligerar la forma en que el indigente le habló en un principio, Jericho ha decidido conversar con un tono desenfadado sin dejar de añadirle a su cuerpo así como a su voz los tics de los cuales ha hecho gala durante la interpretación de su personaje. La idea todo este tiempo es que el mendigo que él representa no resulte amenazante, pero tampoco parezca un hombre normal; alguien que no parezca completamente en sus cabales al momento de hablar diciendo frases absurdas y mirando de un lado a otro mientras responde.

—No, no se vaya todavía —le dice el indigente tembloroso lanzándose encima de él para agarrarlo por el brazo—. Me dijeron que la carta era para usted. Si obedezco me darán un poco de... Bueno, un medicamento que me hace falta con mucha urgencia.

Con soltura, Jericho se zafa de su apretón y retrocede. El indigente no vuelve a hacer el intento de agarrarlo, pero en cambio extrae un sobre de sus bolsillos y extiende su brazo tembloroso para que lo agarre.

—¿Estás seguro que es para mí? —pregunta Jericho, todavía creyendo que se trata de un delirio suyo—. Sería una lástima que abriera una carta que no me pertenece.

—Me dijeron que era suya —reafirmó el indigente—. Por favor, tómela. Necesito alcanzarlos antes de que se vayan sin darme mi medicina.

En este punto Jericho comienza a albergar sus sospechas. ¿Y si de verdad le han enviado una carta y el indigente no está dejándose arrastrar por sus fantasías? Para salir de dudas se adelanta unos pasos y también extiende su mano para sujetar la carta que le ofrece, cuidando de que sus movimientos no sean bruscos y esto genere una reacción violenta por parte de aquel hombre. No obstante, su aparente lentitud exaspera al indigente quien arroja el sobre al suelo y retrocede. Jericho se agacha para recogerlo y lo encuentra abierto, por lo cual observa al indigente con una mirada acusadora.

—Quería asegurarme de que no hubiera dinero —dice encogiéndose de hombros—. Pero adentro hay una carta. Si me disculpas, es la hora de vacunarme.

El indigente sale corriendo dejando a Jericho en aquella acera solitaria con un sobre en la mano.

—¡Espera! —grita Jericho para que se detenga—. ¡No te haré daño!

El indigente apenas voltea y se detiene un momento para negar con sus manos, en un gesto que le da a entender que sus manos están vacías y ya no tiene nada que ofrecerle. Por un momento, Jericho se siente tentado a perseguirle y darle alcance, pero tampoco le encuentra un sentido a tales acciones. A pesar de la intriga generada por toda la situación, sigue creyendo que ese miserable tan solo le ha hecho perder su tiempo con un tonto juego de su imaginación y con desidia Jericho introduce sus dedos dentro del sobre, creyendo que lo hallará vacío, pero para su sorpresa descubre una nota torpemente doblada; seguramente por el trato desesperado del indigente al momento de abrir el sobre.

Cuando abre la nota solo lee dos palabras, que a pesar de su brevedad son suficientemente significativas y directas para causarle una conmoción inmediata y comprender que, en efecto, le han

enviado un mensaje que solo él podía recibir. No necesita releerla, pero su mirada se mantiene fija en esas palabras temiendo lo peor: "Lilian Watkins".

Capítulo 9

La prodigiosa memoria de Jericho a menudo representa una tortura con la cual ha aprendido a lidiar, pero incluso con el tiempo ha desarrollado herramientas para mitigar su constante exposición de recuerdos asaltándolo hasta el mínimo detalle. En ese sentido se trata de un proceso consciente que lleva a cabo cuando puede tener pleno control sobre su mente, el de enfocar la atención de su memoria en aquellos recuerdos que necesita vislumbrar en un momento dado y dejar entre las sombras todo lo demás que podría atormentarlo.

En ese sentido, Jericho es incapaz de olvidar a alguien que haya conocido alguna vez. Y no olvidarlo implica memorizar cada atributo y defecto físico que presente tanto su rostro como su cuerpo, cada gesto de expresión que defina a esa persona en cuanto a particularidades que solo pueden ser suyas, cada palabra que haya dicho, cada acción de la cual haya sido testigo, cada rumor o comentario que alguna vez escuchó en torno a su nombre, cada dato aparentemente insignificante que, bien sea por casualidad o bajo las necesidades de una investigación, ha conseguido descubrir sobre ese alguien. En fin, todo ello permanecía almacenado en su memoria hasta que llegara el momento oportuno de hacer uso de ese arsenal o simplemente quedaba allí relegado si no representaba una utilidad futura.

Por lo tanto, un hombre solitario y poco dado a los sentimentalismos, no recuerda a las personas con nostalgia. O simplemente las sombras de su pasado en conjunción con la incertidumbre de su futuro, no dejan lugar para tomarse un tiempo para pensar en alguien con ese cariño particular que permite la añoranza. Sin embargo, cuando leyó el nombre de Lilian Watkins en aquella nota dentro del sobre que el indigente le ofreciera, se enfrentó a su recuerdo de un modo distinto en el que nunca antes se había detenido a pensarla y con unas sensaciones nuevas e indescriptibles al momento de recordarla, como nunca le había sucedido con ninguna otra persona que hubiese conocido. Ni siquiera cuando leyó la noticia de la muerte de Sonnenfield, fuera de la natural rabia, indignación, culpa y hasta tristeza que llegó a experimentar, se enfrentó a la idea de que necesitaba volver a ver esa persona en su vida.

Honestamente, desde que le diera aquel dinero para que se fuera lejos tras haber sido la causa de que su matrimonio se arruinara, Jericho no había tenido mucho tiempo para pensar en Lilian Watkins. Su primer pensamiento cuando se trataba de ella era un gran sentimiento de culpa sobre el cual prefería no detenerse a explorar. Sabía que aquel dinero, acompañado por la nota cobarde que le había dejado, no habrían resuelto todos sus problemas. Evitaba pensar en ella porque le era imposible engañarse imaginando que se encontraría bien y obedeciendo las instrucciones que le diera. De cierta manera, incluso si pensaba en ello, también le molestaba la posibilidad de que ella descubriera la dicha de una nueva vida tanto lejos de él como de su esposo. Un manojo de emociones contradictorias se agitaba en su interior cuando se trataba de Lilian Watkins, pero como durante todos estos meses estaba concentrado en huir, así como en averiguar todo lo relativo al Proyecto y la relación que este tendría con su pasado, no había muchos instantes de reflexión que dedicarle a Lilian.

Pero ahora que había leído su nombre, y se enfrentaba a un escenario en el cual ella se hallaba en peligro, todos esos pensamientos aplazados lo asaltaron de pronto; cayendo sobre su ser como un balde de agua fría calándolo hasta los huesos. No solo le preocupaba Lilian porque se sintiera culpable sobre su suerte, en vista de que cualquier persona que tuvo algún contacto con él estaba condenado a recibir los daños que sus enemigos querían infligirle o para conseguir llamar su atención y poder atraparlo. Lo que más le afectaba era entender que si su vida hubiera sido otra, con un pasado completamente distinto, las cosas entre ellos dos habrían sido muy distintas, y por un momento se imaginó ese futuro imposible que les negaron. Jericho nunca fue el tipo de hombre que se dejara atrapar por el amor de una mujer, ni alimentaba esas tontas expectativas de formar una familia. Nunca pretendió elegir una esposa y la mayoría de las mujeres que deseaba estaban a su alcance, e incluso se le ofrecían voluntariamente sin que tuviera mucho que hacer para incentivarlo. Con Lilian había ocurrido algo similar, pero su relación de amantes terminó alcanzando una familiaridad inusitada, e incluso sus encuentros sexuales

eran reconfortantes para ambos porque los ponía en contacto con lo más cercano a la ternura que alguna vez se atrevieron a descubrir en otra persona.

Todo eso entre Lilian y él llegó a su fin. Pareció fácil para Jericho renunciar a ello y pedirle a ella que también lo hiciera. Pero tuvieron que pasar todos esos meses y leer su nombre en una nota para darse cuenta de que le importaba como persona y extrañaba lo que alguna vez tuvieron. Esa fue la primera vez que comprendió lo que significaba un anhelo, y entonces descubrió cuán importante era Lilian para él. Era menester buscarla para asegurarse de que estaba bien o, en todo caso, ayudarla si se hallaba bajo alguna amenaza o peligro por su culpa. Su anhelo tendría que conformarse a habitar esa imposibilidad, pero al menos era su deber garantizarle a ella cualquier futuro donde su vida no estuviera en juego. La nota no indicaba ningún remitente y, considerando lo ocurrido con Nierenberg, Sonnenfield e Idaho, no era descabellado pensar que Lilian había sufrido un destino similar y que aquel mensaje era una advertencia y al mismo tiempo una burla. También cabía la nada improbable alternativa de que le estuvieran tendiendo una trampa para conducirlo a una pista equívoca y así emboscarlo. Pero en esta oportunidad prefería dejarse atrapar, si con ello comprobaba primero el estado actual de Lilian. Si existía un mínimo margen de esperanza para pensar que ella vivía y era posible salvarla, Jericho estaba dispuesto a agotar todos sus intentos para que eso sucediera.

Lo primero que a Jericho se le ocurre para dar con el paradero de Lilian es rondar el apartamento donde ella vivía junto a su esposo. Si bien este la había echado de la casa cuando descubrió su infidelidad con Jericho, siempre existía la posibilidad de que ella volviera con su esposo en lugar de irse fuera de Chicago con el dinero que Jericho le dejó. Manteniendo su disfraz de pordiosero, se apostó cerca del edificio en cuestión y acaba por descubrir dos hechos significativos: no hay nadie vigilando el lugar y casi puede asegurar que Lilian ya no vive allí. Jericho conocía las rutinas de ella durante su vida de casada. Por lo cual, durante un día y medio rondando el lugar para asegurarse de los riesgos, no ha visto rastro de ella saliendo del edificio para hacer las compras o toda clase de diligencias domésticas. En cambio, sí ha visto al esposo de ella entrar y salir conforme a sus horarios, los cuales también conoce a la perfección ya que de ellos dependían sus encuentros con Lilian.

Antes de dar por sentadas sus conclusiones, Jericho planea introducirse en el apartamento de Lilian con el objetivo de verificar su ausencia y, de ser así, determinar si hay alguna pista dentro de aquel apartamento capaz de comprobar sus temores de que algo grave le ha ocurrido. Por lo tanto, Jericho se mantiene oculto en un callejón, cerca de unos contenedores de basura, de tal manera que cuando alguien pasa cerca hace ver que la anda revisando, aunque toda su mirada está concentrada en la acera del frente para no perder de vista las entradas y salidas del edificio donde vivía Lilian con su esposo. Cuando finalmente reconoce que el marido engañado ha salido, Jericho no toma reparos para buscar introducirse.

Debido a su pinta de mendigo le es imposible esperar a que alguien entre o salga del edificio para aprovechar introducirse. Si alguien lo ve intentando entrar vestido de esa manera, no dudará en llamar a la policía. Tampoco es conveniente estar expuesto a que el señor Watkins se le ocurra regresar antes y lo reconozca. Pero esto no lo desanima, ya que existen otras alternativas fáciles de acceso a su alcance. Gracias a los encuentros con Lilian conoce algunos detalles sobre ese edificio que en aquel momento le resultaron útiles, como por ejemplo el acceso a una puerta trasera, en el área destinada a un estacionamiento para los inquilinos del edificio, la cual es fácil de abrir con solo dar una patada porque nunca nadie se ha preocupado por arreglar la cerradura. Gracias a la tranquilidad que caracteriza esa zona residencial de la ciudad y al hecho de que tal inconveniente no ha producido un accidente lamentable hasta el momento, la falla de esa puerta se convirtió en el tipo de arreglos que se aplazan para cuando se hayan resuelto otros asuntos más importantes hasta caer en el olvido.

Tal como esperaba, la puerta cede con una leve patada seguida de un empujón y Jericho accede al edificio ocultándose detrás de columnas y muros en su camino para evitar ser visto por algún vecino que esté a punto de salir. Halla despejado el lugar y sube raudo las escaleras para llegar hasta el apartamento de la familia Watkins. Por supuesto, la puerta está cerrada y antes de forzarla Jericho

quiere comprobar otra opción mucho menos ruidosa. Existía una llave de repuesto que era puesta detrás del apagador de incendios, algo que acordaron ambos esposos, en el caso de presentarse una emergencia a la hora de entrar al apartamento. Considerando todos los acontecimientos ocurridos, al hallar a su esposa con un desconocido, sería insensato por parte suya que aquella llave siguiera allí. Sin embargo, ¡sorpresa! Jericho la encuentra justo donde solía estar.

—¡El señor Watkins siempre fue un idiota de primera! —sonríe Jericho para sus adentros con la llave en la mano—. Siempre subestimé su estupidez.

Ya en el apartamento, Jericho lo cierra desde adentro con delicadeza y agradece que ningún inquilino lo haya visto durante su operación. Aparentemente el apartamento se encuentra vacío al momento de entrar. Sin embargo, le retumba el corazón aceleradamente al momento de revisar cada habitación y abrir cada puerta, creyendo que podría conseguir a Lilian o, peor aún, a otra mujer con la que estuviera viviendo. Pero evidentemente no hay nadie y todo parece indicar que el señor Watkins vive solo y que tampoco ha conseguido un reemplazo para su esposa.

Las antiguas fotos de la pareja o retratos donde se veía a Lilian ya no están presentes. Probablemente el señor Watkins quiso deshacerse de cualquier vestigio de su esposa. Cuenta con tiempo de sobra para revisar cada rincón, pero el hecho de que ella no haya vuelto al lugar desde que su esposo la echara, acusándola de zorra traicionera, no resulta un punto de partida esperanzador para conseguir alguna pista actual que denote su paradero. Pero ya está allí y, aunque ha confirmado que Lilian no ha vuelto a aparecer en aquel lugar, hacer una revisión a fondo terminará por aplacar sus dudas.

El apartamento de los Watkins siempre se distinguió por su buen orden y pulcritud. Con Lilian ausente, algunos espacios se notan polvorientos, pero el señor Watkins se las ha apañado para mantenerlo todo debidamente limpio y ordenado. No halla nada de interés en la cocina ni en la sala de reunión, por lo cual resuelve introducirse finalmente en la habitación donde dormían los esposos para revisar gavetas y armarios, cada vez más convencido de que no hallará nada importante. A medida que recorre la habitación se enfrenta a los recuerdos de vivencias compartidas junto a Lilian. Incluso en su ausencia, todo el lugar denuncia su existencia. En una esquina del armario halla todos sus vestidos, joyas e incluso las fotos que fueron removidas del hogar. Aparentemente el señor Watkins no fue capaz de terminar de deshacerse de todo lo que pertenecía a su esposa, lo cual era un indicio de que su dolor y rabia aún alimentaban una secreta esperanza de tenerla de vuelta.

Al ver que todo lo de Lilian ha sido confinado a un solo lugar, parece inútil seguir revisando, pero, por no dejar nada al azar, abre las gavetas de la mesa de noche al lado de la cama y su sorpresa es grande cuando se topa con un papel arrugado dentro de uno de los cajones. Jericho se sienta en la cama y despliega el papel sobre sus piernas. Se trata de una carta con un tono amenazador:

Si quieres volver a encontrarte con tu mujer debes ir por ella. Si llamas a la policía y le cuentas sobre esto, la perderás para siempre.

Junto a esta nota se añaden una serie de indicaciones que conducen a una dirección concreta. Este hallazgo descoloca a Jericho por completo, ya que el mensaje implica que Lilian ha sido retenida en contra de su voluntad. El panorama es mucho más grave y complicado de lo que esperaba. Finalmente ha conseguido una respuesta precisa sobre el destino de Lilian, pero esto no hace sino incrementar sus incertidumbres. ¿Quiénes se la llevaron? Si se trataban de sus perseguidores, ¿por qué le mandaron esa nota a su esposo? ¿Acaso era una trampa, confiando que este se la haría llegar a Jericho? Pero la gran pregunta era: ¿hace cuánto tiempo que esto había ocurrido? Si acaso esperaban que Jericho se enterara de este acontecimiento mucho antes, habían fallado, pero eso también significaría que él mismo le había fallado a Lilian una vez más, por no haberse presentado para salvarla.

Antes de precipitarse en acciones sin sentido, Jericho sabe que debe esclarecer este asunto y para ello no le queda otro remedio más que esperar al señor Watkins para interrogarlo, tan amablemente como sea posible, pero dispuesto a hacer uso de otros métodos disuasorios si se opone a colaborar. Jericho permanece a la espera sentado en esa cama. Esta se hizo larga y cargada de este tipo de

pensamientos hasta que escucha los goznes de la puerta principal, indicando la llegada del señor Watkins. Resulta una fortuna que no haya tenido que forzar la cerradura, porque entonces el hombre en cuestión lo habría notado y enseguida retrocedería antes de entrar a su casa para llamar a la policía temiendo haber sido robado. Por lo tanto, su sorpresa es mayúscula cuando, al abrir la puerta de su habitación, se encuentra con el antiguo amante de su esposa esperándolo, pero vestido con andrajos.

Le cuesta unos cuantos segundos, pero el señor Watkins, al reconocerlo, siente una mezcla de rabia y terror, al juzgar por la expresión de su rostro, pero también porque da pasos hacia atrás con la intención de retroceder:

—Ni se le ocurra irse, señor Watkins —advierte Jericho—. Recuerde nuestro último encuentro. En esta oportunidad nadie me impediría partírle la cara.

El tono con que Jericho dice sus palabras no deja lugar a dudas y el señor Watkins se mantiene inmóvil con las piernas temblorosas y sudando copiosamente. Odia a Jericho tanto como le teme y estos sentimientos encontrados tan solo lo hacen sentir más miserable consigo mismo, ya que no soporta la idea de obedecer a un hombre al que desprecia tanto y al que no se atreve a contradecir.

—Eres un cínico descarado —acusa el señor Watkins sin poder ocultar su indignación—. ¿Por qué vistes de esa forma? ¿Y con qué derecho te crees que puedes entrar a un hogar donde no eres bienvenido? ¿Qué esperas encontrar? Ya me has quitado lo suficiente. ¿Por qué te empeñas en seguir destruyendo mi vida?

—No se lo tome a título personal —desestima Jericho poniéndose de pie fuera de la cama, lo cual hace que al señor Watkins le tiemblen aún más las piernas—. No he venido a hacerle daño, ni mucho menos intento destruir esa vida que tanto aprecia pero a la cual le ha dado muy poco uso. Ni siquiera tenía la intención de toparme con usted al pasarme por su apartamento. Tan solo quería saber qué ha ocurrido con Lilian, a la cual no he visto desde hace meses, pero me encontré con esta carta y solo usted puede darme una explicación al respecto.

Jericho extiende la carta frente al señor Watkins y este hace un gesto de desprecio al reconocerla.

—Debí botar ese estúpido papel —resopla el señor Watkins y su rostro rechoncho se ve enrojecido e hinchado—. ¿Acaso también escapó de ti? Seguramente lo está engañando con otro.

Al escuchar estas acusaciones, Jericho tiene ganas de partírle la cara pero se controla.

—Déjese de estupideces —reclama Jericho—. La vida de su esposa puede estar en peligro. ¿Quién le mandó esta carta?

—La encontré bajo mi puerta —responde el señor Watkins—. Ni siquiera me molesté en leerla por completa al ver que la mencionaban a ella. No la boté porque pensé que necesitaría pruebas para denunciarlos si algo ocurría. Y recuerde: ¡ya no es mi esposa!

—¿A quién esperaba denunciar? —pregunta Jericho—. ¿Acaso creía que yo le mandé la carta?

—Eso fue lo que pensé —apoya el señor Watkins—. Esta carta incomprensible parecía una burla hecha por ti o por Lilian para humillarme. O quizá una treta suya para que la dejara volver. En fin, no me detuve mucho a pensar lo que significaba. Simplemente la guardé y no creí que ninguna palabra que se decía allí fuera cierta. ¿Por qué Lilian habría de estar en peligro? Y, en todo caso, ¿por qué me iba a importar?

—Yo no he enviado esta carta —asegura Jericho, inflexible—. Y ciertamente Lilian no debió hacerlo. ¿Acaso desconoce a su esposa y la creería capaz de este tipo de acciones? ¡Es usted un imbécil! Si algo le ha ocurrido es su culpa por no haber hecho nada al respecto, siendo el único que poseía esta información. Trataré de hacer lo posible, pero espero que no sea muy tarde.

—Es mejor que te apures entonces —apunta el señor Watkins—. Esta carta apareció poco después de que se fuera de la casa. ¡Vete y búscala! ¡No pierdas tiempo! Pero no vuelvas a aparecer en mi casa o la próxima vez me veré obligado a denunciarte. Pero ten cuidado, porque es una traicionera. ¡Busca a la zorra y déjame en paz! ¡Ya que ahora eres un pordiosero, devuélvete a las cloacas junto a las ratas!

La información es desalentadora y Jericho siente una inmensa cólera extendiéndose por su cuerpo, que en nada ayuda a aplacarla los insultos que el señor Watkins le dedica a su exesposa. Le resulta

intolerable la cobardía de este hombre incapaz de anteponer su orgullo para comprender el riesgo en el que se hallaba Lilian meses atrás. El señor Watkins pudo haber hecho algo al respecto, pero en cambio prefirió seguir maldiciendo el nombre de su esposa, preocupado exclusivamente por su ego herido. Ahora parecía tan tarde para llegar a su encuentro y salvarla de sus captores... Pese a sus peores conjeturas, Jericho desea irse cuanto antes a la dirección indicada por la carta, por lo cual marcha hacia la salida intentando ignorar al señor Watkins, quien, temeroso, se hace a un lado para dejarlo pasar. Sin embargo, Jericho se detiene un momento para dedicarle una mirada desdeñosa y seguidamente lo empuja contra la puerta y lo noquea con un puñetazo que lo lleva al suelo.

—Me equivoqué, señor Watkins —se despide Jericho—. Sí, se lo puede tomar como algo personal. ¡Yo lo hago!

Se ha acostumbrado a esperar lo peor en cada situación. Este ha sido su mayor mecanismo de defensa contra el horror y a veces es sorprendido con el hecho de que las cosas resulten mejor de lo que espera.

Desde que aceptara el caso de Idaho, sus peores expectativas y sus más desesperanzadas predicciones se quedan cortas al enfrentarse con la talla de enemigos que se le oponen. Este no es como cualquier otro caso en el cual haya trabajado antes, donde los riesgos están a la orden del día, pero dentro de un límite controlable para su ingenio y siempre con tendencia a dar resultados ya anticipados, incluso si no le favorecen.

Incluso entrenado en el hábito de estar preparado para la desgracia, y nunca dispuesto a alimentar una esperanza hasta no haberla comprobado, a Jericho le cuesta creer el horror que sus enemigos son capaces de ofrecer cada nuevo día. A medida que avanza por las calles de Chicago para llegar hasta la dirección marcada por la carta, aun comprendiendo que allí no estará Lilian esperando por él, Jericho intenta atar cabos. Recuerda la última noche que pasaron juntos y aquella mañana en que despertó primero que ella y salió del apartamento teniendo cuidado de no perturbar su sueño. Se recita a sí mismo la carta que le dejó en aquella oportunidad junto a una suma de dinero nada despreciable pidiéndole que usara aquel regalo como una oportunidad de escapar y, al mismo tiempo, explicándole que exponía su vida si se quedaba. ¡Qué tonto había sido por dejarla sola! Al regresar a su apartamento y no hallarla a ella ni a la respectiva carta con el dinero que le dejó, se conformó con asumir que ella obedeció su petición. Pero ahora que lo analizaba con mayor detenimiento, los acontecimientos seguramente fueron muy distintos.

Entonces Jericho llega a la conclusión, casi una certeza total, de que ella fue raptada en su propio apartamento mientras él andaba fuera, visitando el orfanato donde se crió. Le dio tiempo suficiente a sus enemigos, que para aquel momento debían conocer su residencia y estaban vigilando sus movimientos, para que se introdujeran en su apartamento llevándose a Lilian consigo. Esto era mucho más lógico que creer en un escenario donde Lilian aceptaba la propuesta de Jericho y se marchaba de su vida. En aquel momento le pareció natural y evidente porque era lo que quería creer, porque se sentía más seguro sin Lilian en su vida y porque confiaba que de ese modo la protegería. Pero cometió un error fatal: dejarla sola cuando mayores eran los peligros a su alrededor. Y aunque todavía no fuera plenamente consciente de la forma en que actuaban sus enemigos, su descuido fue alimentado por una necia cobardía de no despedirla mirándola a los ojos. Probablemente ese descuido acabó por costarle la vida.

Con un semblante agitado, Jericho se repite en silencio: “¡Si algo malo le ocurrió a Lilian nunca me lo perdonaría!”. Porque, al igual que los niños del Proyecto, entre los cuales se contaba, que sufrieron los desmanes de unos sujetos demasiado absortos en sus ideas de progreso y gloria, así también Jericho, inmerso en la egoísta búsqueda de respuestas sobre su existencia, acabó por comprometer la seguridad de muchos inocentes como Sonnenfield o Lilian. Darse cuenta de esto le dolía profundamente, porque veía en sus enemigos el reflejo distorsionado de su propio ser corrompido

por la venganza y la incapacidad de estar en paz consigo mismo. Al final no era muy distinto de sus verdugos, si a efectos de la sistemática y fría persecución de la justicia terminaba deshumanizando el mundo a su alrededor, al no pensar en los daños que causaba a otras personas por su necesidad de hacerles daño a quienes arruinaron su pasado. En ese sentido, a lo largo de ese tortuoso camino de saber la verdad y ajustar cuentas, ¿no estaba arruinando su propio futuro y truncado el presente de quienes lo apreciaban?

Las instrucciones en la carta son un tanto confusas además de imprecisas, pero finalmente logra localizar un almacén del puerto que parece ser el sitio donde se encuentra Lillian, a juzgar por las vagas referencias que señalaron sobre el lugar. Se trata de un sitio despejado y solitario, en estado de abandono. A juzgar por el panorama, meses atrás aquello debió tratarse de una trampa preparada para emboscar a Jericho, porque ni siquiera en la carta hicieron la petición de un monto de dinero por el rescate. Pero fallaron en sus suposiciones creyendo que el señor Watkins, al leer una misiva como aquella, correría directo a reclamarle a Jericho y de esta forma él se enteraría.

Por supuesto, no haber caído en aquella trampa representaba una fortuna, porque de otro modo no estaría allí, vivo e invirtiendo sus habilidades en continuar con la peligrosa misión que a toda costa muchos esperaban detener. Pero si este bienestar temporal se lo ganó a razón de la vida de Lillian, no resultaba ni remotamente un alivio consolador. Aunque si ha llegado hasta allí, quizá descubra una pista capaz de revelar lo ocurrido. Jericho no puede marcharse sin saber si Lillian sigue con vida o si existe alguna posibilidad de descubrirlo. Se introduce en el almacén, empuña su revólver y estudia el lugar. El abandono que presume su decadente fachada exterior se refleja en mayor medida una vez dentro. Parece tranquilo, a primera vista. No se ve ni se escucha a un alma, y tiene la sensación de que si hablara en voz alta el eco retumbaría por todo el espacio. El silencio solo es interrumpido por el ruido de sus pasos y las exhalaciones de su respiración contenida.

El veredicto salta a la vista: en aquel almacén no hay nada ni nadie. Solo cajas vacías, trastos inservibles y exceso de polvo. Cualquier otra persona con una salud menos potente que la suya habría cogido una alergia de inmediato y se vería obligado a salir de aquel lugar con toses y estornudos. Por no dejarlo sin más, Jericho recorre el almacén de un extremo a otro para ver si consigue alguna prenda de vestir o accesorio que le confirme que Lillian estuvo allí hace tiempo. También busca rastros de sangre o algún mínimo vestigio de que algún acto de violencia se ha cometido entre aquellas paredes y cacharros como únicos testigos. Ambas búsquedas son infructuosas, pero a Jericho le reconforta no haber hallado un signo de asesinato que confirme sus peores sospechas.

Ni una sola evidencia, por lo que sus certezas comienzan a ser sustituidas por grandes dudas. Está experimentado lo que en su oficio es conocido como un “callejón sin salida”. Agotó todas las pistas, siguió todos los rastros y, una vez llegado al final del recorrido, fue como si nada hubiera sucedido y no existiera una respuesta final. Se pregunta entonces, ¿realmente Lillian estuvo allí? ¿Fueron realmente los jefes del Proyecto y sus mercenarios quienes la raptaron para luego enviarle ese mensaje? Pensándolo bien, la ejecución de ese plan era muy torpe, y si algo caracterizaba a estos enemigos suyos no era la imprudencia a la hora de atar cabos sueltos. Una simple advertencia en un papel no prevendría que el señor Watkins hubiera podido contactar a la policía o, tal como no anticiparon, que se quedarse de brazos cruzados y no le notificase a Jericho este acontecimiento, ni tampoco presentarse él en aquel lugar para reclamar una explicación.

Siguiendo estas incógnitas, Jericho ahora se pregunta: ¿qué sentido habría tenido tenderle una trampa y luego no hacer nada cuando nadie se presentó? Y si supusieron que no acudiría, ¿a quién beneficiaba el secuestro? ¿Por qué mandar una carta de aquel modo y usando a Lillian como cebo? Si querían asegurarse de que el mensaje llegara al destinatario correcto, ¿por qué no dárselo directamente a él? A fin de cuentas, siempre hallaban la forma de dar con su paradero. Y meses después había llegado a todo este asunto sobre Lillian gracias a que alguien le enviaba un mensaje con su nombre, con un *modus operandi* similar al usado para darle la noticia de Sonnenfield. Aquello creaba un nuevo patrón que no encajaba con las acciones de los sospechosos habituales. Además de la policía y los

agentes trajeados al servicio de los jefes del Proyecto, ¿era posible que existiera un tercer elemento dentro de esta ecuación sin resolver? Pero, ¿de quién podría tratarse y adónde esperaba conducirlo con tantos mensajes confusos? ¿Anezka y sus superiores no identificados, quizá? ¿Algún aliado dentro de la policía como Sonnenfield o Nierenberg? ¿O algún emisario póstumo de Idaho? ¿Quién o quiénes eran los responsables de la carta sobre la muerte de Sonnenfield y la nota con el nombre de Lilian, entonces? Resulta claro que distintos intereses y poderes actúan alrededor de él y su investigación. Quienquiera que sea, no es ni aliado ni enemigo hasta que revele su rostro y demuestre sus intenciones.

Con todo esto, se le revela una ventana de esperanza para creer que Lilian todavía se encuentra viva y hay alguien interesado en que Jericho la busque actualmente, porque de otra forma no le habría mandado aquella nota usando a un indigente como intermediario. Si bien no es propio de Jericho entusiasmarse por una conjetura y poner su fe en una conclusión satisfactoria que amerita otros factores para su resolución, la falta de evidencias que contradigan la actual supervivencia de Lilian, en algún lugar y bajo una situación desconocida, es suficiente para no ceder por completo al pesimismo. Se trata de una razón válida para no renunciar a su búsqueda, aunque tal pesquisa se le agregue como una investigación extra dentro de sus planes. No obstante, le sería imposible en lo sucesivo apartar sus preocupaciones en torno a su paradero. Ahora que alberga esta frágil esperanza de crearla viva, debe hacer todo lo posible para encontrarla y rescatarla si la mantienen secuestrada, tal como sugiere aquella carta como única pista sobre lo que le ha ocurrido. Por alguna extraña razón, su intuición confía en ello. Esta desaparición de Lilian podría estar relacionada con las otras respuestas sobre el Proyecto que todavía quedan por descubrir.

De pronto, las reflexiones de Jericho son interrumpidas por los sonidos de unos pasos fuera del almacén. El detective mira a su alrededor y descubre una ventana abierta, no muy alta y sin vidrios, al fondo del almacén por la cual podría escapar. Probablemente la ruina natural del lugar acabó dañando la ventana y luego nadie se molestó en reparar la abertura. Tan solo debe dar un salto y encaramarse para salir por ella, pero comprende que no le dará tiempo de introducirse en la abertura sin causar escándalo antes que los pasos finalmente lleguen hasta la puerta principal. Infiere que si corre justo ahora solo conseguirá hacer mucho ruido atrayendo la atención. Considera que quizá pasen de largo sin entrar al almacén y le conviene quedarse quieto hasta que se vea obligado a huir o atacar. Entretanto sujeta con fuerza el revólver y siente la eternidad de cada segundo a medida que los pasos avanzan alrededor del almacén, aunque cada vez más cerca de alcanzar la puerta principal.

Sin embargo, al momento de acercarse nota que estos pasos intentan volverse más sigilosos por lo cual parece claro que su intención es entrar al almacén y atrapar a alguien allí dentro, es decir a él. ¿Lo habrían visto entrar y se mantuvieron aguardando el momento exacto para interrumpirlo? Jericho pronto descubrirá de quiénes se trata y se mantiene de pie, retrocediendo lentamente en dirección a la salida exterior, en medio de unos estantes, y mirando a su alrededor mientras su mente idea un plan de escape. Alza el revólver dispuesto a disparar apenas intenten atacarlo. Varios hombres armados irrumpen en el almacén y advierte de inmediato quienes son, para sorpresa de Jericho:

—¡Policía! ¡Suelta el arma!

En el momento justo que los ve entrar, Jericho está preparado para apretar el gatillo. Estaba casi convencido de que verá a los agentes trajeados, a los cuales no les tiembla la mano para matar ahorrándose las preguntas. Debido a ello, apenas refrena su acto de defensa al escuchar que se trata de la policía para desviar su arma lo suficiente y que el impacto de la bala rebote contra la puerta. El instante que el individuo tarda en ponerse a cubierto le permite ver que ciertamente viste el uniforme reglamentario. Duda por un segundo si será un engaño, preguntándose si sería la decisión correcta enzarzarse en un tiroteo e “interrogar” a algún superviviente. Pero no se detiene a averiguarlo y, antes de que le disparen en respuesta de ese tiro, Jericho sale corriendo no sin antes empujar los estantes a su alrededor, generando con esto una confusión aún mayor.

Jericho guarda el arma mientras corre hacia la puerta principal, decidido a no disparar, ya que es mejor no arriesgarse a matar a un inocente. La policía lo busca por delitos que él no ha cometido, pero

es muy fácil romper la delgada línea entre un prófugo cuya inocencia debe comprobarse a un culpable a la vista de todos. Los policías se apostan en la entrada pensando que no existe ninguna otra salida, a juzgar por la rápida comprobación exterior que debieron hacer antes de entrar. Por lo tanto, su sorpresa es mayúscula cuando entre el alboroto de estantes y cajas caídas entre las cuales intentan abrirse paso, descubren que el hombre al cual intentan capturar da un salto ágil hacia una abertura a modo de ventana en la cual no han reparado. Jericho se las ingenia trepando para luego lanzarse al otro lado a través de ella.

La caída es alta y el impacto es medianamente doloroso, pero aterriza entre unos arbustos que aligeran un poco el golpe. Se pone de pie enseguida para reanudar su carrera por la zona exterior del almacén. Su presencia es descubierta por otros hombres uniformados que se hallan a lo lejos, seguramente haciendo guardia mientras esperan que sus compañeros lo capturen. Sin dudarlo corren tras él y en cuestión de segundos se les unirán los policías. Antes de que estos alcancen esa zona lateral del edificio, Jericho se dirige hacia el puerto y no se detiene hasta que se halla en la zona costera donde hay hombres y mujeres trabajando. Sus condiciones físicas, complementadas con sus habilidades especiales, lo ayudan a correr más rápido que el ser humano promedio, incluso si se trata de policías entrenados. Al menos lo suficiente para marcar una distancia de segundos valiosa.

—¡Detengan a ese hombre! —anuncia un grito a lo lejos—. Es un criminal.

Se trata de uno de los policías que ha logrado correr más rápido que el resto, y cuando Jericho pretende seguir corriendo, uno de los pescadores se interpone en su camino para sujetarlo.

—¿Adónde vas, vagabundo? —pregunta el pescador—. ¡Quédate quieto!

Jericho lo aparta con un empujón, no hay tiempo para disculparse. Otro de ellos quiere abalanzarse sobre él, pero Jericho le lanza un puñetazo que lo hace retroceder. Su indumentaria de pordiosero hace que todos se detengan a verlo con una mezcla de miedo y curiosidad. Los hombres que allí se encuentran se lanzan miradas rápidas, como dando a entender que lo rodearán. Los policías no tardarán en darle alcance, pero, impulsado por la adrenalina, Jericho se lanza al agua y se sumerge, nadando tan rápido como esas mismas habilidades pueden permitirselo. Cuando asoma su cabeza al exterior, los policías disparan al agua pero ninguno se atreve a meterse en pos de él, ya que es un imprevisto con el cual no contaban. Jericho sigue nadando, evitando salir a la superficie mientras su respiración lo soporta, y cuando se ve obligado a tomar una bocanada de aire ya los disparos no pueden alcanzarlo. Se ha alejado lo suficiente para dejarlos atrás, pero no dejará de nadar hasta que sus brazos se cansen, aunque el cielo se oscurezca primero.

Capítulo 10

Cada nuevo paso debe ser pensado con mucho cuidado. Jericho siente que hay ojos sobre su espalda sin importar adonde vaya. Continúa vistiendo como pordiosero pero esta vez ha cambiado sus andrajos por otros y trata de lucir más sucio que antes, tiznando su cara y su piel hasta volverla irreconocible, para que incluso no pueda asegurarse con precisión cuál es su color o distinguir los rasgos de su rostro. A esto le añade una postura encorvada para mantener la cabeza baja y evitar ser visto directamente a los ojos cada vez que camine entre la gente.

El siguiente paso que considera que debe hacer Jericho, dadas sus actuales circunstancias, es contactar a Anezka. Parece no tener más alternativa que aceptar su colaboración o, al menos, hacerle creer que está dispuesto a confiar en ella, y quizá con ello consiga descubrir para quien trabaja. También tiene grandes sospechas de que ella podría conocer o estar implicada con la persona que le ha mandado los recientes mensajes de alerta en relación a Sonnenfield y Lilian. De ser así, necesita estar seguro e interrogarla hasta que le dé una respuesta convincente al respecto.

Por otro lado, Jericho hubiera preferido no solicitar la ayuda de Anezka. Su ambigüedad le resulta un asunto de cuidado y como detective nunca ha confiado en alguien que asegure saber más de lo que revela, mucho menos cuando aquello que sabe está relacionado con él mismo. Pero no le queda otra alternativa y debe ceñirse, incluso desde la desconfianza, a esa manifestación abierta y voluntaria de asistirlo que ha expresado Anezka anteriormente. En un momento como aquel, un aliado es justo lo que Jericho necesita, pero teme que por culpa de ello Anezka crea haber obtenido un poder sobre él, al considerar sus desventajas. Apoyarse en Anezka, o que ella dé por sentado una consecuente dependencia, tarde o temprano podría convertirse en un arma de doble filo.

El último encuentro con Anezka sucedió cuando escapó del apartamento de Cordell tras haberlo matado. Juntos combatieron a los mercenarios del Proyecto como un buen equipo y Anezka aprovechó aquella ocasión para reiterarle sus intenciones de colaborar directamente en su investigación. Cuando consiguieron escapar de sus perseguidores, mantuvieron una conversación sobre ello, pero Anezka no estaba dispuesta a decirle para quién trabajaba. Jericho recuerda que finalmente se separaron por decisión suya, ya que él manifestó que su desconfianza era mayor que su necesidad. Ahora su necesidad parecía igualarse a su desconfianza. Anezka previó que Jericho podría querer contactarla en un futuro cercano y le dio un teléfono para ubicarla.

Sin embargo, Jericho ha decidido no llamarla. En su lugar, decide investigar a qué domicilio corresponde tal número telefónico y descubre que se trata de una habitación de hotel. Pero no es cualquier hotel, sino uno lujoso. Esto le complica cualquier estrategia de contactarla, ya que si viste como un mendigo no lo dejarán entrar a un hotel como aquel en el que se encuentra hospedada. Introducirse a escondidas tomando el riesgo de que lo atrapen no solo llamará la atención, también implicará llamadas a la policía cuyo contacto debe evitar a toda costa. Lo mejor que puede hacer es aguardar en la salida de dicho hotel y esperar a que Anezka salga para ir a su encuentro, tan pronto como esté sola y apartada.

Con esta clara intención, Jericho se planta en una esquina diagonal en la acera frente al hotel, que le otorga una visión privilegiada para descubrir las entradas y salidas. A su vez, le favorece el hecho de que se ubique a una suficiente distancia para que los inquilinos y demás transeúntes que caminen por aquel lado de la acera no consigan reparar en su presencia y con ello se asusten. Por su parte, para no causar ese mismo efecto en la acera donde ha decidido esperar con las personas que se lo topen en su camino, se acuesta en la intersección de un callejón, al lado de la basura, y finge que se ha acostado a dormir allí. Cualquiera que pase y lo vea no querrá detenerse a comprobar lo que hace un indigente, pero al mismo tiempo le parecerá completamente inofensivo, como un animal feo al cual basta con ignorarlo para que no te incomode.

Obrando así, Jericho siente los rayos del sol incidiendo sobre su cuerpo y la ruda textura de la acera bajo su cuerpo. Pero ninguno de estos factores distrae su atención de la mirada solícita, y casi sin parpadeos, que le dedica a la entrada del hotel, evaluando cada rostro de mujer que cruza por sus puertas hasta dar con el que se corresponda al de Anezka. Pasa al menos una hora, en la que Jericho incluso abandona su posición de permanecer acostado para sentarse con la espalda apoyada a la pared. Una de las ventajas de “ser” un indigente es que no estás sujeto a las formulas sociales sobre cómo actuar y conducirte en la calle como el resto de los civiles. Es tan curiosa la forma en que la sociedad percibe a estos sujetos marginados por el orden social, que incluso cuando no andan mendigando reciben pruebas de lástima por parte de los ciudadanos. Estando allí sentado, a Jericho le arrojan dinero en un par de oportunidades y este lo recoge con una sonrisa cínica que otros interpretan como alegría frente a las migajas de caridad que le ofrecen.

Pasa al menos otra hora sin los resultados esperados y Jericho comienza a desesperarse. ¿Será que Anezka le ha dado ese número para que le deje un mensaje que luego algún otro le hará llegar? ¿Estará hospedándose realmente allí? A juzgar por el aspecto de ella y su comportamiento, hospedarse en hoteles lujosos, aunque lidie con asuntos peligrosos y secretos, resulta creíble además de acorde con su personalidad. Anezka nunca podría ser una buena detective, pero sin duda es una excelente infiltrada al servicio de intereses más grandes para camuflarse entre la gente como una mujer independiente y seductora a la cual le es lícito mantener una actitud misteriosa sin que por ello nadie la considere una amenaza. Solo Jericho y su afinada percepción sobre la naturaleza humana consigue ver mejor su esencia.

Cuando ya está a punto de rendirse y abandonar el lugar, decidido a tomar la alternativa de llamar a aquel teléfono y dejarle un mensaje, la ve salir del hotel con ese aire confiado que la caracteriza. Sus caderas se bambolean mientras camina, haciendo gala de sus atributos de muñeca codiciada por cualquier hombre que se precie de gustarle las mujeres que se bastan a sí mismas y con una fuerza intimidatoria capaz de hacer retroceder a aquellos que se sienten inseguros frente a una dama con carácter voluntarioso.

Para fortuna de Jericho, Anezka no cruza al lado de la acera donde podría encontrarlo a él. En cambio, continúa caminando por la misma parte de la calle donde se encuentra ubicado el hotel y sigue en línea recta, probablemente rumbo a las zonas concurridas de la ciudad. Jericho sigue sus pasos, pero caminando por la otra acera y con su posición encorvada, para así mantener semiculto su rostro. Aunque Anezka parece indiferente a lo que ocurre a su alrededor, ya que en ningún momento mira hacia su dirección, Jericho se mantiene caminando en el extremo de su acera bajo los techos y cornisas tanto de tiendas como edificios a cuyo lado pasa. Cada cierto tiempo, deja que Anezka le lleve la delantera desde la otra acera, ya que a pesar de que no parezca dar indicios de que lo haya visto es mejor no arriesgarse. Una mujer como ella siempre tiene los sentidos despiertos para percibir cuando es asediada, incluso si se trata de un detective experimentado como él.

Minutos más tarde, durante los cuales Anezka sigue caminando en línea recta, ella se detiene un instante y retrocede para detenerse en la entrada de un callejón. Se queda allí, de espaldas a la acera donde Jericho sigue sus movimientos, como si hubiera descubierto algo que llamara su atención y la hizo devolverse. Se mantiene de esta forma durante más de un minuto. En ese mismo tiempo, Jericho también se ve obligado a detenerse en la otra acera y extiende su mano para fingir que pide dinero, pero sin perder de vista lo que hará Anezka a continuación. Tras lo que parecen unos momentos de cavilación para ella, Jericho se sorprende al verla entrando al callejón hasta perderse. Desde esa distancia le es imposible distinguir hacia donde conduce dicho callejón, si conecta con otras calles o en cambio desemboca en un circuito cerrado y sin salida.

Para salir de dudas, Jericho decide cruzar la calle de inmediato y dirigirse hacia el callejón en cuestión. El tráfico fluye sin complicaciones y consigue estar al otro lado de la acera con prontitud. Al introducirse al callejón observa que cuenta con entradas hacia edificios viejos que corresponden a depósitos traseros de los establecimientos y tiendas de la calle principal. Por su parte, al fondo de este

se vislumbra una salida hacia otra calle exterior. Teme que Anezka se le haya perdido por esa vía y acelera sus pasos para darle alcance. Ese callejón en particular llama la atención porque es muy solitario y despejado, y con un solo vistazo descubre que no hay rastro de Anezka y que seguramente ya lo ha cruzado.

Pero la sorpresa de Jericho es mayúscula cuando a sus espaldas escucha el sonido de un revólver que ha sido cargado:

—¡Manos arriba o disparo! —dice una voz de mujer, que Jericho reconoce en seguida como la de Anezka—. Y no se te ocurra voltearte hasta que yo lo diga. ¿Por qué me persigues?

Jericho obedece las ordenes de Anezka y de espaldas a ella, no puede ver su sonrisa mientras alza sus manos y extiende sus palmas. Desde esa perspectiva no puede reconocerlo, ella tan solo puede ver los andrajos de un pordiosero que ha llegado hasta allí siguiéndola desde que salió del hotel, algo que sin duda no se le escapó.

—Ahora, sin bajar los brazos, date la vuelta —ordena Anezka—. Y mírame a los ojos.

Tal como ella lo pide así Jericho lo hace. A medida que se voltea descubre que una de esas puertas de depósitos se halla semiabierta y supone que Anezka se mantuvo escondida detrás de ella, esperando que apareciera su perseguidor para emboscarlo. Cuando finalmente sus ojos se encuentran con los de ella, le habla de inmediato:

—¡No te haré daño, muñeca! —le dice Jericho con su característico tono de picardía que adoptaba cuando habla con ella—. ¿Acaso ya no me reconoces? Ya ves lo bajo que he caído y en lo que he terminado convirtiéndome.

El rostro de Anezka pasa de la confusión a la chanza cuando consigue comprender que se trata de Jericho y lo reconoce.

—¡Eres todo un diablillo! —asevera Anezka, bajando el arma—. Mira la pinta que traes. ¡Estás irreconocible! Supe que alguien me perseguía al salir del hotel, pero no me detuve a verte porque temía que te dieras cuenta. Por eso decidí emboscarte. ¡Me has asustado con esos andrajos! Hubiera podido dispararte.

—No dudo de tus agallas a la hora de hacerlo —apoya Jericho—. Pero ya ves cómo actúa un hombre cuando se encuentra desesperado. Toma mayores riesgos de los que en otras circunstancias meditaría con mayor detenimiento. Necesitaba hablar contigo. No creí conveniente hablarlo por teléfono con el número que me diste. Pero con esta ropa que llevo, evidentemente esperarte en el lobby del hotel no era una opción lógica.

—Sabía que llegaría este momento, tarde o temprano —apunta Anezka—. Algún día no muy lejano ibas a necesitar mi ayuda. ¿Ya te diste cuenta que soy la única aliada con la que podrías contar en estos momentos?

—He empezado a intuirlo —refiere Jericho sin dejar de bromear, aunque hable en serio, porque con ella el cinismo es una forma de no demostrarle sus verdaderas intenciones y preocupaciones—. Pero antes de determinar esta alianza de la que tanto hablas, necesito hacerte unas cuantas preguntas. Y si de verdad esperas que confié en ti, debes responderme con absoluta honestidad. Recuerda que no me cuesta distinguir cuando una persona miente u oculta algo.

—Yo me he acostumbrado a mentir u ocultar tantas cosas —replica Anezka—. No importa lo que yo diga, nunca dará la impresión de que digo toda la verdad, o si realmente la digo. Pero trataré de sonar convincente en mis respuestas.

—Eso espero —la desafía Jericho—. ¿Te resultan familiares los nombres de Dick Sonnenfield y Lilian Watkins?

—¿En qué sentido? —pregunta Anezka—. No puedo decirte nada sobre ellos que tú no sepas mejor que yo.

—Pero sí sabes de quienes se tratan —señala Jericho—. Y eso es un conocimiento que no le corresponde a alguien que no los conoció personalmente. ¿Sabes lo que les ha sucedido?

—Estoy al tanto —afirma Anezka—. El hombre está muerto y la mujer desaparecida. Pero si tu pregunta apunta a acusarme como responsable de ello, estarás muy decepcionado.

—No he hecho ninguna acusación que te implique en esos hechos —refuta Jericho—. Al menos no todavía, mientras no me des pruebas de lo contrario. He venido hasta ti no para acusarte de crímenes contra personas que deben importarte muy poco. Tan solo tengo curiosidad de saber hasta qué punto estás enterada y si hay algún dato al respecto que tú conozcas, algo que yo no haya descubierto pero seas capaz de decirme. Quiénes mataron a Dick o el paradero de Lilian, por ejemplo.

—No tengo respuestas a esas preguntas —asegura Anezka, pero desvía levemente la mirada mientras lo afirma, algo que Jericho siempre ha distinguido como signo de que un interrogado responde una verdad manipulada a conveniencia—. ¿Por qué habría de saberlo? Bien lo has dicho, ¿bajo qué razones me importarían esas personas como para estar al tanto de su situación? No tengo las respuestas que buscas. Lamento que hayas perdido tu tiempo.

Anezka hace un ademán de despedida para irse, pero Jericho la detiene sujetando con fuerza su brazo. Ella reacciona enseguida lanzando una mirada furiosa y jalando con fuerza su brazo para zafarse.

—Te interesa porque ellos me interesan —expone Jericho, soltando el brazo de Anezka—. Te interesa si a tus jefes les parece significativo. Y todo lo que tiene que ver conmigo parece dominar por completo sus atenciones y por consiguiente las tuyas. Si a mí me importan esos nombres, entonces a tus jefes también. Y, si nos guiamos por esa fórmula, a ti mucho más que a todos, porque por alguna extraña razón que todavía no alcanzo a comprender pretendes que trabajemos juntos, hombro a hombro, como aliados. Así pues, como hipotética aliada bajo mi consideración, ellos te importan y necesito conocer cualquier pista que puedas darme y que me permita conseguir respuestas. Especialmente por Lilian, ya que Dick ha muerto y no hay nada que pueda hacerse.

—Pareces muy convencido del estado de salud de esa mujer —destaca Anezka—. Como te dije, reconozco que estoy al corriente de ellos, pero solo como referencias que me conducen a ti, como bien has resaltado. Aunque tengo mis sospechas sobre quién podría estar detrás de eso.

—Los jefes del Proyecto que van detrás de mí, adonde quiera que vaya —afirma Jericho—. No me importan ya los autores. Siempre son los mismos culpables y al mismo tiempo ninguno, porque sus verdaderos rostros se ocultan detrás de hombres a los que pueden pagarles para que hagan el trabajo sucio. Realmente solo necesito saber dónde puedo encontrar a Lilian, mientras aún existan posibilidades de rescatarla.

—Eso no me lo esperaba —exclama Anezka con un gesto de sobreactuada sorpresa—. Aquella mujercita es mucho más importante para ti de lo que describen tus informes. Pero nuevamente lo siento, no tengo esa información para ayudarte a actuar de caballero valeroso que rescata a una damisela en apuros. Nada mal para un hombre que se ve obligado a escapar constantemente de la policía y mercenarios inclementes que no se detendrán hasta tenerte en sus manos. La misma razón por la cual ahora andas de pordiosero por las calles. Pero parece que tus prioridades son otras mucho menos demandantes.

—No seas estúpida, Anezka —la reprende Jericho con rudeza—. Se trata de una vida inocente y no quiero que más personas mueran por mi culpa, como Dick. Pero ya veo que no sabes mucho. No entiendo para qué podrías servirme como aliada, entonces.

El tono de voz de Jericho es rudo y sus modales despiadados. Anezka no soporta este tipo de trato, pero ve que el detective estaba muy alterado de antemano por razones ajenas a la conversación.

—He dicho que no conozco el paradero de la señora Watkins —reafirma Anezka, subrayando maliciosamente con especial énfasis la palabra “señora”—. Pero como te dije, tengo sospechas muy concretas sobre quién puede estar actuando en estos hechos que involucran inocentes en torno a ti. Dices que no te importan los culpables en este caso particular, porque crees saber quiénes son y tan solo esperas descubrirlos fuera del anonimato en el cual se mantienen. Pero no todos tus monstruos son

de rostro invisible. Es importante que estés alerta, y si cuentas con alguien que te ayude en el camino, créeme que se incrementarán tus reducidas oportunidades de lograr tus objetivos.

—De acuerdo, Anezka —resopla Jericho redoblando su cinismo—. Ilumina mi entendimiento con el conocimiento de esos registros que yo desconozco. Ilústrame y señala esos culpables con rostro concreto a los que apuntas como responsables. Te escucho.

—Has oído hablar de Damascus, ¿cierto? —pregunta Anezka, ignorando el tono burlón con el cual Jericho le ha hablado antes—. Es un adversario peligroso y sus intenciones no son del todo claras respecto a tus enemigos del Proyecto. Pero tanto si trabaja para ellos o por su cuenta, sigue siendo el peor de esos dragones a los que deberás matar si quieres comportarte como el héroe que rescata princesas o señoras casadas cuyas caricias no te son lícitas.

—Me han hablado de él —confirma Jericho—. Y por la descripción que me dieron, comprendí que ya me he topado con él antes. Siempre aparece antes o después de los otros agentes. Sospecho que actúa por su cuenta.

—Es un elemento del caos —destaca Anezka—. Debes tener mucho cuidado cada vez que te lo encuentres. Si lo has visto y te ha dejado ir es porque probablemente así lo ha querido y trama algo peor. Quizá lo ocurrido con Sonnenfield sea un ejemplo de ello y quien sabe cuántos hechos que desconocemos llevan su marca.

—¿Insinúas que también es responsable de la desaparición de Lilian? —precisa Jericho—. ¿Cómo es que tienes tanta información? ¿De casualidad también sabes quién me hizo llegar las notas para enterarme de esos sucesos? ¿Fuiste tú o fueron tus jefes?

—Ellos no están al tanto de todos mis movimientos —replica Anezka con un tono pícaro que subrayaban las sospechas de Jericho sobre su responsabilidad respecto a tales notas—, pero yo tampoco conozco aquellos movimientos que no requieren mi intervención. Pudo haber sido cualquiera. Lo importante es que ahora lo sabes y estás aquí conmigo para que pueda ayudarte.

—Solo necesitaba hacerte esas preguntas —objeta Jericho—. No me dirás nada nuevo fuera de lo que ya has declarado. Tus respuestas no son claras, pero al menos me confirman ciertas sospechas. Sin embargo, creo que puedo seguir por mi cuenta, disculpa las molestias. No pretendo quitarte más tiempo.

—¡No seas tan testarudo! —acusa Anezka—. No has venido solo a interrogarme, aunque a tu orgullo le cueste aceptar que necesitas la ayuda de alguien más para avanzar en este caso. ¡Tan solo mírate! Eso no es solo un disfraz para pasar desapercibido. Solo actuando como un mendigo puedes sentirte seguro, porque tus enemigos te han quitado todo, incluso tu libertad de conducirte por el mundo con tu verdadero aspecto. ¿Cuánto tiempo más esperas seguir de este modo antes de que te atrapen? Necesitas un aliado y yo soy lo único que tienes. Aunque también soy lo mejor que puedes conseguir.

Las palabras de Anezka fueron convincentes e incluso apasionadas en su exposición de motivos. Tras escucharla, Jericho comprende que ella ha señalado puntos válidos y que no llegará muy lejos si continua estancado, limitándose a huir cada vez que la policía, los agentes trajeados, Damascus o algún otro se aparece en su camino. Debe proseguir con su investigación e ir al encuentro de las respuestas que esperan por revelarse. Llegados a este punto, actuar completamente solo y con recursos limitados equivale a una tarea fracasada de antemano y prácticamente un suicidio.

En su trabajo como detective, Jericho siempre comprendía que el mejor trabajo era el que llevabas a cabo tú mismo por encima de cualquier colaborador. La desconfianza era la base de su oficio y, en muchas ocasiones, la fuerza motriz de sus éxitos a la hora de resolver un caso. Pese a esto, también había momentos en que necesitaba la ayuda de alguien y con sensatez la aceptaba, aunque su desconfianza no disminuyera ni con ello pretendiera delegar responsabilidades a otros. A pesar de sus recelos con cualquier forma de trabajo en equipo, aunados a su natural desconfianza, actuar solo no siempre era garantía de un trabajo bien hecho e, incluso en un caso tan personal para él como ese, había llegado a ese punto en el que actuar solo simplemente acabaría conduciéndolo a un abismo del cual ya

luego no saldría. La ayuda de Anezka era accesible e inmediata y por el momento su única tabla de salvación cuando todas las demás alternativas lo aproximaban a un naufragio seguro.

—De acuerdo, ayúdame entonces —acepta Jericho—. Seamos aliados, si eso es lo que quieres, en tanto yo lo necesito. Sí, estoy en un callejón sin salida y acorralado por cada flanco. Pero dejemos claro que no por eso bajaré la guardia contigo, ni asumas que mi dependencia es una excusa para que me controles, porque eso no podrás hacerlo. No sé para quién trabajas, ni a qué intereses respondes. Y supongo que no me lo dirás, por lo cual no perderé mi tiempo insistiendo. Eso es suficiente para saber que debo guardar mis distancias. Pero el hecho de que espere que seas capaz de traicionarme, no significa que luego no haré nada al respecto si llegas a hacerlo. Y eso es claramente una amenaza que espero te tomes muy en serio. Si aceptas esa amenaza como mi garantía de ser tu aliado, entonces te escucho.

—Lo has expresado con mucha claridad —acepta Anezka—. Puedo pactar contigo teniendo en cuenta esa amenaza. No me importa, tampoco te tengo miedo y no estoy obligada a decirte todas mis verdades. Pero me gustaría ayudarte y me han encargado hacerlo. Sabrás quiénes son cuando llegue el momento oportuno. Entonces, ¿trabajaremos juntos, aliado?

Anezka le extiende su mano para que con ello cierren el trato. Con una sonrisa jactanciosa Jericho la estrecha, teniendo en cuenta que la suya está tiznada por la suciedad, debido a su disfraz, algo que Anezka parece no haber tenido en debida cuenta ya que cuando se la estrecha voltea sus ojos sin ocultar su asco.

—De acuerdo, aliada —repite Jericho, subrayando esta última palabra con especial énfasis—. ¿Qué propones?

—Lo primero y fundamental es que te des un baño —observa Anezka evaluando la palma de su mano tras haber estrechado la de Jericho—. Te haré entrar al hotel sin que nadie lo note y allí volverás a ser un hombre decente. Por ahora no necesitas disfraces mientras estemos juntos. Te llevaré fuera de Chicago en mi coche esta misma tarde. Debemos salir de esta ciudad tan pronto como sea posible. Es donde te hallas más expuesto, especialmente porque aquí es donde la policía espera encontrarte. Una vez fuera de Chicago tomaremos una decisión sobre lo que debes hacer.

—Yo tomaré esa decisión y veremos si para ese momento es conveniente que sigamos juntos —interpone Jericho—. Mientras tanto, estoy de acuerdo con tu propuesta. Especialmente la parte del baño. Extraño el agua caliente y el olor a jabón.

—¡A ponernos en marcha entonces! —exclama Anezka—. Ya llevamos mucho tiempo en este callejón. Te daré instrucciones de como entrarás al hotel y nos veremos en mi habitación dentro de quince minutos.

La carretera se extiende ante sus ojos como un porvenir que aún espera ser recorrido hasta el final. Entretanto, la amplitud de tal visión esta vez no representa en modo alguno un símbolo de promesa por un mejor futuro. Una vez más, Jericho ha abandonado Chicago como un fugitivo. Su identidad solo representa un problema para los agentes de la ley adonde quiera que vaya, del mismo modo que su pasado es la causa de que lo persigan unos verdugos que no es capaz de recordar, siendo los mismos que le extirparon la inocencia cuando más la necesitaba y lo condenaron a conocer el horror demasiado pronto, antes de siquiera haber comprendido lo que significa la felicidad.

En esta oportunidad, su salida de Chicago es mucho más cómoda comparada con la ocasión anterior, ya que va en el asiento del copiloto de un coche conducido por Anezka. Salieron un par de horas antes del crepúsculo y conduciendo sin paradas durante un par de horas. Jericho ya no lucía el disfraz de indigente, y su aspecto era otra vez limpio. Llevaba puesta la ropa que le prestó Anezka, quien guardaba unas prendas masculinas dentro de su equipaje, sin dar mayores explicaciones de porqué las llevaba consigo. Jericho tampoco le hizo preguntas al respecto. Ambos respetaban que

tenían actitudes y comportamientos que respondían a intereses secretos, propios de quienes hacen lo que otros llamarían “trabajo sucio”.

El coche de Anezka es pequeño y poco llamativo. Ella maneja con gracia, a una velocidad moderada. A distancia, cualquiera que los viera juntos creería que son una pareja de casados que comienzan a experimentar el hartazgo del uno por el otro. Apenas se hablaron durante las primeras horas del recorrido, probablemente recordando el encuentro que tuvieron en la habitación del hotel donde ella se hospedaba. Ocurrió que, mientras Jericho se bañaba para quitar de su piel la suciedad cuidadosamente dispuesta en su cuerpo para mantener su papel de indigente, Anezka se le unió al cabo de un rato. Por supuesto, sucedió lo que pasa entre un hombre y una mujer en tales condiciones. Luego no hablaron de ello hasta tal punto que ni siquiera hablaron sobre tema alguno.

No se sentían particularmente incómodos, ni culpables, por algo que a fin de cuentas ya había ocurrido con anterioridad. La pasión que ambos manifestaron en dicho encuentro no dejaba lugar a dudas de lo bien que se complementaban como compañeros sexuales. En aquella intimidad se producía una conexión peculiar que los hizo mantenerse alertas, como si cada uno esperara que fuera el otro el que terminara de sepultar por completo el recuerdo de aquel contacto. También porque cada uno de ellos estaba absorto en sus propios pensamientos, al mismo tiempo que se esforzaban en que el otro no interpretara emociones o reacciones que le permitieran anticipar sus intenciones. Habían acordado una alianza, es cierto, y para sobrellevarla mejor debían lidiar con el hecho de que no existía una confianza sólida. Por lo tanto, cualquier manifestación de complicidad era terciada por la sospecha.

Minutos más tarde, cuando la carretera se hizo larga y el clima un poco asfixiante, Anezka decide romper definitivamente el silencio que los tiene sujetos y apartados:

—Por favor, bajemos los vidrios —pide Anezka mientras lo hace con su respectivo lado con una de sus manos, mientras la otra sostiene el volante—. Los recorridos en coche me sofocan. Mientras mayor sea el aire que reciba, menos me estresan. ¿O te molesta?

—No hay problema con ello —accede Jericho bajando su respectivo vidrio en el asiento del copiloto—. Mi mayor reserva sería que la policía pase al lado de nosotros y me reconozca. Pero en esta carretera dudo mucho que suceda.

Cuando salieron de Chicago, Jericho ocupó los asientos traseros y se mantuvo allí acostado bajo una cobija, en caso de que la policía detuviera a Anezka. Con un vistazo rápido no notarían su presencia allí y no había razones de peso para que pidieran realizar una revisión a fondo del coche. Sin embargo, nada de esto ocurrió y sus prevenciones resultaron un poco exageradas. Cuando ya avanzaron suficiente y comenzaron a alejarse de la ciudad para comenzar el camino por la carretera, Jericho se cambió al puesto delantero.

—La policía no imaginará que andas a la vista de todos en un coche al lado de una mujer —bromea Anezka—. Estás tan expuesto que no conseguirían verte. Además, son unos ineptos. Todavía creen que tú mataste al fiscal y no se preocupan en buscar pruebas fiables para armar un caso sólido.

Por primera vez durante el trayecto Jericho sonrío debido a las acusaciones de Anezka sobre la policía y su inutilidad.

—No lo imaginarán aquellos que no me conocen —responde Jericho correspondiendo el chiste de Anezka—. Pero cualquiera que sí, pensará que es eso exactamente lo que hago: estar dentro de un coche junto a una mujer guapa.

Esta vez es Anezka quien sonrío y le dedica a Jericho una mirada de reojo. La tensión sexual entre ellos se restaura de inmediato, pero también las reservas para mantenerse apartados.

—Si hubieras sido policía nada de esto te ocurriría —apunta Anezka volviendo a poner todos sus sentidos en el volante—. Habrías aprendido a no pensar más de la cuenta y solo limitarte a obedecer.

—Seguramente sería un hombre feliz —concuerta Jericho—. Al menos un sujeto simple acostumbrado a no hacerse preguntas. Tuve mi oportunidad de lograrlo. En cambio lo arruiné. Siempre he querido creer que lo hice a propósito. No estaba en mi naturaleza convertirme en un gendarme sin voluntad. Supongo que ser detective me hizo más amargado y paranoico, además de incrementar mi

sed por conseguir la verdad. Pero creo que eso estaba en mí. No podemos dedicarnos a nada que no se corresponda con la manera en que nos sentimos frente al mundo.

—Es una interesante observación —reflexiona Anezka—. Pero preferiría no pensar en ello si tengo que trasladarlo a mi caso.

Los misterios de Anezka despertaban el interés de Jericho. Aunque se trataba de algo muy íntimo y personal, por lo que correspondía a un terreno que era mejor explorar con cautela. No obstante, cuando una persona comienza a revelar aspectos profundos sobre su vida, con ello es posible adivinar sus puntos vulnerables, algo que podría ser de mucha utilidad. Para un detective tan perceptivo como Jericho ninguna mención es azarosa y todo lo que se dijera ayudaba a llegar a un mayor entendimiento sobre la naturaleza de una persona, incluso cuando se trataba de personas esquivas y difíciles de descifrar como Anezka o él mismo.

—¿Por qué te sofocan los recorridos en coche? —pregunta Jericho con un desenfado tal que hace parecer la pregunta inofensiva y casi accidental—. Aunque comprendo que a veces las carreteras te dejan exhausto.

—No es tanto las condiciones de la carretera —aclarar Anezka—. Es lo que me hacen sentir mientras las recorro. O los sentimientos que me hacen recordar.

—El pasado es un ancla que no nos suelta —apunta Jericho, aunque la observación apunta más hacia él mismo que para Anezka—, pero al menos no jugamos a pretender que no nos afecta, como hace la mayoría.

—A veces yo pretendo olvidar —corrige Anezka—, pero es una tontería. Me recuerda a los viajes con mi padre. Teníamos poco dinero, así que pasear en coche era su idea de diversión. Mi madre no nos acompañaba porque se habían separado y nunca me gustaba estar a solas con él.

Una expresión de tristeza ensombrece por unos pocos segundos a Anezka. Al sentir la mirada de escrutinio que Jericho le dedica, ella parece darse cuenta, por lo cual recupera su expresión de inescrutable seducción para enmascarar cualquier otro sentimiento. Jericho no es capaz de precisar si se trata de una expresión honesta o si le ha contado una anécdota de su vida como recurso para hacerle creer que confía en él e inspirarle a sentirse de igual manera frente a ella. A juzgar por el contenido de su historia, Anezka da indicios de una infancia marcada por alguna especie de abuso en medio de una vida agreste y definida por la precariedad.

—¿También odias tu infancia? —pregunta Jericho, pero más bien suena como una afirmación—. Y esto es lo que ha quedado de nosotros.

—Pronto llegaremos a las afueras de Chicago —dice Anezka de pronto, cambiando el tema—. Yo tengo un asunto pendiente y no puedo llevarte conmigo. Pero podemos reencontrarnos, próximamente.

—De acuerdo, continuaré mi camino —acepta Jericho—. Ya fuera de Chicago puedo retomar mis planes de avanzar en la investigación. Y son menos los peligros para ambos si no interferimos en nuestros respectivos asuntos.

Nuevamente se alza un gran silencio entre ambos, acentuando ese abismo de incompreensión y mentiras convenientes que define la frágil alianza que han acordado. Los dos manifiestan sentimientos ambiguos y contradictorios y lo saben. No tienen que hacer declaraciones sobre ellos, porque de igual manera ninguno le dará crédito al otro sobre si realmente expresa algo genuino o en realidad se trata de un intento por ablandar al otro. Por una parte, quieren separarse cuanto antes, porque sus respectivos asuntos no deben ser atestiguados por la mirada del otro. Por otra parte, también, aunque jamás lo admitan, albergan el deseo de seguir compartiendo juntos parte del camino, porque se sienten menos desamparados cuando reconocen este apoyo compartido.

Al llegar a una intersección de la carretera cerca de unas vías de tren, Anezka aminora la marcha del coche hasta detenerse en las orillas. Jericho interpreta esto como el signo de que ha llegado la hora de continuar con su camino y abre la puerta del coche para bajarse sin decir palabra. Anezka apaga el motor y también se baja.

—Espera —anuncia Anezka para que con ello Jericho se detenga a escucharla—. Quiero que sepas que me han dado instrucciones expresas de ayudarte. Anteriormente han sugerido que no sepas sobre sus intenciones de ayudarte. Yo he actuado en nombre de ellos, manteniendo en carácter confidencial sus intenciones. Mis jefes están al tanto de tus investigaciones y están muy interesados en que continúes con ellas. Por eso me han encargado que siga de cerca tus pasos y te ofrezca cualquier ayuda que necesites. Las alternativas y métodos que elija para hacerlo dependen de mí, al igual que aquello que decido reportar o simplemente guardarme para mí misma.

Anezka resulta convincente en su revelación. Por supuesto, Jericho no se fía en su intento de hacerle creer que sus actos son más espontáneos y libres de lo que estos supuestos jefes le permiten. No obstante, remitiéndose a las evidencias de su actual colaboración y la enorme ayuda que le ha prestado, no descarta la idea de que existe un grupo de personas dispuestas a ayudarlo en su investigación. Quizá se trate de personas relacionadas con Idaho, quien fue el primero en aparecer en su vida con el objetivo de desenmascarar el Proyecto Jericho.

—No puedo darte un voto de confianza, pero sí mi atención —resalta Jericho—. Si de verdad quieren ayudarme, es mejor que se expresen con mayor claridad. ¿Cuáles son las intenciones de tus jefes?

—No tienes que confiar en nada ni nadie —acepta Anezka una vez más—. No bajar la guardia es lo que te permitirá llegar lejos, si es que aún puedes continuar hasta el final sin que otros intervengan. Aun así, puedo asegurarte que los recursos de mis jefes podrían serte de mucha ayuda. Son hombres poderosos con contactos suficientes para conseguir que salgas bien parado al final de todo esto. Y lo harán porque, indirectamente, trabajas para ellos.

—¿A qué te refieres con eso? —pregunta Jericho suspicaz—. Sabes muy bien que comencé trabajando en este caso sin tener la menor idea de que estaba relacionado conmigo, gracias a Idaho. Pero una vez que él murió, yo he seguido por mi cuenta, respondiendo a mis propios intereses. Dejó de ser el caso de un cliente para convertirse en lo que siempre fue y al principio no supe: una investigación personal. Por lo tanto, no trabajo para nadie. Es mejor que tus jefes no se equivoquen respecto a eso.

—No te estoy diciendo que debas rendirles cuentas a mis jefes —ataja Anezka, según lo que ha entendido de las objeciones de Jericho—. A ellos no les interesa cómo termines el trabajo. Les importan los resultados. Mis jefes conforman un grupo que se opone al Proyecto Jericho y a cualquier futuro intento por revivirlo. Por eso te han seguido de cerca y me han utilizado a mí como intermediaria. Ellos no interferirán en tu investigación, te lo aseguro. No lo han hecho hasta ahora, sino todo lo contrario. Lo cierto es que, si logras tus objetivos, ellos aseguran que podrás recuperar tu vida.

—¿Recuperar mi vida? —repite Jericho—. No creo que eso sea posible, si es que alguna vez tuve una. La policía no dejará de buscarme y dudo mucho que los implicados del Proyecto confiesen sus crímenes para salvarme de una condena casi segura por asesinatos que yo no cometí.

—Créeme, mis jefes podrían lograrlo —insiste Anezka—. Asegúrate de terminar tu trabajo, porque independientemente de tus intereses personales, para ellos tu éxito sería la respuesta que andaban buscando a sus propios deseos. Su voluntad es combatir el Proyecto, tanto su memoria como su simiente con posibilidades de germinar en algún futuro lejano o próximo. Por lo tanto, si tus resultados son favorables, digamos que lo verían como una recompensa por tus servicios necesarios, aunque no fueran solicitados. Mis superiores tienen las intenciones de cerciorarse de que tu historial quede limpio. No tendrás que preocuparte por la policía, ni huir para siempre. Todo quedará resuelto. Ellos tan solo quieren que les hagas un pequeño favor.

Mientras le expone las supuestas verdaderas intenciones de sus superiores, Anezka no aparta la mirada de los ojos de Jericho. Su tono es seguro y sus gestos confiados, aunque todo lo que le diga suena demasiado bueno y conveniente para ser cierto. Sin embargo, no teniendo recursos ni pruebas suficientes para defenderse, tampoco tiene nada que perder ya que cualquier perspectiva de aclarar su situación frente a la ley es bienvenida.

—Por supuesto que piden un favor a cambio —señala Jericho con desdén—. ¿Cuál es ese favor?

—Como favor, a ti también te conviene —dice Anezka a modo de preámbulo, subrayando sus palabras con una sonrisa—. Ellos quieren que te encargues personalmente de matar a Damascus. Básicamente te están pidiendo hacer algo que tarde o temprano no podrás evitar. Si quieres continuar viviendo para resolver el caso, se trata de que ese hombre peligroso viva o muera a cambio. De lo contrario él te matará a ti. Así que dicho favor es tan solo un recordatorio de lo que ocurrirá. Por supuesto, si él te mata no hay nada que hacer. Pero si tú lo haces, mis jefes arreglarán tu situación. Y te recomiendo que sea tu próxima acción a seguir, porque Damascus no te dejará continuar hasta el final. Y quizá eso te permita descubrir donde se encuentra Lilian, por ejemplo.

La retórica de Anezka denuncia un cierto resabio a desesperación. El nombre de Damascus le asusta a ella tanto como a sus jefes y Jericho lo nota porque balbucea cada vez que lo menciona. Ciertamente, Damascus atenta contra sus propios intereses y a Jericho no le queda duda de que no podrá evitar un enfrentamiento con él. Pero tampoco le parece prudente que sea él quien lo busque. No obstante, la promesa de limpiar su nombre es una recompensa justa para un trabajo que hará de todos modos, porque no hacerlo implica que habrá muerto bajo las manos de aquella máquina humana entrenada para matar. La mención de Lilian también vino a su mente mucho antes de que Anezka lo hiciera. Quizá Damascus esté implicado en su secuestro.

—Damascus vendrá a mí, tarde o temprano —vaticina Jericho—. Pero, ¿por qué habría de buscarlo primero? Quizá me convenga adelantar mi investigación tanto tiempo como sea posible antes de ese enfrentamiento. Aún tengo testigos a los que puedo interrogar. En cambio, si me enfrento a Damascus y muero, no quedará ni una sola evidencia o testimonio capaz de exponer el Proyecto y derrotarlo para siempre. Lo siento, tengo mis dudas frente a tanto interés de quienes te mandan. Por muy poderosos que sean tus jefes, no creo que consigan borrar todas las falsedades que han vertido sobre mí, haciéndome quedar frente a la opinión pública como un psicótico o un asesino serial. ¿Qué piensan hacer para cambiar la situación y transformar esa percepción? Ya esos engranajes se pusieron en marcha y nada podrá detenerlos. Exigirán que se haga justicia y creerán que la consiguen cuando me condenen. La cárcel me espera si no me han matado antes.

A pesar de sus dudas, Jericho quiere instigar a Anezka para que le explique que tan viable es esa “recompensa”. En el fondo tiene la esperanza de que si esos jefes son tan poderosos como Anezka los pinta, entonces podrían lograr cualquier cosa que se propongan, tal como lo hicieron los implicados con el Proyecto.

—No te preocupes por sus métodos —aconseja Anezka—. Ellos simplemente podrán si así lo quieren. Incluso si se trata de cambiar esa percepción pública sobre tu imagen. La gente creará cualquier cosa que le digan, si un juicio amañado explica con suficiente convicción tu inocencia. Al final no estarían mintiendo. Se haría justicia, aunque se requieran medios corruptos y unas cuantas mentiras asombrosas para alcanzarla. Tal vez inventen alguna historia rocambolesca según la cual se demuestre que tú no tuviste nada que ver con los asesinatos por los que te acusan. Algo así como un doble que te hubiera secuestrado, o alguna otra basura hollywoodense que a las personas les encanta creer porque necesitan historias extraordinarias que los entretengan, especialmente cuando les dicen que estas han ocurrido “en realidad”. Y si todo eso falla, podemos proporcionarte una nueva identidad en otro país. Es mucho más fácil de arreglar. Lo que sea necesario para que no acabes tus días en una cárcel o camino a una silla eléctrica.

—Tú lo has dicho Anezka —apunta Jericho—. Nos gusta creer en historias extraordinarias. Y quizá eso es lo que me estás ofreciendo en este momento. Al final, soy un hombre desesperado que se aferrará a cualquier tabla salvavidas que me lancen, porque igual me he convencido de que pronto me ahogaré por mucho tiempo que resista nadando contra la corriente. Pero acepto el trato. Buscaré a Damascus y trataré de derrotarlo antes de que él lo haga conmigo.

—Perfecto —apoya Anezka—. Antes de despedirnos tengo algo para ti.

Intrigado por esta afirmación, segundos más tarde Jericho ve a Anezka extendiendo sus manos para darle lo que parecen ser unas llaves.

Capítulo 11

Muskogee - Oklahoma, 1969.

Un hombre de cabello canoso y caminar pausado transita por la calle, sin nada relevante para fijar su atención en él. Por supuesto, excepto para quienes persiguen a Jericho e intenten identificar su nuevo disfraz. El detective ha teñido sus cabellos de gris, al igual que la barba y el bigote que ha dejado crecer sobre su rostro. Ha sido uno de sus cambios más radicales y convincentes desde que se viera obligado a explotar todo su arte y maña en el uso de disfraces para cambiar su aspecto y fingir otra identidad.

—A lo mejor estoy entrenando para mi vida en el futuro —piensa Jericho a modo de agrio consuelo—. Condenado a disfrazarme mientras no me atrapen y así huir para siempre.

Ha dado una vuelta aparentemente “inofensiva” para poner a prueba su nuevo disfraz. Incluso se ha detenido en un par de plazas para discutir con algunas señoras temas intrascendentes sobre el clima o la correcta alimentación de las palomas que allí vuelan. También ha hecho algunas compras y todo ha transcurrido con normalidad, sin rastros de perseguidores de ningún tipo. A pesar de esta aparente calma, Jericho no se cree seguro ni a salvo en ningún momento. Pero tampoco se preocupa decididamente a no dejarse ver o a ocultarse privándose de salir a la calle a plena luz del día. Jericho estima que su disfraz es excelente para mantener alejada a la policía. Engañar a los agentes trajeados o cualquier otro mercenario a las órdenes del Proyecto resulta mucho más complicado de lograr.

De cierta forma, hay una intención secreta y provocadora en estas salidas de Jericho, como si quisiera ser descubierto. Pero no busca ser atrapado por cualquier mercenario que ya ha sabido esquivar antes. En su mente tiene un rival a su altura, aquel bastardo del sombrero Panamá que aparece cuando menos se lo espera: Damascus. Constantemente piensa en él desde que se despidiera de Anezka hace varios meses atrás y aceptara el “encargo” de sus jefes a cambio de que limpien su nombre o lo ayuden a salir airoso de la situación legal en la cual se ha visto envuelto. Jericho no aceptó cumplir con esta tarea pensando únicamente en la recompensa, sino porque es algo que estaba destinado a ocurrir, sin necesidad de que se lo pidieran. Ahora que ha decidido enfocar parte de su investigación en la búsqueda de Damascus, siente que este representa un elemento clave para responder sus preguntas. Damascus bien podría tener todas las respuestas a sus dudas, tanto las de su pasado como las de su presente. Es necesario hallarlo cuanto antes y encararlo, asumiendo hasta las últimas consecuencias de ese encuentro.

Un hombre como Damascus no se deja ver fácilmente como un ciudadano cualquiera y no hay registros de él válidos en ninguna parte como para suponer dónde vive o a qué se dedica. Simplemente hay que pensar en él como un arma al servicio de intereses más altos, pero también un elemento de descontrol que, debido a su fuerza y habilidades, tiene el poder para zafarse de cualquier aparente dominio que tengan sobre él y actuar por su cuenta. Damascus es peligroso no solo por su fuerza, sino por su ingenio. Todo en él ha sido un éxito de la ciencia no revelado, un ser humano llevado al límite de sus posibilidades para ostentar el máximo de sus capacidades. Por lo tanto no se trata tanto de conseguir a Damascus, sino de llamar su atención, de darle razones para que vaya a su encuentro. En ese sentido, Jericho ha basado su estrategia en el desarrollo de acciones que generen una reacción de búsqueda directa por parte de Damascus. Si bien Jericho sabe que matar a un hombre como ese es prácticamente una tarea imposible para cualquier ser humano corriente, por debajo de las capacidades que este presenta, también comprende que si existe alguien capaz de hacerle frente ese sería el único sobreviviente del Proyecto que también fue sometido a los mismos experimentos, aunque los resultados no fueran igualmente exitosos.

Cuando Anezka lo sacó de Chicago, antes de despedirse le dijo que tanto ella como sus superiores ignoraban el paradero de Damascus, pero confiaban en que tarde o temprano este iría en busca de Jericho, si no ocurría lo contrario. Entretanto, han pasado varios meses desde la última vez que tuvo noticias de ella, quien le dio la dirección y las llaves de una casa que podría utilizar como “piso franco”

y le pidió que por lo menos acudiera de vez en cuando para facilitar que pudiera contactar con él cuando fuera pertinente. En ese preciso instante, Jericho conduce sus pasos hacia ese lugar después de haber cumplido con su rutina de pasar desapercibido para los ojos incautos pero llamando la atención para cualquier potencial espía de sus pasos facultado para reconocer al hombre tras el disfraz.

Antes de que dejara de ponerse en contacto con Jericho en el respectivo apartamento donde recibía sus llamadas telefónicas, Anezka también le hizo llegar a ese domicilio algo de valiosa información que había logrado obtener acerca de diversos implicados en el Proyecto. Gracias a eso durante todo este tiempo Jericho ha invertido sus horas tachando nuevos nombres que no tenía en los anteriores informes que se perdieron durante la explosión. Una tarea infructuosa en la mayoría de ocasiones, pues la mayoría de los que en verdad parecían saber algo o podían considerarse culpables habían muerto recientemente; un patrón que ya le resultaba familiar con la anterior lista de nombres con la cual contaba. Alguien había estado haciendo limpieza; posiblemente el propio Damascus, para encubrir a los últimos responsables. Por lo tanto, ya no le desanimaban estos fracasos. Porque de eso se trataba, y ahora lo veía con mayor claridad: todas las alternativas de llegar a una conclusión conducían a un escenario final en el cual debía enfrentarse cara a cara con Damascus. El objetivo era procurar que sucediera ese acontecimiento lo antes posible.

Por supuesto, la consecuencia natural de encontrarse con Damascus en el futuro cercano representaba una deuda pendiente y al mismo tiempo un favor gracias al cual obtendría una recompensa por parte de los jefes de Anezka, los supuestos opositores al Proyecto Jericho, tal como ella le había asegurado. No obstante Jericho comprende que Damascus ha sido también una víctima, solo que acabó convirtiéndose en el verdugo predilecto de quienes mataron su humanidad tras haberle arrebatado la inocencia. Con esto Jericho no olvida a los verdaderos culpables y su motivación primordial es identificarlos para hacerlos pagar por sus crímenes.

Lamentablemente, un escenario donde Jericho pudiera llevarlos a comparecer ante la justicia es un deseo irrealizable. O al menos eso es lo que Jericho creyó comprender muy temprano, cuando se vio envuelto en asesinatos que no cometió y fue descubriendo de lo que eran capaces estos hombres y mujeres que alguna vez intentaron contradecir la naturaleza con experimentos crueles e inhumanos contra criaturas inocentes. La ley humana ya no tenía competencia para un caso como ese y nunca existirían pruebas suficientes para incriminar a cada uno de los responsables. No se trata exclusivamente de identificar a los máximos responsables del Proyecto y “encargarse” de ellos, sino también de localizar a cada uno de los que desempeñaron cargos de importancia con el objeto de hacerles pagar por su falta de culpa. A su mente venía siempre el recuerdo de Cordell y su orgullo por haber contribuido al Proyecto. Esas personas habían cruzado un límite y se creían mejores que el resto por haber atentado contra leyes de la naturaleza. Cualquiera podría acusar a Jericho de que su afrenta personal se parecía más a una venganza que a una adecuada administración de la justicia. Sin embargo, ¿cómo castigar a quienes no conocen el arrepentimiento? Por eso Jericho, tras hacerse esta pregunta, se ve a sí mismo como el brazo ejecutor de una justicia oscura, un ángel exterminador que llevará a cumplimiento la justicia engendrada por la cólera divina.

Estos paseos vespertinos contribuyen a que Jericho se entregue a sus pensamientos, tras haber verificado si es perseguido o vigilado, lo cual últimamente no ha dado pruebas de que sea así. Junto a sus pensamientos vienen también a su mente el desarrollo de planes y estrategias a seguir. En ocasiones se hospeda en hoteles de mala muerte, otras veces en algunos más acogedores y solo dos o tres veces al mes se queda en el apartamento prestado por Anezka. Le corresponde aquella semana pasarse por el lugar y ver si ha recibido algún mensaje o nuevo paquete de utilidad para su investigación. También es el día del mes acordado en que podría recibir una llamada luego de determinada hora. Hace tiempo que no la recibe, pero esto no significa que aquel día sea similar a las recientes ocasiones.

El apartamento prestado se encuentra ubicado en una zona de la ciudad donde acostumbra a vivir ancianos y se trata de una zona residencial tranquila donde cualquier elemento irregular sería notado de inmediato, especialmente con los sentidos hipersensibles de Jericho. Aunque en ninguna ocasión ha

ocurrido nada sospechoso durante sus visitas a dicho apartamento, Jericho se cuidaba de entrar al correspondiente edificio por su sótano y seguidamente subía las escaleras hasta llegar al piso correcto. Así lo hace esta vez y cuando alcanza el piso se detiene a observar la puerta cuya llave para acceder porta en su mano. Mientras subía ha creído escuchar un ligero ruido dentro del apartamento. Es mejor asegurarse antes de tomar acciones. Acerca su oído hacia la puerta, evitando que sus movimientos delaten su presencia, y en efecto comprueba que alguien está allí dentro.

Sin embargo, quien quiera que sea no hace alboroto alguno. La puerta no ha sido forzada con violencia, como indicio de que ha accedido con su propia llave. Su presencia es prácticamente imperceptible para alguien con unos sentidos menos avezados como los suyos. Casi podría asegurar que escucha la respiración pausada de la persona que se encuentra en su interior. Jericho se pregunta, ¿se tratará de Anezka o algún enviado suyo? Alguien lo espera y es mejor salir de dudas de una vez por todas. Una intranquilidad se apodera de su cuerpo, por lo cual saca su revólver antes de poner la llave en la cerradura. Cuando Jericho entra lo hace alzando el arma y arrinconándose en las paredes apuntando en dirección al frente.

Nadie sale a su encuentro, siendo este un indicio de que se trata de un intruso que no pretende ganarle con fuerza bruta o armas. Jericho intuye que lo espera en la sala y, en efecto, encuentra a un hombre sentado tranquilamente y sin demostrarse sobresaltado, que lo recibe con una inescrutable sonrisa. Jericho lo reconoce enseguida a pesar de su aspecto demacrado, que demuestra las grandes penurias por las cuales ha pasado durante los últimos meses. Se trata de Idaho. O, para ser exactos, de aquel que fue identificado por Cordell a partir de su verdadero nombre: Hunter Barlett. La serenidad imperturbable de su rostro, incluso con una pistola apuntando su cuerpo, le hace ver a Jericho que la presencia de Idaho en aquel apartamento responde a una voluntad de querer ese encuentro con él, a que lo ha estado esperando porque de alguna forma u otra ha sabido dónde y cuándo encontrarlo en el momento justo.

El reencuentro entre ambos produce sentimientos encontrados en Jericho, quien no baja el arma un solo instante a pesar de reconocerlo. Si bien lo creía muerto hasta el momento, no es la sorpresa de hallarlo vivo lo que le asombra, sino el hecho de volver a verlo después de haber descubierto su identidad así como sus verdaderas implicaciones con el Proyecto. Toda esa información en la cual se ha detenido a pensar durante muchas noches en los últimos meses se le revuelve en su interior en forma de una rabia profunda contra una persona en la que alguna vez creyó confiar sin saber que era uno de sus verdugos. Tampoco olvida que fue Idaho quien lo salvó durante su infancia, pero precisamente esa revelación tan solo agudiza su resentimiento. Todo este tiempo tuvo las respuestas sobre su infancia y optó por callárselas. En cambio, prefirió manipularlo para exponer su vida frente a esos que alguna vez le hicieron daño, sin decirle de quienes se trataba. Sus ocultamientos eran tan graves como una vil mentira, porque todas las veces que su vida estuvo en peligro por culpa de lo que creía un encargo, no le eran ajenas a este sujeto que sabía mucho más de lo que nunca se atrevió a admitir.

Ambos hombres se dedican extensas miradas, sin ceder, pero sus reacciones son diametralmente opuestas. El silencio parece inquebrantable durante unos minutos que se antojan largos y cargados de tensión. Idaho reclina su espalda por completo en el asiento en el cual se encuentra sentado y alza una de sus cejas. No considera a Jericho capaz de dispararle. Pese a su seguridad, no quiere darle excusas para producir el estallido de la evidente ira manifestada en su rostro enrojecido complementado por una mirada furibunda. Por su parte, Jericho no toma asiento y se mantiene de pie adelantándose unos pasos sin corresponder aquella exasperante sonrisa y apuntando a Idaho con su revólver. Una parte de su ser quiere dispararle, devolverlo al reino de los muertos del cual ha regresado para atormentarlo con la inaguantable verdad de su existencia, la cual implica un ajuste de cuentas o largas explicaciones. Cuando alguno de los dos rompa el silencio ya no habrá lugar para las justificaciones ni mucho menos para las mentiras convenientes. Solo el silencio los mantiene a salvo el uno del otro de las verdades letales que amenazan con hacerlos sucumbir cuando comiencen a defenderse con inútiles palabras.

Poco a poco, Jericho va calmando sus ánimos y reconsidera su rabia inicial. Aunque se sienta tentado a dispararle, sabe que Idaho al menos merece una oportunidad para explicarse. Tampoco le conviene un hecho violento en aquel lugar que le han prestado. Y finalmente, porque a pesar de su resentimiento, aún tiene la esperanza de que este hombre le ofrezca respuestas claras y precisas, e incluso instrucciones esclarecedoras que le permitan obtener una conclusión a su desventura. Con un suspiro atragantado en su garganta, finalmente consigue soltarlo y junto a ello baja el arma sin guardarla. La sujeta en su mano con fuerza, dando a entender que está dispuesto a una conversación aunque no descartará su ira ni mucho menos podrá olvidarla. Es un gesto disuasorio que le comunica a Idaho que se acabaron los juegos mentales y las manipulaciones. Si ha decidido revelar que está vivo, es mejor que tenga buenas razones para no volver a considerarse un hombre muerto frente a sus ojos.

Idaho fija su vista en el revólver y luego alza la mirada para observar a Jericho. Ya no confía en su elocuencia como medio para conseguir que la voluntad de Jericho vaya a la par con sus propias y secretas intenciones. Esta vez Idaho comprende que debe ser mucho más prudente porque los meses en que Jericho lo ha considerado muerto le han hecho cambiar por completo su imagen sobre él, aunque no sepa hasta que punto. El recibimiento que le ha hecho basta como prueba de que existe un enojo cuyos motivos deberá preguntar directamente.

—Pareces muy molesto, Nathan —exclama Idaho, apartando la mirada del revólver y nuevamente encontrándose con sus ojos—. Mucho más de lo que esperaba. Por supuesto, comprendo tu enojo. Me has creído muerto todo este tiempo.

—No es tu muerte lo que me molesta —aclara Jericho—. Tampoco tu repentina resurrección. Mi problema es con la vida que tuviste antes. Pero, sí, me pregunto cómo es posible que te hayas salvado. Di por sentado que la explosión acabó contigo. ¿Acaso no estabas dentro de aquel lugar?

La expresión de Idaho revela su desconcierto ante las palabras de Jericho y enseguida su sorpresa es sustituida por una sensación de inmediata intriga, ante el hecho de que Jericho accedió a nuevos descubrimientos. Pero prefiere no hacer preguntas directas e ir respondiendo las interrogantes de Jericho conforme los vaya expresando y así revelando de cuanta información dispone.

—Estuve adentro durante un par de horas —confiesa Idaho—. Te estaba esperando. Mientras tanto, me adelanté para inspeccionar el lugar y porque sospechaba que llegarías antes, como sueles hacer. Admito que mi propósito fue fingir mi muerte. Mi vida corría peligro y yo era el próximo en la lista en una serie de asesinatos. ¿Ya conoces a Damascus?

—Sé todo lo que necesito saber sobre él —apunta Jericho y con ello le lanza una mirada acusadora a Idaho—. ¿Fingiste tu muerte para que él no te asesinara? Y en su lugar arriesgaste mi vida. No conforme con eso, en el supuesto caso de que sobreviviera, yo estaría acusado de provocar aquella explosión. ¿Esa es tú idea de un plan perfecto? ¡Vaya que lo fue! Debiste permanecer de ese modo, entonces. Me debes mucho.

—No había tiempo para explicártelo todo —se defiende Idaho—. Pronto llegaría Damascus. Cualquier conversación que hubiéramos tenido habría sido interrumpida por él y ninguno de los dos estaría vivo. Tomé un gran riesgo. Y sí, reconozco que arriesgué tu vida deliberadamente, aunque mi intención en ningún momento era que murieras a causa de esa explosión o que la policía te acusara de ello. Fue la única medida disponible en aquel momento para garantizar mi supervivencia. Un acto egoísta que, aún consciente de las consecuencias, fue llevado a cabo porque no estaba dispuesto a morir. Cualquiera habría hecho lo mismo en mí lugar. Pero pensé en ti constantemente mientras improvisaba ese plan y lo dejé a la suerte, sobre todo porque confiaba en que si alguien era capaz de sobrevivir a una explosión y sobrellevar una situación como aquella ese serías tú. De acuerdo, tienes razón. Te debo mucho. Para empezar te debo una disculpa. Lo siento mucho, Nathan. ¿Qué habría hecho otro en mi lugar? Quería vivir.

—Todos queremos vivir —replica Jericho—. Todos queremos una vida que podamos vivir. En mi caso esa vida ha sido arrebatada muchas veces y una de ellas fue el momento en que nos conocimos y me asignaste un caso peligroso sin decirme quién eras o qué querías. Me enredaste con las trampas de

tu verbo y me diste el cebo suficiente para que yo lo mordiera, sabiendo de antemano que lo haría porque estaba desesperado por tener respuestas sobre mi vida. Siempre tuviste esas respuestas y me las negaste. ¿No es así, Hunter Bartlett?

Esta revelación no crea gran conmoción en el rostro de Idaho, pero le hace lanzar un hondo suspiro. Al mencionar su verdadero nombre no solo se siente expuesto, sino menos seguro de su certeza inicial de que Jericho no sería capaz de cometer alguna acción criminal contra él. Ya no está hablando con un amigo ofendido, si no con alguien que lo ve bajo el mismo prisma con el que juzga al resto de sus enemigos.

—No sé que tanto sabes, muchacho —resopla Idaho—. Veo que no te has quedado de brazos cruzados todo este tiempo y eso me alegra. Probablemente apenas tengas solo fragmentos de verdades y muchos vacíos llenados con suposiciones alimentadas por tu rabia. No dejes que la ira te ciegue. Esa sed de venganza te mantiene vivo al mismo tiempo que te mata un poco cada vez más, hasta que no quede nada de ti. Sabes quién es Damascus, ¿cierto? Y me haces saber que conoces mi identidad. ¡Perfecto! Ahora bien, en este momento la gran pregunta es otra muy distinta, ¿quién eres tú tras conocer la verdad? ¿Has dejado de ser el mismo? ¿Te ha ayudado a convertirte en quien eres realmente? ¿Qué te diferencia de aquellos que juzgas como los monstruos? Esas preguntas sobre tu estado actual y futuro son tan importantes como las cuestiones decisivas en torno a tu pasado. Espero que seas lo suficientemente sabio y sensato para distinguir esos límites y diferencias. Tú tienes una oportunidad de ser mejor que todos nosotros.

—Y esa es mi debilidad —interpone Jericho—. Y tu intención una vez más es aprovecharte de esa debilidad humana que aún me distancia de vosotros, porque a pesar de mis habilidades, esas que me fueron otorgadas a fuerza de sufrimiento y pérdida, sigues viendo en mí al pobre y triste niño al cual salvaste para cubrirte las espaldas. ¿Abogas por mi humanidad para resguardar tu vida? ¡Ah, tu vida, Hunter! ¿No la sobrevaloras en exceso? ¿Cuántos horrores deben ocurrir para que esa vida tuya tan preciada siga estorbando? ¿Cuántos más deben sufrir por culpa de tantos intentos por mantenerte vivo?

—Lo acepto, mi vida no es más valiosa que la tuya o la de nadie —apoya Idaho—. Es lo único que tengo. ¿Soy un cobarde por eso? Lo soy, y también un traidor y un mentiroso. Solo yo tuve las agallas para no dejarte morir, para sacarte del laboratorio antes de que te llevaran a una cámara de gas o te ahogaran en una bañera. Sí, necesitaba un as bajo la manga para el futuro. No por eso es menos misericordiosa mi decisión de haberte elegido a ti de entre todos los niños que pude haber salvado. Solo tenía la posibilidad de rescatar a uno solo en tan poco tiempo y te elegí a ti. ¿No es suficiente razón para redimirme?

—¿Redención, Hunter? —contraataca Jericho acercándose a Idaho y señalándolo con la mano que no carga el revólver—. ¿En serio usarás esa palabra conmigo? No hubo nada noble en tus acciones. ¿Esperas agradecimiento de mi parte? ¿Quieres que tome eso como una disculpa y que acepte tu perdón? O, ¡más inaudito todavía!, ¿confías en que sea yo el que me sienta culpable y de rodillas te honre por haberme concedido el derecho a vivir que otros me querían arrebatar? O se trata de un cinismo muy temerario, o de una ingenuidad ciega ante una profunda incapacidad de tomar consciencia de tus acciones. No tengo nada que agradecerte, monitor Bartlett. Arruinaste mi vida tanto como cualquier otro dentro del Proyecto. Y tal como expusiste, solo la salvaste la mía, por encima de cualquiera de los otros niños, por una sola razón: además de Damascus, fui el único que demostró un éxito mediano en medio de los otros fracasos. Porque no fuimos vistos como seres humanos, sino como objetos cuya utilidad era prescindible si estos no respondían de la forma esperada. ¿O acaso lo vas a negar y seguir jugando a tantearme para saber hasta qué punto podrás mentirme según lo que desconozco?

—No niego ninguna de tus acusaciones —concuerta Idaho—. Pero a veces hay gestos redentores en medio de las más mezquinas intenciones. Como quiera que sea, mi acción te mantuvo vivo y gracias a eso estamos teniendo esta conversación. Sería una dulce ironía que me mates tú y que todo este tiempo salvé a mi verdugo. Y, sin embargo, prefiero eso a que lo haga Damascus. En efecto, yo fui tu

monitor y de otros niños a mi cargo. Fui el responsable de muchas cosas que sufriste, así como de los olvidos posteriores para que no tuvieras recuerdos de eso, aunque fuera inevitable borrar las huellas del trauma en tu psique además de los efectos en tu cuerpo. Pero a diferencia de muchos, yo entiendo que lo que hicimos con vosotros fue imperdonable y antinatural. No me arrepiento de haberte salvado. En su lugar, lamento las razones por las cuales lo hice. Jamás pretendería que me perdonaras, ni mitigar tu cólera ahora que sabes lo suficiente para juzgarme. Merezco cualquier condena que hayas elegido para mí. Aquí me tienes. Tienes razón en muchas de tus acusaciones. No obstante, me permito asegurar que te equivocas en algo esencial: tu humanidad no es una debilidad. Es lo que te hace mejor y más fuerte, y lo que me obliga a recordar que yo soy el verdadero monstruo.

Los ojos de Idaho se humedecen al expresar estas declaraciones, pero la ira de Jericho es mucho más fuerte que cualquier motivo para inspirar su misericordia.

—Esa es la peor parte, que tú no eres el monstruo —tercia Jericho—. Solo un pobre miserable que a duras penas intenta ser un hombre bueno hasta convencerse de ello, a pesar de haberse comportado como un hombre malo gracias a su mezquino egoísmo. Ni siquiera te convierte en un hipócrita. Los monstruos contra los cuales me enfrento tuvieron propósitos y ambiciones superiores a sus fuerzas. Ellos están orgullosos del daño que han hecho. Pero tú eres como las ratas, que correrán primero para salvarse. Un triste cobarde y nada más. Sin embargo, eso no te redime de darme las explicaciones que necesito. Las respuestas que me faltan. ¿Tú me llevaste a aquel orfanato? ¿Por qué no pudiste procurar que tuviera una vida? ¿Conociste a mis padres? ¿Por qué no devolverme con ellos?

—De acuerdo, te contaré algunas verdades —comienza a responder Jericho—. Puedo darte todas las respuestas que quieras, pero no te garantizo que tengas paz luego de saberlas. Quizá termines sintiéndote peor y deseando haberte quedado en tu ignorancia. Las verdades que quieres saber probablemente no se parezcan ni remotamente a las mentiras que has intentado decirte toda tu vida para sentirte mejor o peor contigo mismo.

—Ya no fantaseo con perseguir la paz —confiesa Jericho—. Pero me sigue importando la verdad, porque esta es superior a cualquier conveniencia o excusa. No necesitamos historias fantásticas, ni esperanzas frágiles, cuando tenemos la verdad. La verdad basta para aceptar el dolor tal y como es. Solo responde mis preguntas y no más mentiras ni ocultamientos, por favor.

Esta vez Jericho ha decidido sentarse frente a Idaho en una de las butacas de la sala, no sin antes guardar el arma dentro de su pantalón. Es un gesto de pacto y alivio que Idaho agradece en silencio.

—Es una fortuna que no recuerdes a tus padres —dictamina Jericho—. Es mejor no extrañar a quien no lo merece. Como buen niño que se ha criado en un orfanato seguramente elucubraste mil y una fantasías sobre como llegaste allí, pero sobre todo para explicarte las razones por las cuales tus padres te habían abandonado. Pues ninguna de esas fantasías se corresponde con la realidad. Ninguno de ellos murió, ni tampoco se podría decir que eran muy pobres para mantenerte, ni mucho menos es viable afirmar que fuiste arrebatado de sus brazos amorosos. Nadie te separó de ellos, sino su propia decisión de ofrecerte como voluntario para el Proyecto. Tus padres fueron los primeros culpables de tu situación. Eran personas de cierta posición, y específicamente tu padre estaba al tanto del Proyecto. Te concibieron antes de que la pareja llegara a casarse y no estaban muy seguros de hacerlo. No sabría decirte si finalmente contrajeron nupcias, pero en ese momento no les convenía tenerte y, para evitarse el escándalo y aumentar su dinero e influencia, te entregaron voluntariamente.

La verdad pesa como un hierro al rojo vivo sostenido por sus manos desnudas, pero Jericho se mantiene impassible escuchando las palabras de Idaho, demasiado aturdido como para que comiencen a dolerle tan pronto.

—Háblame del orfanato —pide Jericho—. La Madre Superiora de aquel lugar era vuestra cómplice. Si querías esconderme, ¿por qué precisamente aquel lugar?

—Cuando se cerró el Proyecto nadie conservó ninguna lealtad con los grandes jefes —explica Idaho—. Aquel orfanato fue un proveedor de algunos de los niños sometidos al experimento. Se trataba de un propósito divino, formar soldados que defendieran los valores y creencias de nuestro mundo que

podía verse amenazado por fuerzas extranjeras que quisieran imponernos sus concepciones erróneas y finalmente pecaminosas sobre el mundo. Al menos esa era la visión de aquella vieja monja. De no haberte llevado a aquel lugar te habrían matado. Los implicados en el Proyecto se mantuvieron alejados de cualquier lugar o persona que pudiera asociarlos con aquellos experimentos. El orfanato fue la mejor opción a nuestro alcance. Aposté por ti, mientras los demás te hubieran dejado morir. Pero ya bien lo has dicho con mucha convicción: yo te salvé para salvar mi pellejo, para protegerme a mí mismo en el supuesto caso de que te necesitara en el futuro. Si estabas en aquel orfanato, yo tendría acceso a ti en el caso de que lo necesitara. En cualquier otro hogar de acogida te habría perdido la pista.

—Nunca fui adoptado —recuerda Jericho—. Creo que nunca fui ni siquiera presentado a cualquiera de las familias que visitaban el lugar con la esperanza de conseguir un niño que ocupara el lugar del hijo que nunca tuvieron. Yo no era apto para ninguna de esas familias. Nunca nadie propuso mi candidatura. Ahora entiendo que el objetivo de mi presencia allí era mantenerme preso y vigilado hasta que fuera requerida mi utilidad para ti o hasta que todo quedara olvidado y yo creciera, como ocurrió finalmente.

—Bien lo supones —acepta Idaho—. Mi intervención en aquel orfanato fue crucial. Yo fui quien propició el cambio de empleados en aquel lugar, por ejemplo. Esto me permitía mantener una mejor vigilancia sobre tus acciones y un mayor control sobre tu educación. No debía ser permisivo con que alguna mala influencia te ablandara.

Esto enfurece a Jericho, pero se controla. Aunque se trate de hechos tan remotos, para la memoria de Jericho resultan tan vívidos y cercanos como los recuerdos del día anterior.

—Hasta en eso fuiste culpable —acusa Jericho—. Por culpa de ello perdí a la única persona dentro de aquel lugar que se preocupaba por mí. Ni siquiera le dieron a la hermana Geraldine una oportunidad para despedirse de mí. ¿Temías que me contara toda la verdad?

—Esa monjita apenas sabía nada —precisa Idaho—. Excepto que algo no encajaba contigo y tus capacidades. Comenzó a suponer que la amnesia no se debía a un accidente. Ella nunca habló por temor a lo que te pudiera suceder a ti y a los otros pequeños. No tenía miedo de que hablase con alguien interesado en ti, porque sabía de antemano que para protegerte ella se hubiera negado a colaborar. Preferí evitar tales problemas. Un afecto como ese solo conseguiría que tarde o temprano te hablara sobre cosas que desconocía. Cualquier mínimo asomo de algo desconocido sobre tu historia despertaría tu curiosidad.

Cuando Idaho le habla de ese modo revelando los intereses egoístas de su yo pasado, piensa inmediatamente en Cordell y su manera de referirse a los niños como medios para cumplir un propósito iluminado. Escuchando a Idaho hablar de ese modo, Jericho siente repulsión y desconoce a este hombre que alguna vez pareció un aliado. Cada vez va comprendiendo mejor quien era Hunter Bartlett y al mismo parece convencerse de que tampoco merece vivir.

—Y entonces decidiste sacarla de circulación —reclama Jericho—. ¿Qué ocurrió con ella luego? ¿Le hicieron daño? Te pido que no me mientas.

—No te he mentado hasta ahora, Jericho —recuerda Idaho con un tono condescendiente—. Ella no se vio afectada por esa renuncia, más allá del dolor que debió haber sentido por no poder despedirse. Pero te garantizo que su vida no corrió peligro. Fue trasladada a otro orfanato según mis indicaciones donde siguió trabajando durante muchos años de su vida, destacándose como siempre en su labor. Todo esto se llevó a cabo sin que se enteraran los antiguos jefes del Proyecto. Por lo tanto, me ocupé de que la hermana Geraldine no estuviera bajo su radar. Nunca se enteraron de su existencia, ni de la importancia que tuvo para ti. Lamentablemente no se puede decir lo mismo de tus padres. Por ellos no pude hacer nada, porque estaba fuera de mi competencia.

Le alivia descubrir que la hermana Geraldine no sufrió las consecuencias que querer ayudarlo. Aunque no confía en Idaho, siente que en esta actual conversación ya no tienen sentido las mentiras. Por su parte, la mención a sus padres agita sentimientos contradictorios. El hecho de que sus padres lo hubieran no solo abandonado, sino ofrecido al Proyecto sabiendo de antemano las implicaciones y

consecuencias del mismo, le hace comprender de inmediato que eran tan culpables como el resto de los victimarios. De cierta forma fueron sus primeros verdugos, porque en sus manos estaba la oportunidad de arrepentirse y formar juntos una familia. Pero ahora que Idaho los menciona por segunda vez, con este cariz aparentemente trágico, le interesa conocer el destino final de aquellos que lo engendraron y a los cuales no tuvo nada que agradecerles, porque lo trajeron al mundo con el propósito de que padeciera de cerca la maldad y el infortunio.

—¿Qué ocurrió con mis padres? —pregunta Jericho—. Asumo que murieron.

Al escuchar tal sentencia, dicha sin un asomo de sentimiento, Idaho tarda un momento en responder. Incluso al propio Jericho le sorprende la frialdad con la cual hizo esta afirmación. La idea de que estén muertos le resulta mejor e incluso más grata que saberlos vivos en alguna parte del país. Al menos puede ahorrarse el dolor de tener que conocerlos y escuchar pobres excusas sobre lo que hicieron, o peor aún, comprender que solo hallaría una absoluta indiferencia ajena a cualquier sentido de culpa.

—En efecto, tus padres murieron —confirma Idaho—. Para el momento en que se clausuró el Proyecto todo fue muy intempestivo. Cada quien se resguardó como pudo y ninguno estuvo enteramente seguro, al menos durante un año, de si recibiría una visita especial para ser despachado. Por lo tanto, nadie pudo advertir a tus padres de que tomaran precauciones al respecto. Creo que nadie se acordaba de ellos, excepto los jefes del Proyecto. Ellos no querían dejar cabos sueltos excesivamente comprometedores y, con el poco tiempo que tenían, pudieron eliminar algunos de esos elementos gracias a esa confusión. Tus padres fueron unos de esos perjudicados. Los eliminaron cuando se hizo “limpieza” de registros, pistas y elementos de descontrol. Probablemente temían la posibilidad futura de que se arrepintieran y tuvieran deseos de buscarte. Nunca sabremos que habrían hecho.

—Considero que es mejor así —sentencia Jericho—. Ya el daño estaba hecho. Si algo debo concederte, aunque te condujeras por tus mezquinos intereses, es que tú hiciste más por mí que ellos. Lo cual nos lleva a una gran pregunta: ¿y ahora qué? Has venido hasta acá a responder mis preguntas, pero seguramente esa no es tu motivación fundamental. De otro modo habrías venido antes. ¿Por qué ahora? Has venido a pedirme un favor, ¿no es así? Te has visto obligado a reaparecer, a riesgo de lo que podría hacerte, porque me necesitas.

—Siempre te he necesitado —admite Idaho—. Pero tú también me necesitas. Esto no ha terminado y es mejor que nos unamos frente a nuestros adversarios porque divididos solo seremos más débiles.

—¿Y luego? —se atreve a preguntar Jericho, sabiendo que es una vaga pregunta para la cual no existen respuestas satisfactorias—. No tenemos nada para hundirlos. Ellos han ganado, como siempre. Solo podemos tomar la justicia por nuestras manos, pero conscientes de que no le daremos alcance a todos los culpables. ¿Tienes algún plan? ¿Hay una estrategia que quieras compartir? ¿Existen otras pruebas que podamos usar para armar un caso contra ellos? Solo veo callejones sin salida y yo defendiéndome como un gato salvaje intentando trepar por los muros que me acorralan, hasta que finalmente me terminen atrapando.

Como respuesta a su pregunta, Jericho muestra un juego de llaves en su mano y lo lanza a los pies de Jericho. Este las recoge con una expresión dubitativa y las observa para luego dedicarle una mirada interrogativa a Idaho, esperando que le revele su significado.

—Esto no ha llegado a su fin, como te dije —subraya Idaho—. Todavía podemos enfrentarlos e incluso tener una oportunidad para ganarles. Ya no son tan poderosos como solían serlo. Guarda esas llaves para cuando llegue el momento en que debas usarlas. Cuando todo esto termine, y confía en mí cuando digo que no es imposible, iremos juntos al desierto de Nevada. Allí hay una cabaña donde he guardado documentos y archivos que serán de tu interés. Muchos de ellos están relacionados contigo y con tu entorno. Esos documentos podrán servirte para que recomiences tu vida.

Si hay algo que Jericho no perdona, incluso más que cualquier daño o afrenta manifiesta en su contra, es que le ofrezcan una esperanza capaz de convencerlo a creer en lo imposible. Ya Anezka lo había hecho con mayor sutileza, pero ahora Idaho lo manifiesta abiertamente: asegura que existe una

oportunidad para resolver el caso y que él retome su vida. Parece demasiado bueno para ser real, un escenario tan prometedor como solo dos mentirosos consumados como Idaho o Anezka podrían ofrecerlo. Y a pesar de que no confía en ninguno de los dos, ambas menciones sobre una alternativa de futuro no basada en incertidumbres, sino como una oferta segura, consiguen agitar su corazón con la clase de esperanza que no perdona.

Por supuesto, Jericho no demostraría abiertamente sus anhelos al respecto, ni revelaría el tamaño de su fe. Pero algo en su interior se alegra ante esas promesas, aunque desea convencerse con todas sus fuerzas de que estas esperanzas son tan deleznable como las bocas traicioneras que las mencionan. Desafortunadamente, una vez escuchadas tales esperanzas no puede apartarse de ellas.

—Y supongo que pedirás algo a cambio —adivina Jericho—. Es muy propio de ti. Y antes me convencerás de que ese algo también se corresponde con mis intereses.

—Tu intuición siempre ha sido una virtud que te condena —acusa Idaho—. Ciertamente, el favor que te pediré te será provechoso. Necesito tu ayuda porque solo contigo estaré a salvo. O al menos mis oportunidades de sobrevivir serán mayores. Se trata de Damascus. Tengo la certeza de que está siguiéndome el rastro, nuevamente.

—Tengo muy pocos deseos de querer ayudarte a salvar tu vida—corresponde Jericho—. Aun así, si lo que dices sobre unos supuestos documentos para ayudarme son ciertos, entonces me enfrentaré a Damascus en tu lugar. He estado esperando todos estos meses a que Damascus venga a por mí y esta es una oportunidad que no quiero desperdiciar. Ten en cuenta que, si logro derrotarlo, seré yo quien te haga pagar si no cumples tu palabra o si me has mentido sobre esos documentos.

—No miento sobre eso, ni nada de lo que te he asegurado —recalca Idaho—. Por supuesto, es una locura de mi parte suponer que tú querrás ayudarme porque te preocupa mi bienestar. O incluso que desearías adelantarle el trabajo al bastardo de Damascus. Eso cerraría el círculo a la perfección.

—¿A qué círculo te refieres? —inquire Jericho intrigado—. Dejémonos de acertijos y dobles sentidos.

—Es una anécdota sobre Damascus —explica Idaho—. Durante los tiempos del experimento, él estaba bajo el cuidado de una chalada que se creía la madre de aquel pequeño cabrón. Ambos mantenían una relación de dependencia donde no faltaba el desprecio. Al menos Damascus la odiaba tanto como la apreciaba. Cuando se acabó el Proyecto oficialmente y continuaron clandestinamente centrándose exclusivamente en los progresos de Damascus, este se rebeló finalmente contra su monitora y acabó matándola. Se dice que la estranguló mientras dormía. Otras fuentes aseguran que le dio un golpe durante una discusión que acabó volteándole la cara por completo. El asunto es que con ello consiguió librarse del condicionamiento impuesto por ella y le demostró al resto de los jefes del Proyecto que debían conducirse con mucho cuidado a la hora de controlar su querida “obra maestra”. Pienso en ello porque yo fui tu monitor y te conozco mejor que nadie. Quizá tú también veas en mi muerte una forma de librarte de mi condicionamiento.

—Yo no supe ser un monstruo —replica Jericho—. Pero podría empezar a aprender a serlo, si vuelvo a sentir que me engañas o si descubro que me traicionas de algún modo.

—Probablemente sean pocos tus deseos de ayudarme, como apuntaste —destaca Idaho—. Pero se trata de un pacto favorable para ambos. Y aunque te cueste reconocerlo, en el fondo sabes que hay muchas razones por las cuales te conviene mantenerme con vida. En primer lugar, me necesitas para enfrentarte a Damascus. Es mucho lo que sé sobre él y cualquier información que uno tenga sobre un adversario, por muy pequeña que sea, siempre puede resultar útil al momento de presentar batalla. Además, yo soy la carnada que necesitas para que él venga hasta ti, si es lo que has estado esperando todos estos meses. Otra razón de peso son los archivos a los que tendrás acceso cuando hayas acabado con Damascus. Y, finalmente, porque de alguna forma debes pagarme por haberte salvado el culo cuando eras un niño incapaz de valerte por ti mismo ni mucho menos defenderte ante cualquiera de los que estaban dispuestos a eliminarte junto a los otros.

A Jericho le molesta profundamente la arrogancia con que Idaho expone sus motivos. Pero, sobre todo, su mayor enojo se fundamenta en el hecho de que sabe que este tiene la razón. Necesita a Idaho para atraer a Damascus, para que le de esos documentos que le ofrece y porque, sí, a pesar de sus intenciones egoístas, estuvo dispuesto a salvarle la vida y para ello tomó un riesgo tremendo que lo siguió persiguiendo hasta la fecha. Idaho nunca tuvo una vida segura. En cambio, Jericho vivió todo ese tiempo ajeno a los peligros que lo rodeaban. De no haber aparecido Idaho en su vida, probablemente habría acabado muerto y sin previo aviso, a causa de un pasado que no era capaz de recordar.

Existía una igual cuota de deudas por saldar y culpas por perdonar o condenar por completo. Pero también se alzaba por encima de cualquier remordimiento la imperiosa necesidad de actuar con prontitud. Por lo tanto, era menester poner a un lado las diferencias y el desprecio para trabajar en equipo. El primer objetivo común era derrotar a Damascus, y, si conseguían lograrlo, entonces los jefes del Proyecto perderían su principal arma.

De nada le servirá negarse en ayudar a Idaho. Hay muchos factores en su contra, pero al menos Idaho le está ofreciendo una mínima oportunidad para conseguir su libertad. Quizá en esos documentos encontrará coordenadas para localizar a la hermana Geraldine y cerciorarse de que tuvo una vida, conocer los responsables de la muerte de Sonnenfield para hacer justicia en nombre de su familia y descubrir el paradero de Lilian.

—Cuenta conmigo y mi palabra —acepta Jericho—. Te ayudaré evitando que Damascus te haga daño. Tendrá que enfrentarse a mí primero si quiere atraparte. Si de alguna forma crees que tengo una deuda contigo, espero que con ello la consideres saldada. Nada garantiza que pueda sobrevivir, pero como bien dices solo yo podría enfrentarme a él.

—Me complace que accedas, Nathan —agradece Idaho—. Si pierdes la batalla con Damascus, entonces ya me daré por muerto. Eres mi única esperanza y también de ti depende hacer pagar a todos los implicados en el Proyecto, incluyéndome. Quiero que ganes esta guerra porque es lo justo, porque mereces una vida después de tanto sufrimiento y porque, aunque te cueste creerlo, te aprecio tanto como me preocupo por ti. Si hubiera habido algún modo de dejarte fuera de esto, no te habría buscado.

Tras decir estas palabras, Idaho se pone de pie y extiende su mano. Jericho siempre lo ha visto como un hombre excesivamente fuerte y de buena salud, considerando su edad. Siempre lucía más joven de lo que en realidad era. Pero en este instante se le presenta ante sus ojos con una inusitada fragilidad. De pronto, lo ve como un anciano enclenque confiándole su vida al único hombre joven y fuerte que conoce, a lo más cercano que tiene de considerar a alguien como un hijo. Jericho siente lástima por el hombre. Jamás podrá perdonarlo por su silencio y complicidad, además del conjunto de acciones motivadas por el egoísmo y la mezquindad que tanto daño le hicieron a esa vida que se preciaba de alguna vez haber salvado. Su debilidad le resulta conmovedora, porque hombres como Idaho solo revelan su desesperación cuando verdaderamente han agotado todos sus recursos.

Movido por esta visión de su humanidad, Jericho también se pone de pie con la intención de estrechar la mano de Idaho. Justo entonces percibe un ruido fuera del apartamento y retrocede mirando de un lado a otro poniendo en alerta todos sus sentidos.

—¿Qué ocurre? —pregunta Idaho, intentando adivinar lo que ocurre—. ¿Te sientes bien?

Jericho pone uno de sus dedos sobre sus labios, indicándole a Idaho que se mantenga en silencio.

—No estamos solos —susurra Jericho—. Alguien está afuera, esperándonos. Debemos salir por las ventanas cuanto antes.

Los reflejos de Jericho son mucho más rápidos que el tiempo necesario para que Idaho reaccione ante tales recomendaciones. Toda su vida ha logrado conducirse con sigilo y rapidez, como si fuera un espía salido de una película de conspiraciones mundiales. Pero ahora el miedo lo invade por completo. Siente la cercanía de su mortalidad encarnada por el rostro de Damascus y la amenaza latente de que vendrá a buscarlo. La sugerencia de Jericho solo le hace comprender que ya es muy tarde, incluso

cuando este camina en dirección a las ventanas y se asoma a través de ellas para luego indicarle con una señal que se introduzcan por ellas.

A pesar de los intentos de Jericho, las peores sospechas de Idaho se confirman de inmediato. Alguien fuerza la puerta del apartamento con unas pocas patadas que consiguen derribarla. Jericho e Idaho se quedan inmóviles, esperando la entrada de quien ha hecho tamaño escándalo. Un hombre alto y corpulento camina lento, muy seguro de sus pasos y movimientos como para acelerar sus acciones, con la certeza de un monstruo consciente de que su presencia causa una impresión de terror que paraliza a sus adversarios de inmediato. Lo que acentúa con mayor impacto este efecto es el hecho de que tal hombre lleva unas gafas de sol sobre su rostro ocultando sus ojos, mientras que una bufanda tapa su boca.

—¡Damascus! —lo identifica Idaho—. Has venido por mí.

—¿Te crees tan importante, Hunter Bartlett? —responde Damascus con una voz distorsionada por la tela amarrada sobre la parte baja de su rostro—. Eres una mosca a la cual habría podido aplastar cuando me plazca.

Jericho se adelanta, alzando sus manos para mostrarle que está dispuesto a conversar primero.

—Espera un momento —pide Jericho—. No tienes por qué matarlo. No merece la pena el esfuerzo. Resolvamos esto tú y yo.

Tras esta declaración, Damascus lanza una carcajada siniestra que suena amplificadas retumbando en las paredes del apartamento. Para Jericho es un momento crucial porque trata de adivinar cuál será el siguiente paso a seguir de este hombre tan peligroso. No quiere cometer el error de atacar primero, pero cualquier golpe que este propine antes puede resultar fatal, especialmente si se lanza contra Idaho para asesinarlo. Sin embargo, Damascus no abalanza su cuerpo hacia su supuesta víctima, sino que parece más interesado en Jericho. Cuando este lo nota, ambos comprenden lo que ocurrirá y Jericho apenas logra esquivar el momento exacto en que Damascus saca un revólver y lo dispara contra él.

Todo ocurre con extrema rapidez: Idaho se arroja al suelo tras escuchar el primer disparo y se resguarda detrás de un mueble, Jericho saca su revólver y también dispara justo cuando Damascus intenta apuntar nuevamente a Jericho. Este esquiva la bala arrojándose al suelo. Luego ambos se ponen de pie, con sus cuerpos frente a frente, alzando sus armas para apuntar el pecho de su adversario.

—No les importamos a ninguno de ellos —interpela Jericho—. Me han ofrecido dinero y mi libertad a cambio de matarte. Estoy dispuesto a hacerlo. Pero, ¿acaso merece la pena? ¿Es esto en lo que nos han convertido? Las dos víctimas peleando a muerte para que ellos continúen viviendo impunemente.

Damascus dispara, aunque para sorpresa de ambos el gatillo parece haberse quedado trancado, por lo cual Jericho también dispara sin contar con el hecho de que este lleva consigo un chaleco antibalas. Por lo tanto comienzan a dispararse a la vez que se arrojan al suelo y gastan todas sus municiones. Jericho lanza los objetos que encuentra a su alrededor y también se resguarda detrás de los muebles con cada ataque. Finalmente ambos se quedan sin municiones con prontitud.

Tanto Jericho como Damascus arrojan sus armas a un lado y nuevamente se cuadrán uno frente al otro, dispuestos a iniciar un combate cuerpo a cuerpo. Idaho corre desde el lugar donde ha estado cubriéndose para ponerse detrás de Jericho, arrinconándose contra una pared y observando a los hombres que se disponen a entrarse a golpes. Esta vez es Jericho quien ataca primero, corriendo hasta Damascus para lanzarle un puñetazo que este intercepta con su brazo. Una reacción esperada por Jericho, quien enseguida le lanza una patada en la entrepierna que lo hace retroceder. Jericho sonríe por la efectividad de sus movimientos y nuevamente no le da ocasión a Damascus para pensar su siguiente golpe, dispuesto a alzar nuevamente sus puños para pegarle. Pero luego nota que Damascus no parece interesado en matarlo, porque consigue bloquear o esquivar la mayoría de los golpes con los que este responde los suyos.

—¿Para qué quieres proteger a Bartlett? —pregunta Damascus—. Tú lo has dicho, somos las víctimas. Hunter te hizo mucho daño y fue cómplice de todos aquellos a los que odias. Ayúdame a matarlo. ¡Hagamos el trabajo juntos!

Esta sugerencia enfurece a Jericho y le lanza otro puñetazo que Damascus intercepta apretando el puño de Jericho entre sus manos y luego empujándolo, dando la impresión de que no le cuesta mucho esfuerzo. Su rostro cubierto por las gafas y la bufanda resulta intolerable en una situación como aquella, porque es difícil adivinar el impacto de los golpes o si se le nota cansado cada vez que se detiene.

—¿Y qué hay de tus jefes? —inquire Jericho—. Ellos son los principales responsables y tú eres el arma que ellos usan para defender sus intereses. ¿Por qué no los matamos a ellos primero?

Ante esta respuesta, Damascus retrocede. Jericho tiene la sensación de que, por algún motivo, le ha sorprendido con sus palabras. Pero no hay ocasión para ahondar en su reacción porque son interrumpidos por la irrupción violenta de agentes trajeados, a través de la puerta derribada por Damascus, y que sin mediar palabra abren fuego contra ellos. Jericho se ve obligado a alejarse de Damascus en busca de cobertura. Idaho cae derribado al suelo y trata de cubrirse la cabeza con sus manos, sin tiempo para comprobar donde le han disparado. Los agentes avanzan y Jericho forcejea con uno que va adelantado, logrando golpearle para dejarlo inconsciente y quitarle el arma. Mira hacia Damascus para ver cómo este parte el cuello sin esfuerzo a uno de los trajeados, toma su arma y dispara en el pecho a otro. Sus miradas se encuentran y, con un asentimiento compartido, ambos abren fuego para dispararles a todos los trajeados y derribarlos, uno a uno.

—Pregunta por Enoch —dice Damascus misteriosamente—. No tardarán en venir nuevos agentes. Mi trabajo aquí ya está hecho.

Sin darle tiempo a reaccionar, Damascus se va presuroso del apartamento. Jericho intenta ir tras él enseguida. Se detiene al cabo de unos segundos porque afuera redoblan nuevos balazos. Seguramente Damascus los ha interceptado para abrirse paso. El resto de los agentes que sobrevivan a su ataque no tardarán en subir al apartamento. Jericho se dispone a salir por la ventana y llama a Idaho para que lo siga. No obtiene respuesta y observa que su cuerpo yace en el suelo.

Un temblor estremece su cuerpo y Jericho se acerca para confirmar sus temores. En efecto, Idaho ha muerto desangrado a causa de la balacera, recibiendo dos impactos de bala en su estómago y pecho respectivamente. Tal como dijo Damascus: “el trabajo fue completado”. Golpea la mesa con frustración y recoge el juego de llaves que el hombre había dejado sobre ella. Llevando consigo la única esperanza que le queda en la forma de aquellas llaves, Jericho sale del apartamento por la ventana para buscar la escalera de emergencias del edificio. Porta el revólver que le ha quitado a uno de los agentes muertos. No sabe cuántos quedan con vida, si subirán al apartamento o los encontrará abajo. Nada de eso importa porque está dispuesto a disparar sin concesiones para llegar al suelo y luego correr hasta que vuelvan a perderle el rastro.

Capítulo 12

Trenton - Nueva Jersey, 1969.

Lleva días tratando de poner en orden sus pensamientos, pero en cambio le resulta más cómodo dejarse conducir por Anezka. En otras circunstancias la asediaría con preguntas sobre el lugar al que van y mejores explicaciones sobre la identidad de las personas que lo están esperando. Ella conduce a una velocidad mayor a la anterior ocasión y de vez en cuando voltea en dirección a Jericho, intentando adivinar los pensamientos de aquel rostro preocupado.

Desde que Anezka pudo reencontrarlo hace unos días atrás, no ha sido mucho lo que han hablado. La muerte de Idaho ha afectado profundamente al detective, quien se había comprometido a protegerlo. No solo ha faltado a su palabra, sino que ha perdido a un aliado importante en su lucha contra los poderosos defensores del Proyecto. Por ello, presa del desconcierto y profundamente desorientado, decidió que su mejor opción era continuar sus pesquisas junto a Anezka según lo que le había ofrecido al momento de hallarlo:

—Mis superiores temen que Damascus vaya por ellos de un momento a otro —le explica Anezka una vez reunidos—. No tardaron en enterarse sobre lo sucedido en el apartamento que te prestamos, y esto ha causado que se disparen las alertas, así como las precauciones contra Damascus. Debemos acabar con él, ahora o nunca. Mis jefes sospechan que ellos serán los próximos en ser atacados. Damascus quiere eliminar cualquier persona que tenga la expresa intención de exponer el Proyecto y sus implicados. Han creado un plan de contingencia, pero quieren contar contigo.

—Mataré a ese bastardo —le respondió Jericho a Anezka en aquella oportunidad—. Con o sin ayuda. Pero, ¿qué han planeado tus jefes?

—Ellos quieren que colabores con su dispositivo de seguridad —termina de exponer Anezka—. Este consiste en un pelotón de soldados entrenados de forma privada, expertos en el uso de armamento y preparados frente a asaltos o intentos de filtración. Se han organizado previniendo cualquier ataque de Damascus, pero lo que te pedimos es que tú encabeces el grupo, ya que al final eres el único adversario que podría estar a la altura de Damascus. Si estás de acuerdo, tengo expresas intenciones de llevarte conmigo. Ha llegado el momento de que conozcas a mis jefes y a tus posibles benefactores, si aceptas el trato.

Jericho no finge dudar su respuesta antes de dar un rotundo “sí”. Quiere destruir a Damascus con todos los recursos a su alcance y además siente una inagotable curiosidad por descubrir finalmente a las personas para las cuales Anezka trabaja y quienes manifiestan querer ayudarlo.

Por lo tanto, ahora Anezka conduce su coche rumbo al encuentro de esos hombres misteriosos que son sus jefes. Horas más tarde llegan a un edificio de aspecto caro, vallado de extremo a extremo y rodeado de cuerpos de seguridad. La intriga de Jericho va en aumento ante la evidencia de que esos hombres, quienes quiera que sean, ostentan suficiente poder para acorazar un edificio y temer que alguien dedique grandes intentos para acabar con ellos. De alguna forma, esto le hace pensar en sus enemigos sin rostro, aquellos antiguos jefes del Proyecto que controlan a Damascus y a multitud de mercenarios para defender sus intereses mientras ellos mueven hilos invisibles y nadie los conoce. Se pregunta enseguida: ¿aquellos que hoy lo esperan constituyen un grupo de adversarios con un poder semejante al de sus enemigos?

El coche es detenido en la entrada por un vigilante uniformado y fuertemente armado. Reconoce a Anezka y le dedica una breve mirada a Jericho antes de dar la orden de que les dejen pasar. Anezka continúa conduciendo hasta que nuevamente son detenidos al otro lado de la entrada por otro vigilante.

—Aquí nos bajamos —anuncia Anezka para seguidamente desabrocharse el cinturón de seguridad y abrir la puerta del coche—. Nos están esperando.

Obedeciendo a Anezka, Jericho también baja del coche y se deja conducir por sus pasos. Seguidos por la mirada atenta del vigilante, Anezka no se detiene hasta llegar a una puerta de acceso que los

llevará dentro del edificio. Sin mediar una palabra, Anezka continúa caminando y con una mirada le indica a Jericho que suba detrás de él las escaleras. Su oído sensible comienza a captar ruidos y voces, aunque todavía no es capaz de precisar sobre qué hablan hasta que finalmente se detienen en un piso donde se halla una puerta imponente tras la cual Jericho puede escuchar a varios hombres discutiendo acaloradamente. Anezka y él entran, cuando nuevamente ella le indica con un gesto que han llegado a su destino.

Una vez dentro, Jericho comprende que las voces que ha escuchado se corresponden a cuatro individuos, todos bien vestidos y de edades más o menos avanzadas. A primera vista, se nota que la vejez ha hecho mella en sus cuerpos y rostros y que un gran deterioro los hace lucir tan débiles como cansados. Un incómodo silencio se apodera de la habitación, cuando segundos antes estaba poblada de voces discutiendo con firmeza.

—Les presento al señor Jericho —anuncia Anezka innecesariamente, con una sonrisa de fingida inocencia—. Disculpen la tardanza.

Los hombres asienten con indiferencia y seguidamente continúan su conversación, adoptando un tono mucho más reposado. Se comunican en voz baja, casi entre susurros, pero Jericho los escucha con claridad. Aparentemente hay un desacuerdo entre ellos en materia de medidas de seguridad de aquel edificio:

—Las cámaras importan muy poco —susurra uno de los hombres al resto—. Lo fundamental es que haya suficientes hombres armados. Afuera del perímetro hay muchos, pero no los suficientes aquí dentro.

—El exterior requiere mayor protección —interviene otro—. Si alguien penetra un cordón de seguridad como aquel ya poco importará lo que suceda luego. Lo fundamental es no dejarlos llegar hasta acá.

Y así continúan discutiendo un buen rato. Jericho puede precisar que existen importantes desacuerdos entre ellos respecto a la veteranía y calidad de entrenamiento del equipo de seguridad, así como la distribución del armamento entre ellos. Jericho procura escucharlos sin observarlos directamente, aunque les dedica un par de miradas para memorizar sus rostros por un instante. Solo dos de ellos miran en su dirección. Uno lo hace de soslayo y el otro, cuando se percata de que Jericho lo está mirando, devuelve la atención a sus interlocutores.

La mente de Jericho opera a gran velocidad y se siente intranquilo. Quiere hacerle caso a sus impulsos e incluso se sorprende a sí mismo y a Anezka cuando se adelanta unos pasos para reclamar la atención de los hombres que allí discuten e interrumpirlos.

—¿Qué significa “Enoch”? —pregunta Jericho recordando las últimas palabras de Damascus—. ¿Les dice algo esa palabra?

La pregunta genera el efecto deseado por Jericho para comprobar las sospechas que se agitan en su interior: tres se callan, uno palidece, y el ritmo cardíaco de dos se acelera. Uno de ellos intenta hablar y Jericho se percata que este hace un gran esfuerzo por ocultar el temblor en su voz:

—¿Enoch? —repite—. ¿Por qué deberíamos saberlo?

No necesita seguir ahondando para comprender lo que ocurre y entender en qué guarida del lobo Anezka lo ha conducido. Jericho aprieta los puños y da un paso. Sorprendido se da cuenta de la mentira en que Anezka le ha hecho creer y maldice en su interior por no haberse percatado de lo obvio con anterioridad: aquellos hombres no se oponen a los intereses del Proyecto como adversarios de este, sino todo lo contrario. ¡Ellos son los jefes del Proyecto!

Cuando todo queda claro para ambos bandos, dos de los presentes intentan sacar armas y abrir fuego contra él. Los reflejos de Jericho no lo traicionan. Corriendo, esquivando y placando, Jericho los intercepta para arrebatárle el arma a uno y lograr que a otro se le caiga de las manos. Dándole una patada a aquella arma que ha sido arrojado al suelo la lanza lejos de ellos, y con la que lleva en su mano dispara con precisión matando a tres de ellos. No obstante, el último corre velozmente y está a

punto de alcanzar la puerta cuando Anezka le dispara en la cabeza con el arma que, pateada por Jericho, ha llegado hasta sus pies.

—No te sorprendas —señala Anezka con un tono despreocupado en respuesta a la mirada incrédula que Jericho le dedica a causa de su acción—. Siempre es mejor abandonar el barco cuando ves que se hunde. Siempre supe que eres la clase de hombre que te puede llevar a buen puerto si te mantienes a su lado.

Esta respuesta no resulta convincente y furioso Jericho sujeta a Anezka por sus hombros para sacudirla violentamente mientras le reclama:

—¿Por qué me mentiste? ¡Esto es una trampa! Tus jefes no están interesados en acabar con los responsables del Proyecto. ¡Ellos son los máximos responsables!

—Yo trabajo para mucha gente —se defiende Anezka forcejeando para zafarse del apretón al que Jericho la somete—. No hago preguntas. Solo hago y digo lo que me indican mientras me paguen.

Aunque Jericho no cree sus palabras y quiere seguir su interrogatorio, su discusión es interrumpida por la estridencia de una alarma de seguridad cuyo escándalo no tarda en resonar por todo el edificio. Jericho actúa con prontitud, sospechando que pronto vendrán hombres armados para emboscarlos, y recoge otra de las armas que lleva uno de los muertos.

—Pronto vendrán a por nosotros —apunta Jericho, indicando que debido a su complicidad con él lucen igual de culpables y responsables de aquellas muertes—. Así que piensa muy bien si alguno de tus muchos empleadores te hizo saber cómo salir de aquí por otra salida que no sea la principal.

Los labios de Anezka forman un asentimiento que no llega a escucharse debido al retumbar del avance acompasado de numerosos guardias armados que corren por el pasillo en dirección a ellos. No tardarán en rodearlos y será imposible enfrentarse a ellos sin morir enseguida. Pero para sorpresa de Jericho, ella sonríe y señala a uno de los muertos, antes de darse la vuelta, avanzar unos pasos y presionar un interruptor bien camuflado en una de las paredes. Ante la desconcertada mirada de Jericho, una parte de la misma se hunde hacia dentro para revelar un pasillo oculto dotado de una pobre iluminación.

Ambos acceden a través de la abertura. Anezka, tras pulsar de nuevo el interruptor, se percata de la expresión de Jericho y le dedica una sonrisa seductora:

—Todo esto es culpa de Damascus —comenta Anezka con un tono jocoso—. Esos pobres hombres estaban verdaderamente aterrados ante un posible ataque de su parte. ¡Vamos! ¡Sígueme por aquí!

Las palabras de Anezka solo incrementan su confusión. ¿Acaso Damascus no trabaja para ellos? Pero Jericho opta por negar con su cabeza, omitiendo el comentario que acaba de escuchar y dispuesto a seguirle los pasos a Anezka para escapar de aquel lugar por tan providencial salida que le ha revelado. No sabe si al final de aquel túnel subterráneo quedará expuesto a una nueva trampa. Ya no importa nada. Tras cada certeza hay una nueva mentira. Su única certeza es que se abrirá paso, golpeará, matará y no se detendrá hasta no conseguir la verdad definitiva. E incluso si muere en el intento de obtenerla, habrá vivido fiel a su propósito.

Epílogo

Ha llegado a aquel lugar sin que nadie lo note, pero finalmente comienzan a ocurrir cosas importantes, acciones concretas que lo llevarán al objetivo ansiado. Ahora solo se limita a elegir con cuidado sus acciones tras haber escuchado unas palabras cruciales.

La habitación es oscura y apenas está iluminada por la lámpara que cuelga del techo. Jericho observa a su alrededor. No descubre nada atractivo donde fijar su mirada. Se queda allí sentado frente a una mesa sobre la cual reposa una botella y dos vasos de whisky. Jericho bebe un nuevo sorbo del suyo.

—Comprendo —responde Jericho tras vaciar el contenido del vaso de whisky y depositarlo sobre la mesa—. Así que era eso.

El vaso de su interlocutor permanece intacto. Quisiera animarlo a que lo acompañe a beber. En cambio lo que le han dicho resuena en su cabeza como un eco impertinente. Además, ahora le toca a él darle una respuesta.

—¿Puedo contar contigo? —pregunta el hombre con una voz fría y mecánica, poco afecto a que la luz de la lámpara lo ilumine—. El Proyecto Enoch no puede ocurrir. Solo tú y yo podremos impedirlo.

Al vislumbrar el destello de las dos esferas rojizas que han puesto al frente, Jericho se distrae por un momento. Luego alza su mirada y lanza un suspiro entrecortado, ya completamente seguro de la respuesta que dará.

Esta historia continuará...